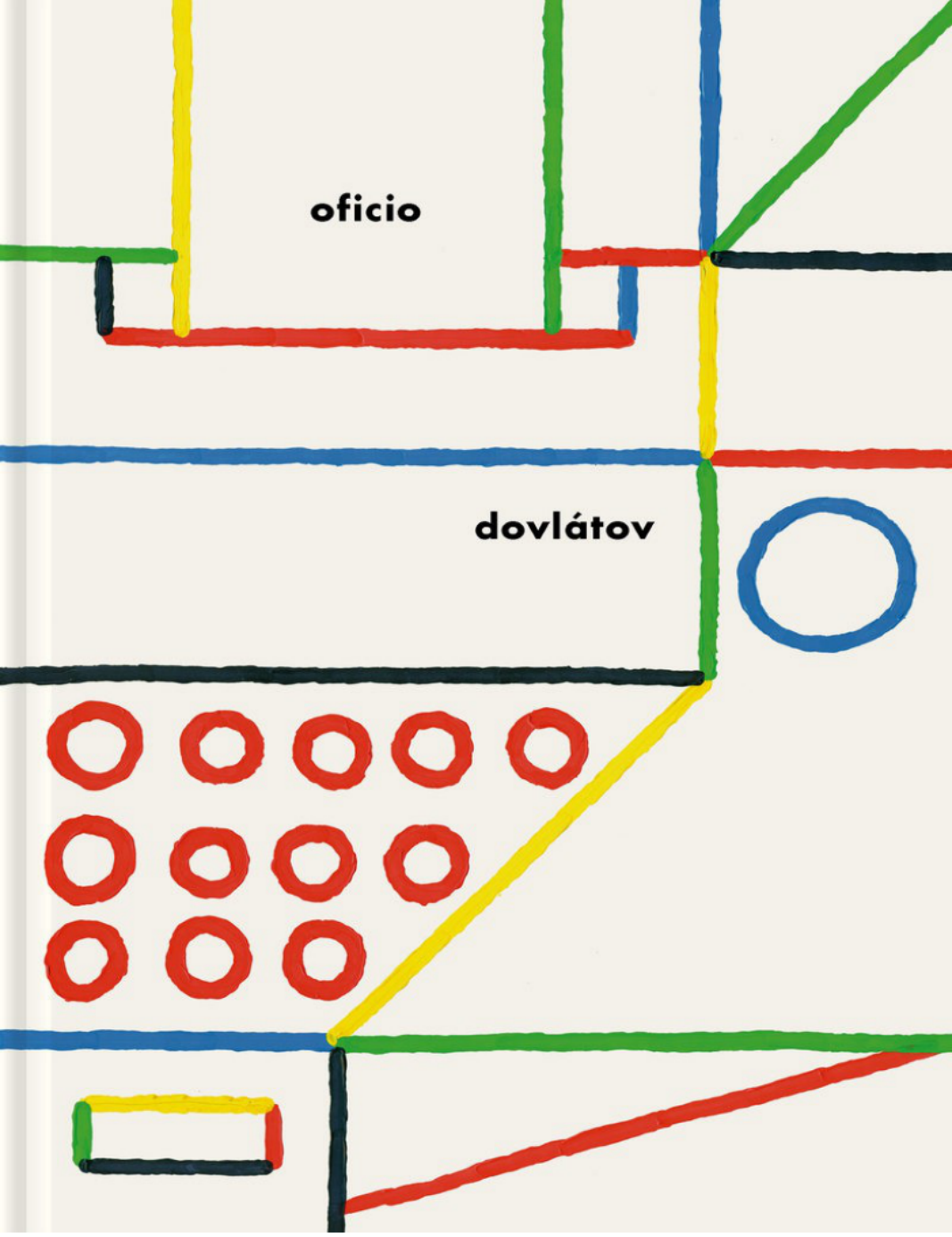

oficio
dovlátov

OFICIO

SERGUÉI DOVLÁTOV

Serguéi Dovlátov

Oficio

TRADUCCIÓN Y NOTAS
DE TANIA MIKHELSON Y
ALFONSO MARTÍNEZ GALILEA

CUBIERTA DE JOSÉ JA JA JA

FULGENCIO PIMENTEL
La principal

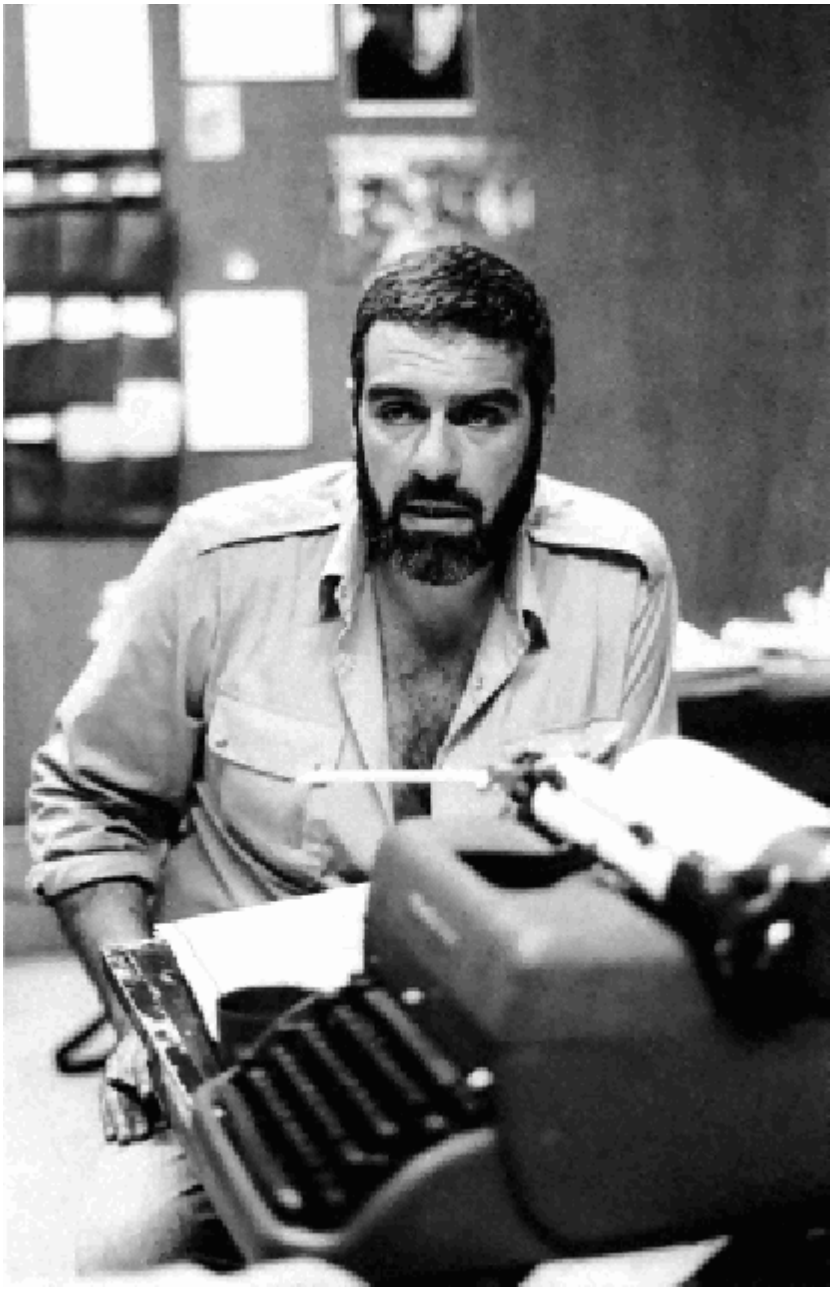
Título original:
Ремесло: Повесть в двух частях - *Remeslo: Povest' v dvukh chastyakh*

© 1977-1985 Serguéi Dovlátov
All rights reserved
© 2017 Tania Mikhelson y Alfonso Martínez Galilea
por la traducción y las notas
© 2017 José Jajaja por las ilustraciones de cubierta
© 1980 Nina Alovert por el retrato del autor
© 2017 Fulgencio Pimentel por la presente edición
www.fulgenciopimentel.com

Primera edición: septiembre de 2017
Director editorial: César Sánchez
Editores: Joana Carro y Alberto Gª Marcos

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

ISBN de la edición en papel: 978-84-16167-74-6
ISBN de la edición digital: 9788417617639



Aunque en la narrativa de Dovlátov suele ser innecesario el conocimiento detallado de las circunstancias reales de los personajes, el lector interesado puede consultar un minucioso índice de nombres al final de este libro.

En memoria de Carl

PRIMERA PARTE

EL LIBRO INVISIBLE

PREFACIO

Me pongo a la tarea lleno de inquietud. ¿A quién pueden interesar las confidencias de un literato fracasado? ¿Qué puede haber de instructivo en sus confesiones?

Porque, por añadidura, no hay en mi vida el menor viso de tragedia. Estoy completamente sano. Tengo una familia que me quiere. Siempre ha habido alguien dispuesto a proporcionarme un trabajo que garantizase mi subsistencia biológica.

Disfruto, incluso, de ciertas ventajas. No me resulta difícil caer bien a mis semejantes. He cometido decenas de actos punibles que han quedado sin castigo.

He estado casado dos veces, en ambos casos felizmente.

Por último, tengo una perra, lo que parece a todas luces un exceso.

Entonces ¿por qué me encuentro al borde de la catástrofe física? ¿A qué obedece esta sensación de irremediable ineptitud vital?

¿Cuál es la causa de mi angustia?

Quisiera aclararlo. No pienso en otra cosa. Tengo el anhelo, la esperanza de poder convocar el fantasma de la felicidad…

Lamento haber utilizado esta palabra. Las asociaciones que suscita son tan inagotables como la misma nada.

Conocí a uno que aseguraba muy en serio que sería completamente feliz cuando los servicios municipales le cambiaran las cañerías del desagüe…

Me molesta pasar por vanidoso. Que se interprete todo esto como el lamento de uno más que se tiene por genio incomprendido.

¡Y no es eso! ¡No tiene nada que ver! He escuchado cientos, miles de comentarios sobre mis relatos. Y jamás, ni una sola vez, ni en la compañía petersburguesa más delirante o vulgar, me ha considerado nadie un genio. Incluso cuando se tenía por tales a Goretski y a Jaritónenko.

(Me explico: Goretski es autor de una novela compuesta por nueve hojas de papel fotográfico velado, mientras que el personaje principal de la novela más acabada de Jaritónenko es un preservativo).

Me puse a la tarea hace trece años. He escrito una novela, siete novelas cortas y cuatrocientas piezas breves. ¡Así, al peso, parecen más que las de Gógol! Estoy convencido de que Gógol y yo, en tanto que autores, disfrutamos de idénticos derechos. (Nuestros deberes, por contra, difieren en lo esencial). Los dos tenemos, como mínimo, un

derecho inalienable: el de publicar lo escrito.

Los dos tenemos derecho a la inmortalidad o al fracaso.

Y si es así, ¡¿por qué una inclinación corriente, honesta, mi única inclinación, en realidad, ha de ser perseguida por los innumerables organismos, personalidades e instituciones de este gran Estado?!

Tengo que llegar a entenderlo.

No voy a tomarme la molestia de componer algo demasiado elaborado. Intentaré relatar mi «biografía artística» de manera confusa, prolija e inarticulada. La integrarán las aventuras de mis manuscritos. Los retratos de mis conocidos. Los documentos…

¿Cómo cabría llamar a esto? ¿*Memorias de un literato*? ¿*Composición de tema libre*? ¿*El expediente*?…

Y qué puede importar eso, si se trata de un libro invisible…

A través de la ventana contemplo los tejados de Leningrado, las antenas, un cielo pálido. Katia está haciendo los deberes. La fox terrier Glafira, que parece un tronquito de abedul, está sentada a los pies de mi hija, pensando en mí.

Tengo delante una hoja de papel. Y atravieso esa blanca llanura nevada, solo.

¡Fortuna y maldición de la hoja en blanco! Página en blanco, penitencia mía…

Mientras tanto, el prefacio se alarga demasiado. Vamos a ello. Empecemos de una vez. Empecemos aunque sea con esto.

EL PRIMER CRÍTICO

Antes de la revolución, Agnia Frántsevna Mau había sido venereóloga de la corte. Sesenta años habían transcurrido desde entonces, pero Agnia Frántsevna conservaba su rectitud clínica y el orgulloso aplomo de una mujer de palacio. Fue Mau quien plantó cara al coronel Tijomírov —nuestro vividelegado vecinal[1], que acababa de pisar la patita de su bichón maltés— y le dijo:

—¡Es usted un perfecto mierda, *mon colonel*, dispénseme!…

Tijomírov vivía justo enfrente, acorralado en una asquerosa vivienda comunitaria con el desinterés propio de todo un miembro del Partido. Ambicionaba el poder y odiaba a Mau por su origen aristocrático. (En cuanto a él mismo, no tenía origen alguno. Lo engendraron las directivas).

—¡Bruja! —tronaba Tijomírov—. ¡Fascista! ¡No me sentaría a tu lado ni para cagar!…

La vieja elevaba la frente tan bruscamente que su minúsculo

medallón de oro también alzaba el vuelo.

—¡¿No irá a privarme, señor mío, de la satisfacción de cagar a la vera de usted?!

Las plumas deslucidas de su sombrero temblaban de ira…

Para Tijomírov, yo era demasiado sofisticado. Para Mau, desesperadamente vulgar. Pero siempre dispuse de un arma poderosa que oponer a Agnia Frántsevna: la cortesía. A Tijomírov la cortesía lo ponía en guardia; sabía que su principal utilidad consiste en disimular los vicios.

Una vez me hallaba yo charlando por el teléfono comunitario. La conversación estaba sacando de quicio a Tijomírov, seguramente por su exuberante profusión conceptual.

Diez veces recorrió el estrecho pasillo. Entró al retrete otras tres. Se preparó un té. Lustró sus botas, carentes de individualidad alguna, hasta dotarlas de un brillo polar. Incluso, por alguna extraña razón, llevó su motocicleta a la cocina y la trajo de vuelta después.

Mientras, yo seguía a lo mío. Decía que León Tolstói, al fin y al cabo, era un filisteo. Que Dostoyevski estaba emparentado con el postimpresionismo. Que la apercepción de Balzac era inorgánica. Que Liuda Fedoséyenko había tenido que abortar. Que a la prosa estadounidense le faltaba fermento cosmopolita…

Tijomírov no pudo soportarlo más.

Pasó a mi lado metiendo barriga y me empujó deliberadamente, gruñendo:

—¡Escritor!… ¡Menudo escritor! ¡Escritor, escritor!… ¿Qué pasa con el escritor?… ¡A escritores como este habría que fusilarlos a todos!…

Ojalá hubiera sabido comprender entonces que el berrido de aquel delegado vecinal sometido a sobrecarga intelectual determinaría mi vida durante muchos años.

«¡… Habría que fusilarlos a todos!».

Pero quizá ande algo errado. Quizá sea precisa alguna coherencia en el relato. La cronológica, por ejemplo.

El primer impulso literario, empezaremos por ahí.

Octubre de 1941. Bashkiria, Ufá, la evacuación… Tengo tres semanas.

Ya he referido en otra ocasión aquel acontecimiento…

EL DESTINO

Mi padre era director de un teatro. Mi madre era actriz en ese teatro.

Ni siquiera la guerra pudo separarlos. Se dijeron adiós mucho después, cuando las cosas habían vuelto a la calma…

Nací en la evacuación, un cuatro de octubre. Habían pasado tres semanas. Mi madre iba con el cochecito por un bulevar. Allí la detuvo un desconocido.

Mi madre decía que tenía una cara fea y triste. Y lo que es más importante, que se trataba de una cara común y corriente, como la de cualquier aldeano. Supongo que también imponía un poco. No sin razón mamá se acordó de aquello toda la vida.

Aquel civil desconocido parecía bastante saludable.

—Disculpe —dijo, resuelto pero algo turbado—, me gustaría dar un pellizco a este chiquitín.

Aquello indignó a mamá.

—Muy ocurrente . Y luego querrá usted pellizcarme a mí.

—No lo veo probable… —la tranquilizó el desconocido. Y añadió —: Aunque hace solo unos minutos me lo habría pensado antes de responderle…

—Hay una guerra —observó mi madre, algo más tranquila—. Una guerra sagrada… Los hombres de verdad mueren en el frente. Y mientras tanto otros se pasean por el bulevar haciendo preguntas raras.

—Así es —asintió el desconocido con amargura—. Hay una guerra. La hay en el alma de cada uno de nosotros. Adiós.

Luego añadió:

—Me parte usted el corazón…

Han pasado treinta y dos años. Leo un artículo sobre Andréi Platónov. Resulta que Platónov residió en Ufá. Muy poco tiempo, en realidad. El mes de octubre del año cuarenta y uno. Pero hay algo más, le sobrevino allí una terrible calamidad: la maleta que contenía todos sus manuscritos desapareció.

El hombre que quiso pellizcarme era Andréi Platónov.

Relaté el encuentro a mis amigos. Los muy listillos me aclararon que no tenía por qué tratarse de Platónov. ¡Con la de tipos misteriosos que habría merodeando por aquellos bulevares!…

¡Qué disparate! ¡Yo mismo soy una figura indubitable del relato! ¡¿Qué sentido tiene, entonces, poner en entredicho la presencia de Platónov?!…

Pienso a menudo en el ladrón que le robó la maleta con sus manuscritos. Probablemente se hizo grandes ilusiones al ver la voluminosa maleta de Platónov. Quizá pensó que dentro encontraría una cantimplora de etanol, un abrigo de cheviot y una pieza grande de vacuno. Lo que había allí era más fuerte que el etanol, más valioso que un abrigo de cheviot y más caro que toda la carne de vacuno del

planeta. Pero el ladrón ignoraba todo eso. Tenía, por lo visto, vocación de perdedor crónico. Quería hacerse rico y acabó siendo propietario de una maleta vacía. ¿Puede haber algo más lamentable?

El ratero debió de arrojar los manuscritos a una zanja, y allí se perdieron para siempre. Un manuscrito, arrojado a una zanja o al cajón de una mesa, no se diferencia en nada de unos periódicos atrasados.

No creo que Andréi Platónov sintiera una pena inmensa por la pérdida. En estos casos los verdaderos escritores razonan así: «Me alegro de ver desaparecer al fin los viejos manuscritos, tan llenos de imperfecciones. Ahora estoy obligado a volver a escribir todos esos relatos y ten por seguro que serán mucho mejores…».

Todo esto… ¿ocurrió realmente de este modo? ¿Importa, acaso?… Me temo que habremos de pasar sin un notario. Mi espíritu exige que ese encuentro se produjera. Por alguna razón, he soñado con la literatura desde niño. Y ahora trato de encontrar las palabras…

LOS COMIENZOS

Debo referir algunos detalles biográficos, si no muchas cosas no se entenderían. No voy a extenderme, solo unos apuntes.

Un chico gordo y tímido… La pobreza… Mi madre, siempre tan autocrítica, ha abandonado el teatro y trabaja de correctora…

La escuela… Mi amistad con Aliosha Lavréntiyev, al que llevan a casa en un Ford… Aliosha es travieso, me han encargado que lo eduque… Me llevarán a su casa de campo… Me convierto en su joven preceptor… Soy más inteligente y he leído más… Y sé cómo complacer a los adultos…

Patios negros… Una naciente inclinación por la plebe… Sueños de fuerza y arrojo… El entierro de una gata muerta detrás de las leñeras… Y mi discurso fúnebre, que hizo llorar a Zhana, la hija del electricista… Se me da bien hablar, contar cosas…

Los infinitos suspensos… La indiferencia ante las ciencias exactas… La educación mixta… Las chicas… Ala Gorshkova… Mi larga lengua… Los torpes epigramas… La pesada carga de la inocencia sexual…

Año 1952. Envío al periódico *La Chispa Leninista*, cuatro poemas. Uno, por supuesto, sobre Stalin; los otros tres, sobre animales…

Primeros cuentos. Son publicados en la revista infantil *La Hoguera*[2]. Parecen las más infelices creaciones de un profesional mediocre…

Abandono la poesía para siempre. También la inocencia…

El título de bachillerato… Años de trabajo… Experiencias laborales… La tipografía Volodarski… Cigarrillos, vino y conversaciones entre hombres… Una creciente inclinación por la plebe… (Es decir, literalmente: ni un solo joven bien educado entre mis amigos).

La Universidad Zhdánov («Universidad Al Capone» sonaría igual de mal)… La facultad de Filología… Los novillos… Los ejercicios literarios estudiantiles…

Las infinitas recuperaciones… Un amor infeliz que termina en boda… Mi encuentro con los jóvenes poetas leningradenses: Rein, Naiman, Brodski… El personaje más popular en esa época era Serguéi Volf.

EL ABUELO DE LAS LETRAS RUSAS

Nos presentaron en un restaurante. Volf parecía el desempleado estadounidense de un cartel de propaganda antiamericana. Vaqueros, jersey, una arrugada chaqueta a cuadros.

Estaba bebiendo vodka. Le pedí que saliésemos al vestíbulo y me expliqué confusamente, sin testigos. Quería que Volf leyera mis relatos.

Volf se mostró impaciente. Solo después caí en la cuenta de que el vodka se le debía de estar calentando.

—¿Escritores de cabecera? —preguntó lacónicamente.

Cité a Hemingway, a Böll, a los clásicos rusos…

—Lástima —replicó, pensativo—. Es una lástima, sí… Una verdadera lástima…

Se despidió y se fue. Me quedé algo desconcertado. Zhenia Rein me lo explicó más tarde.

—Debería usted haberlo mencionado a él, y le habría invitado a una copa. Los verdaderos escritores solo están interesados en ellos mismos…

Rein, como siempre, tenía razón…

Solo de Underwood

Una vez se hallaba en mi casa Veselov, un viejo aviador.Peroraba con entusiasmo sobre la aviación. Decía:

—Los aviones se elevan sobre las nubes más altas… Las alondras se meten en las toberas… Los motores se paran… Los aviones caen… La gente muere… Las alondras se meten en las toberas… La gente muere…

Frente a él estaba sentado Zhenia Rein.

—Los aviones se estrellan —gritaba Veselov—, los motores se paran… En las toberas se meten las alondras… La gente muere… Muere…

Entonces Rein gritó, irritado:

—¡¿Y qué pasa con las alondras? ¿Sobreviven o qué?!…

Volf y yo también nos llevamos muy bien. A propósito de él tengo escrito esto:

Solo de Underwood

Volf y Dlugolenski se fueron de pesca. Volf sacó una lucioperca gigantesca. Se la entregó a su patrona y le dijo:

—Cocínela y nos la cenaremos juntos.

Eso hicieron. Cenaron, bebieron y Volf y Dlugolenski subieron a la buhardilla. Malhumorado, Volf se dirigió a Dlugolenski:

—¿Tienes lápiz y papel?

—Tengo.

—Dámelos.

Volf se pasó un par de minutos dibujando. Luego exclamó:

—¡Será zorra! ¡No nos ha servido la lucioperca entera! Mira… Esta cuesta estaba… Esta pendiente también… ¡Pero este desfiladero no estaba! ¡Hay un hueco evidente en la trayectoria de la lucioperca!…

DESPUÉS

1960. Nuevo avance artístico. Relatos, de una vulgaridad extrema. El tema es la soledad. El marco: invariablemente, una fiesta. Esto es un ejemplo aproximado de la factura:

—¡Mira que eres buen chico!
—¿De veras?
—¡Sí, eres muy buen chico!
—Diferente, quizá.
—No, eres muy buen chico. Casi perfecto.
—¿Me quieres?
—No…

El abultado costillar del subtexto al descubierto. Hemingway como ideal literario y humano…

Unas fugaces clases de boxeo… El divorcio, festejado con una

borrachera de tres días… La pereza… Una citación del comisariado militar…

¡Alto! Estaba a punto de saltar a la etapa decisiva de mi biografía literaria. Y he vuelto a leer lo escrito. Aquí falta algo, algo importante y marchito, que ya no recuerdo. Los sucesos escamoteados frenan mi carromato autobiográfico.

Ya he dicho que había conocido a Brodski. Tras desplazar a Hemingway, se convirtió en mi ídolo literario para siempre.

Nos presentó mi exmujer, Asya. Antes de eso, Asya me había dicho muchas veces:

—¡Hay personas con grandes objetivos en la vida!

Solo de Underwood

Venía con Brodski de alguna parte. Era de noche. Bajamos al metro: cerrado. Una verja de hierro fundido desde el suelo hasta el techo. Tras la verja, se paseaba de arriba abajo un miliciano.

Iósif se acercó. Luego gritó con bastante energía:

—¡Eh, tú!

El miliciano se puso en guardia y volvió la cabeza.

—¡Qué maravilloso espectáculo! —dijo Brodski, dirigiéndose a él—. Es la primera vez que veo a un madero entre rejas…

Conocí a Brodski, a Naiman, a Rein. Más adelante los conocería mejor. Es decir, en los años que siguieron a mi servicio militar, cuando intimamos de verdad. Antes no podía valorar adecuadamente su singularidad artística y personal. Es más, en mi actitud hacia ese grupo de poetas podía adivinarse cierto escepticismo. Aparte de la literatura, me interesaba el deporte; el fútbol, en concreto. Yo gustaba mayormente a las muchachas de los institutos técnicos. La literatura no se había convertido aún en mi única ocupación. A Yevtushenko, mira tú por dónde, sí lo respetaba.

¿Por qué es tan importante que me refiera a ese grupo? Por aquel entonces yo ya sabía de la existencia de una literatura no oficial. De la existencia de la, así llamada, «escena cultural paralela». Una escena que, al cabo de algunos años, se convertiría en la única realmente existente…

La citación del comisariado militar. Tres meses antes había abandonado la universidad.

Más adelante me referiría a los motivos que me llevaron a abandonarla, pero de forma vaga. Aludiendo a confusas motivaciones políticas.

De hecho, todo había sido más simple. Repetí el examen de alemán

cuatro veces. Y en cada una de ellas suspendí.

No conocía el idioma en lo más mínimo. Ni una palabra. Salvo los nombres de los líderes del proletariado mundial. Finalmente, me echaron. Aunque adquirí la costumbre de aludir al asunto como a una especie de represalia.

Luego me reclutaron para la mili. Me tocó ser guardia en el servicio de vigilancia penitenciaria. Aparentemente, estaba predestinado a pasar una temporada en el infierno…

LA ZONA

No voy a explicar aquí lo que es la *Vojra*, la Vigilancia Militar Peninteciaria. Ni cómo funciona hoy el campo de internamiento de Ust-Vim. Las situaciones más dramáticas están reflejadas en mi manuscrito *La zona*. Creo que permite hacerse una idea acerca de cómo viví aquellos años. Conservo todavía dos copias de *La zona*. La tercera fue llevada felizmente a Nueva York. Una cuarta copia está en manos del KGB estonio. (Me referiré al asunto más adelante).

La zona son las memorias de un guardián del servicio de vigilancia penitenciario, un ciclo de cuentos carcelarios.

Como pueden ver, empecé describiendo las costumbres del envés de la vida. Un debut bastante común (Bábel, Gorki, Hemingway). El exotismo del material biográfico es un estímulo literario de importancia. Aunque los detalles más monstruosos y chocantes de la vida del campo los he, como quien dice, omitido. No me apetecía reproducirlos. Habría parecido que les sacaba partido. El efecto no habría dependido del entramado artístico de la obra, sino del propio material. Así que procuré dejar de lado las experiencias extremas, tratando de no violar las limitaciones estéticas ordinarias.

¿Cuáles son las ideas esenciales de *La zona*?

La literatura carcelaria mundial reconoce dos sistemas de valores. Dos puntos de vista morales.

1. El presidiario es una víctima, un héroe, una distinguida especie de mártir. Las valoraciones morales se distribuyen respectivamente entre una y otra posición. Y así los funcionarios del régimen son vistos como un poder negativo, maligno.

2. El presidiario es un monstruo, un malvado. Y, respectivamente, todo lo contrario: el carcelero, el policía, el comisario, el miliciano son figuras nobles y heroicas.

Por mi parte, y para mi sorpresa, descubrí un tercer punto de vista. Los policías y los ladrones se parecen extraordinariamente. La semejanza entre los presos en régimen especial y sus guardianes es

enorme. Su lenguaje, su manera de pensar, su folclore, sus cánones estéticos, sus reglas morales. Tal es el resultado de la mutua influencia. A ambos lados de la alambrada se halla el mundo, cruel y único. Eso es lo que traté de expresar.

Hay, supongo, otro rasgo sustantivo en mi legado con relación al campo. Un punto de vista relativamente nuevo en el contexto de la literatura mundial.

El presidio ha sido descrito principalmente desde el punto de vista de la víctima. Muchos, por desgracia, se hicieron literatos en el presidio. Y de entre los guardianes del gulag no había surgido ningún maestro de las letras. Por eso mi «diario de carcelero» supuso una especie de novedad.

Total, que en el otoño del 64 reaparecí por Leningrado. Dentro de mi liviana mochila iba *La zona*. Las perspectivas eran de lo más oscuras.

Daba comienzo una etapa importantísima en mi vida…

LA ETAPA

Me encontré con antiguos compañeros. Se nos hizo difícil el trato. Cierta barricada psicológica se interpuso.

Los amigos estaban terminando la universidad, se dedicaban ya en serio a la filología. Mecidos por el viento templado de los sesenta, habían florecido intelectualmente.

Yo, entre tanto, me quedé angustiosamente rezagado. Parecía un combatiente que regresa del frente y se encuentra con que todos sus amigos han prosperado en la retaguardia. Mis medallas tintineaban como los cascabeles de un bufón.

Estuve en algunos festejos estudiantiles. Contaba historias terribles del campo. Me escuchaban con educación y rápidamente volvían a los asuntos literarios de actualidad: Proust, Burroughs, Nabókov…

A mí todo aquello me resultaba asombrosamente inane. Estaba obsesionado con las heroicas memorias del campo. Brindaba a la salud de los escoltas de convoy asesinados. Relataba horrores que, de puro excesivos, carecían de verosimilitud. Aburrí a todo el que se me puso a tiro.

Ahora sé por qué Turguénev se mofaba de Dostoyevski, al poco de ser este excarcelado.

Por aquel entonces, mi mujer se había enamorado de un famoso literato capitalino. Me embronqué definitivamente y reñí con todo el mundo.

Había que buscar trabajo. En aquella época tenía la convicción de que periodismo y literatura eran parientes cercanos. Así qué me coloqué en el boletín de una fábrica. El periodismo continúa siendo mi principal medio de subsistencia. Ahora las redacciones me aburren, pero entonces estaba lleno de fervor.

Suele decirse que el periodismo es una actividad nefasta para un literato. Nunca lo noté. En cada caso, funcionan diferentes sectores del encéfalo. Hasta la letra me cambia, cuando escribo para un periódico.

En resumen, que me coloqué en el boletín de una fábrica. Al mismo tiempo escribía cuentos. El montón era cada vez más grande. No cabían ya ni en una carpeta gruesa de cuarenta cópecs. Aún no me lo tomaba suficientemente en serio.

Solo de Underwood

Una vez, mi primo me preguntó:

—¿No estarás escribiendo una novela?

—En ello estoy.

—¡Yo también! —dijo mi primo, muy contento—. ¿Qué te parece? ¿Nos las cambiamos?

Necesitaba enseñar a alguien mis manuscritos. ¿Pero a quién? Mis compañeros de la facultad de Filología no me inspiraban confianza. No conocía a ningún literato. Solo a los no oficiales…

UN DESCENDIENTE DE D'ARTAGNAN

Por el bulevar, junto a los bancos amarillos, esquivando las urnas de yeso para las basuras, camina un hombre de corta estatura. Se llama Anatoli Naiman.

Sus veloces piernas van embutidas en unos vaqueros continentales claros. Su elegante manera de moverse recuerda la de un joven príncipe.

Naiman es un *cowboy* intelectual. Aprieta el gatillo más rápidamente que cualquier oponente. Sus bromas trazadoras son venenosas.

Solo de Underwood

En el tranvía, una mujer le dice a Naiman:

—¡Oiga usted! ¡No me toque!

—Pierda cuidado, mujer. Ya me lavaré las manos después…

Aparte de todo, Naiman escribe versos admirables, es amigo de Ajmátova y maestro de Brodski.

Lo temo.

Nos encontramos en la calle Pravda. Naiman me echó una ojeada, entre excitado y curioso. ¡Tener a tiro un animal tan grande debía de ser muy excitante para él! Pronto adquiriría la certeza de que lo que tenía delante era un mamífero. Aunque aquello no parecía una buena pieza, sino una especie de morsa varada. Un blanco demasiado fácil. Algo a lo que apetece poco pegarle un tiro. Pero en ese momento…

—Nos conocemos, ¿verdad? ¿Se ha licenciado, dice? Muy bien… Conque escribe usted… Bien, léame tres líneas… Ah, se trata de… cuentos… Pues tráigamelos. Vivo aquí cerca…

Naiman lee mis cuentos.

Me llama.

Damos un corto paseo por los alrededores del teatro Pushkin.

—En un año habrá llegado usted a ser un «joven autor progresista». Si tiene bastante con eso, obviamente…

Solo de Underwood

—Tolia —propuse a Naiman—, vamos a casa de Liova Riskin.

—No voy a ir. Ese individuo es un soviético.

—¿Cómo que soviético? ¡Está usted muy equivocado!

—Vale, un antisoviético. ¿Qué diferencia hay?

Naiman tiene prisa. Lo acompaño. No quiero más que hablar de los cuentos. No hay necesidad alguna de que sean publicados. Carece de importancia. Más adelante, tal vez… Ojalá acabe por escribir algo digno.

Naiman cabecea distraído. Es indiferente incluso a la constelación de moscovitas de izquierdas. Conoce los misterios literarios del pasado y los del futuro. En su opinión, la literatura contemporánea en su totalidad es un triste pasadizo, lleno de trastos inútiles, entre pretérito y futuro…

Nos encontramos en una zona del ensanche. Intento caerle simpático:

—¡Me parece que Tolstói se hubiera negado a vivir en este barrio tan aburrido!

—¡Tolstói se hubiera negado a vivir en este… año!

Nos vemos bastante a menudo. Le llevo nuevos relatos. Tolia,

indulgente, los aprueba. Lera, su mujer, suele decir:

—¡Serguéi, es usted un sin Dios! ¡Un idólatra!

No sé qué soy. Escribo cuentos… Tengo conciencia, es cierto. Puedo sentir su dolorosa actividad. Me apena que en el futuro nuestro planeta se congele.

Envidio a Naiman. Envidio su ingenio, su seguridad y su mala uva.

Solo de Underwood

Una amiga llama a Naiman:

—¡Tolia! Ven a comer con nosotros… Oye, de camino coge unas sardinas de esas importadas, de las de Marruecos… Y algún bote de mermelada… Y si no te preocupa el gasto, te haces cargo.

—El gasto no me preocupa en absoluto. Porque no voy a comprar ni una cosa ni la otra…

Deseo tanto caerle bien a Naiman. Podría decirse que le hago la rosca.

Solo de Underwood

Pregunto a Naiman:

—¿Conoce a Abram Katsenelenbogen?

Abram Katsenelenbogen es un lingüista de mucho talento. Una persona brillante y popular. Tolia debería conocerlo. Yo mismo conozco a Abram Katsenelenbogen. Tenemos amigos en común, quiero decir. Lo que significa que estamos al mismo nivel…

Naiman responde:

—¿Abram Katsenelenbogen? Me suena… Me suena el nombre, Abram. Pero el apellido Katsenelenbogen es la primera vez que lo oigo…

Cada semana le llevo tres relatos.

—Los he leído con gusto. Unos relatos admirables. Malos, pero admirables. Se está usted convirtiendo en un joven autor progresista. Hay un club literario en la calle Vóinov. Allí se juntan los jóvenes autores progresistas. ¿Quiere que le enseñe sus relatos a Ígor Yefímov?

—¿Quién es Ígor Yefímov?

—Un joven autor progresista…

LOS CIUDADANOS

Así fue como mis relatos acabaron en manos de Ígor Yefímov. Yefímov los leyó y dio su aprobación a alguno. Gracias a él conocí a Borís Vajtín, a Maramzín y a Gubin. Cuatro escritores de talento, fundadores del grupo Ciudadanos. Contrarios, como su misma denominación ponía de manifiesto, a la «prosa campesina» que por aquel entonces iba ganando fama.

La jefatura efectiva de aquella alianza entre iguales la ostentaba Vajtín. Enérgico y varonil, Borís estaba dotado de un excepcional atractivo.

La excesiva teatralidad de su estilo movía a risa alguna vez. Pero a risa secreta. Nadie se atrevía a burlarse de él abiertamente. Incluso el mordaz Naiman criticaba a Borís con mucha cautela.

Más tarde percibí que Vajtín conocía perfectamente sus puntos débiles. Que a menudo ironizaba respecto de sí mismo. Y eso es prueba innegable de inteligencia.

Como casi todas las personas agresivas, exhibía su poderío ante personas agresivas como él. En relación con la gente sin pretensiones se comportaba con gran moderación. En esa época yo era un tipo sin pretensiones.

Es conocido que Vajtín llevó a cabo bastantes actos de altruismo relacionados con problemas del día a día. Continuamente lo importunaban ciertas esposas, reclamándole la pensión alimenticia de sus maridos. Los discapacitados lo acosaban, exigiendo asistencia financiera. Las víctimas de cualquier arbitrariedad acudían a él.

Aparte de eso, me fascinaban sus aires de señorito holgazán. Su permanente disposición a tirar de la caja. O sea, literalmente, a pagar las facturas de todo el mundo…

Gubin era una persona de diferente temperamento. Inventor, pícaro, cuentista, sus comienzos fueron veloces y exitosos. Sin embargo, pronto lo calaron. Siguió a eso un prolongado y lamentable deterioro. Y Gubin, por lo que parece, se rindió. Abandonó sus tentativas literarias. Dotado de una impecable educación, bondadoso y bienhumorado, ejerce ahora de funcionario en el Lengas, la empresa estatal de suministro de gas de Leningrado. Tras de todo eso se intuye algún drama.

Suele decir que no ha dejado de escribir. Me gustaría creerlo. No obstante, pienso que Gubin ha traspasado ese límite a partir del cual la soledad deja de ser beneficiosa. Aunque suene frívolo, el ambiente literario es imprescindible para un escritor.

Un escritor no puede abandonar su oficio. Eso conduce inevitablemente al deterioro de su personalidad.

Tengo la esperanza de que a Gubin le vaya bien, pero me preocupa.

La única entrada que le dedico en mis cuadernos dice así:

Solo de Underwood

Volodia Gubin no es lo que se dice un hombre mundano.

—¡Qué hermosas son —dice— las mujeres de mis compañeros! Es algo maravilloso… ¡La de Vajtín, hermosa! ¡La de Yefímov, muy hermosa! Y la de Dovlátov… ¡hermosísima! ¡No se ven mujeres tan bellas ni… ni en el metro!

Gubin dice de sí mismo:

—Es cierto, no me muevo por las editoriales. No sirve de nada. Pero escribo. Escribo por la noche. ¡Y alcanzo cimas que nunca soñé alcanzar!…

Me gustaría creerlo, repito. Pero me parece difícil creer en esos destellos crepusculares de lucidez. La noche es un mundo peligroso. Es fácil perder el norte en la oscuridad.

El destino de Gubin es otro crimen de nuestra policía penitenciaria literaria…

Maramzín es ahora una persona conocida; vive en París y es el editor de *Eco*[3].

Cuando nos conocimos ya arrastraba una escandalosa fama. Osado, calculador y lleno de talento, Maramzín, estoy seguro, llevaba tiempo rondando lo que ambicionaba.

Su prosa, admirable aunque algo amanerada, se engalana a veces con oasis repentinos de claridad y pureza:

«No pido libertad. ¿Para qué iba a querer libertad? Es más, sospecho que ya la tengo…».

Quiero observarles que esto lo escribió antes de tener que emigrar.

En su temperamento, con una consistente inconsistencia, se fundían una infinita ortodoxia y una enorme tolerancia. Sus actitudes tajantes podían sacarte de quicio. Su propensión a llegar a las manos hacía la comunicación más difícil todavía.

Tras una historia que acabó a puñetazos, procuré mantenerme a distancia de Maramzín…

Es difícil escribir sobre Yefímov. Ígor se ha empeñado mucho en dificultar cualquier conversación sobre su figura. Cuando uno se refiere a él, es imposible no someterlo a un tipo de caracterización… burocrática:

«Honesto, probo, moralmente equilibrado… Y tiene autoridad…».

Solo de Underwood

Se celebraban las elecciones al gobierno de la Unión. (De la Unión de Escritores, por supuesto). Se votaba por listas. Había que tachar la candidatura indeseable.

Yefímov se topó en el pasillo con Minchkovski. Apestando a vino, este último se arrojó sobre Ígor proclamando enérgicamente:

—¡Vamos a votar!

El siempre preciso Yefímov murmuró:

—A tacharnos unos a otros, es a lo que vamos…

Yefímov no es un dechado de franqueza. Ni sus libros, ni tampoco sus manuscritos dan cuenta entera de su carácter.

Me gustaría escribir: es una persona complicada… Pero si realmente lo fuera, no tendría sentido escribir nada al respecto. Es lo mismo que cuando en las novelas traducidas, con total falta de pertinencia, se apunta: «En el original hay un juego de palabras intraducible…».

Creo que Yefímov es el personaje con más futuro de todo Leningrado. Si exceptuamos a Brodski…

EL PELIRROJO

Entre mis conocidos predominaban personalidades fuera de lo común. Principalmente, autores primerizos e impertinentes, artistas rebeldes y músicos revolucionarios.

Brodski destacaba incluso en aquella sediciosa compañía…

Niels Bohr decía:

«Hay verdades claras y verdades profundas. A una verdad clara se le opone una falsedad. A una verdad profunda se le opone otra verdad, igualmente profunda…».

Mis amigos eran adictos a las verdades claras. Hablábamos de libertad de creación, de derecho a la información, de respeto por la dignidad humana. Nos dominaba el escepticismo con respecto al Estado.

Nuestro ateísmo era espontáneo, fisiológico. Nos habían educado así. Si alguna vez nos referíamos a Dios era por pura pose, por coquetería, por ganas de provocar. Dios era para nosotros un pretencioso signo de originalidad. Un emblema de excelencia estética de la más alta categoría. Lo que lo convertía en una especie de héroe literario positivo…

A Brodski le interesaban las verdades profundas. El concepto de

«alma» ocupaba una posición central en su literatura y en su vida cotidiana.

Percibía en la monotonía de nuestro estado la agonía de un cuerpo, cuando el alma lo abandona. O la apatía de un mundo adormilado, en el que solo la poesía permanece en vela…

Al lado de Brodski, los demás literatos inconformistas parecían individuos dedicados a otra profesión.

Brodski creó un insólito modelo de conducta. No vivía en el estado proletario, sino en el monasterio de su propio espíritu.

No luchaba contra el régimen. No lo percibía. Ni siquiera tenía noción cierta de que existiera.

Su ignorancia de todo lo relacionado con la vida soviética resultaba inverosímil. Estaba, por ejemplo, convencido de que Dzerzhinski seguía vivo. Y de que «Komintern» era el nombre de un grupo musical.

No identificaba a los miembros del Politburó. Cuando en la fachada de su casa colgaron un retrato de seis metros de Mzhavanadze, el Primer Secretario del Comité Central de Georgia en esa época, Brodski dijo:

—¿Quién es ése? Me recuerda a William Blake…

Su modo de conducirse quebrantaba algún no explícito precepto de gran importancia. Y lo desterraron a la provincia de Arjángelsk.

El poder soviético es una dama muy susceptible. Mal le irá al que la ofenda. Pero le irá peor aún a quien no le haga caso…

Quizá podría recordar algo malo de toda esta gente. Pero no tengo ganas de hacer nada semejante, bajo ningún concepto. No me apetece ser objetivo. Quiero a mis compañeros…

Los Ciudadanos fueron tolerantes conmigo. Pretendiendo restituir sus rasgos clásicos a la literatura, insistían en destacar la importancia de la técnica literaria. Hasta el riguroso Yefímov se entretenía con toda suerte de ornamentalismos.

Borís Vajtín proclamaba:

—¡Déjate de épocas históricas y de cataclismos! ¡Déjate de pasiones y de locomotoras! ¡Escribe con letras, idiota! ¡A, b, c…!

Fui admitido entre los Ciudadanos por unanimidad. Pero entonces se manifestó un rasgo característico de mi biografía: mi habilidad para llegar siempre a los postres. En cuanto adquiero algo a crédito, la cosa se deprecia de inmediato. Y luego me tiro dos años pagándola.

El tema del campo de prisioneros y yo llegamos con un par de años de retraso.

Resumiendo, justo cuando me invitaron a unirme a ellos, la alianza se disolvió. Yefímov se retiró. Abandonó sus escarceos estilísticos y escribió una novela convencional, *Los espectáculos*.

Sin su presencia, el grupo perdió solidez. De todos nosotros, era el único afiliado a la Unión de Escritores…

En resumen, muchos no llegaron a enterarse siquiera de que fui el «quinto ciudadano».

AL LADO DE HEINE

Mis escritos corrían de mano en mano. Pude conocer así a Bítov, a Maya Danini, a Rid Grachov, a Voskobóinikov, a Leónov, a Arró… Todos me trataron con afecto. Entre los literatos de la vieja generación mostraron interés por mis relatos Métter, Gor y Bakinski.

Granin, todo un clásico de nuestra literatura, también los leyó. Luego me invitó a su dacha. Charlamos junto a la cocina de gas.

—No está mal, no está mal… —repetía Daniíl Aleksándrovich, hojeando mi manuscrito.

Tras la pared se oía ruido de pasos.

Granin se quedó pensativo un rato, y luego dijo:

—Pero no es publicable, claro.

—Posiblemente no lo sea —repuse—. No sé de dónde sacan sus temas los escritores soviéticos. Yo no veo nada publicable, mire a donde mire…

Solo de Underwood

En Tbilisi tuvo lugar un congreso: «El optimismo en la literatura soviética».

Participaba, entre otros, el poeta Narovchátov. Estuvo perorando largamente sobre el incombustible optimismo de la literatura soviética.

Tras él, subió a la tribuna Kemoklidze, escritor georgiano, que se expresaba en ruso con alguna dificultad:

—Quisiera hacer una pregunta… al orador que me ha precedido.

—Diga usted… —respondió Narovchátov.

—Tengo una duda con respecto a Byron… ¿Era joven?

—Sí —replicó, sorprendido, Narovchátov—, murió relativamente joven… ¿Por qué me pregunta eso?

Kemoklidze continuó:

—Otra pregunta respecto a Byron. ¿Era buen mozo?

—Así es. Tenía una pinta formidable. Es sabido.

—Una pregunta más, también sobre Byron. ¿Tenía un buen… pasar?

—Realmente…, sí… Era lord. Tenía un castillo… ¡Por Dios, qué

preguntas tan raras hace usted!…

—Y la última pregunta. Respecto a Byron. ¿Tenía talento?

—¡Byron es el más grande poeta de Inglaterra! ¡No le entiendo! ¡¿A dónde quiere usted ir a parar?!

—¡Ahora te vas a enterar!… Fíjate en Byron: joven, guapo, rico y lleno de talento… Y era pesimista. Tú, en cambio, que eres viejo, indigente, feo y cerril…, ¡eres optimista!…

Granin me dijo:

—Exagera usted. Un literato tiene la obligación de publicar. Desde luego, sin abjurar de su talento. Entre lo decente y lo inmoral hay un hueco. Hay que incrustarse en ese hueco.

Me armé de valor y le contesté:

—Me parece a mí que lo que hay en ese hueco es un cepo para lobos.

Siguió a eso un incómodo silencio.

Me despedí y me fui.

Pasaron dos semanas. Supe que se discutiría acerca de mis relatos en la Unión de Escritores. Imprimieron un anuncio en el programa mensual de la Casa Mayakovski. Nueve años después, todavía hojeo con emoción aquel cuadernillo azul.

13 DE DICIEMBRE DE 1967

13 de diciembre de 1967

MIÉRCOLES, 13	MIÉRCOLES, 13
Debate sobre los relatos de DOVLÁTOV	*Conmemoración del 170º aniversario de* HEINE
Comienza a las 17 h.	Comienza a las 17 h.

Nuestros apellidos estaban impresos con caracteres del mismo tamaño. Los admiradores de Heine se reunieron en la primera planta.

Los míos, en la segunda. Los míos eran muchos más, lo juro…

La discusión fue entretenida. Cuando se pasan hablando de ti una tarde entera, sea bueno o malo lo que se diga, siempre disfrutas.

Solo uno me dedicó una crítica incisiva, el escritor Borís Ivanov. Unos meses después lo echaron del Partido. Pero no tuvo nada que ver conmigo. Por lo visto, no solamente me criticaba a mí…

LA PRIMERA RESEÑA

Una mañana de diciembre de 1967 envié un paquete entero de relatos a la revista *Nuevo Mundo*[4]. La verdad, no me hacía ilusiones. Pegué los sellos, envié el paquete y santas pascuas.

En aquella época *Nuevo Mundo* era muy popular. Los mejores prosistas de Moscú eran colaboradores. Allí publicaba Solzhenitsyn.

Pensé que no recibiría respuesta alguna. Que simplemente no se darían por aludidos.

Un día recibí un sobre grande, sellado. Dentro estaban mis relatos, ligeramente arrugados. Iban acompañados de una recensión de la famosa Inna Solovióva. Y también de un breve informe de la sección de prosa.

Voy a reproducir los fragmentos más sustanciales de esos documentos. De la calidad de los materiales citados solo pueden responder sus autores.

Sobre los cuentos de S. Dovlátov:

> Estos pequeños relatos tienen un doble interés. El suscitado por el tono personal del autor y por su actitud ante la vida, en la que domina un sentimiento de vergüenza. Su despiadada capacidad de observación dota al escritor de un poderoso binocular: percibe lo pequeño incluso en sus detalles. Pero lo grande no obtura su horizonte…
>
> El rechazo explícito, casi arrogante, a extraer conclusiones, a la moraleja, parece un elemento fundamental en el trabajo creativo del autor. Incluso la sombra de algo parecido hace que Dovlátov se repliegue y se ponga a la defensiva. Con todo, esa expresión de la imparcialidad del autor, la acentuación de sus silencios, acaba convertida en una forma de presencia, en una mirada implacable.
>
> Me gustaría subrayar también la brillantez de su estilo, dotado de cierta pretenciosa franqueza, de un leve tono de bravuconería a la hora de exhibir el contacto directo del autor

con una insólita experiencia vital, que a los demás se les antoja espantosa e inverosímil.

Por otra parte, los relatos de Dovlátov poseen esa reconocible y peculiar pátina de «prosa para los amigos». Estoy lejos de reprochar a los autores jóvenes que sus relatos continúen siendo prosa para sus amigos, pues esa es y no otra la incurable patología de una escuela sin acceso al lector, privada de tal acceso por fuerza mayor, obligada a respirar en un mundo sin oxígeno, replegada sobre sí misma…

Probablemente, voy a ser reiterativa si añado que solo el trabajo profesional redimirá a Dovlátov de las vanidades de la autoafirmación literaria, aunque, por desgracia, esta convicción mía no abra todavía las páginas de las revistas a ningún autor con talento.

Inna Solovióva
19 de enero del 68

Y este es el dictamen de la redacción, fechado el 21 de enero:

¡Estimado camarada Dovlátov!

Desgraciadamente, no hemos podido elegir ninguno de sus relatos para ser publicado. Sin embargo, como autor ha despertado usted nuestro interés. Nos gustaría conocer otras obras suyas. No deje de enviárnoslas. Le deseamos lo mejor.

Redactora jefe de la Sección de Prosa

Inna Borísova

Los manuscritos fueron rechazados. Pese a todo, la carta me hizo albergar esperanzas. Lo más importante para mí era escribir algo digno. Y ahí se decía: «… su despiadada capacidad de observación…», «… una insólita experiencia vital…».

Pasados unos años, dejaron de interesarme las opiniones de los recensionistas. Iba directamente a la coda final:

«Lamentándolo mucho, tenemos que devolverle sus relatos…». «Razones obvias nos obligan a rechazar sus relatos…». «Aun habiéndonos causado una impresión favorable, no nos es posible publicar sus relatos…». Etcétera.

He acumulado más de un centenar de notas parecidas.

NOS HA GUSTADO, ASÍ QUE… ¡SE LO DEVOLVEMOS!

Pasó el tiempo. Trabé conocimiento con funcionarios de bajo nivel de varias revistas. Hasta me hice amigo de alguno. Las cartas de las redacciones eran cada vez menos formales. Las empecé a recibir incluso amistosas. Cosa que tenía sus pros y sus contras. Por un lado, la camaradería facilitaba disponer de información reservada. Muy rápido. Y sin hacerse demasiadas ilusiones. Pero, al mismo tiempo, la revista disponía de un método de rechazo más fácil y cómodo. En vez de documentos burocráticos responsablemente elaborados, una despreocupada llamada telefónica:

—¡Hola, colega! Tengo que darte un disgusto: ¡no va a haber forma! ¡Ya sabes cómo funcionan las cosas por aquí!… Lince, que eres un lince… ¿No tendrás algo sobre alguna fábrica? Alguna fábrica, digo… ¡No hace falta que te pongas así! Te lo preguntaba… No, hombre, no… Como compañero… Venga, vale, ya nos llamaremos…

Ni siquiera llegaba a enfadarme. Tampoco habría servido de nada.

He aquí unos cuantos ejemplos de este tipo de mensajes amistosos. De la revista *Juventud*[5]:

¡Hola, Serguéi!

Ha sucedido lo que te había anticipado. Desde luego, los relatos no han colado. Y no, por supuesto, por motivos literarios. El tema de los campos está cerrado a cal y canto, incluso si se trata de delincuentes comunes. Nada que sea trágico o sombrío… «¡La vida es bella y espléndida!», como dejó establecido el camarada Mayakovski la víspera de su suicidio.

A menudo cuento algún episodio a los amigos. Preferiría que los leyesen en las páginas de *Juventud*, pero…

Saludos de Yura.
Tu Vitali
9.2.70

De la revista *La Estrella*[6]:

¡Querido Serguéi!

Es una lástima que tengamos que devolverte tu novela corta, aprobada por el recensionista, pero prohibida por los de arriba. Con todo y con ello, un placer aplazado no es un placer del todo perdido. Creo que, tarde o temprano, tu encuentro con los

lectores de *La Estrella* tendrá lugar. Un apretón de manos,

Titov
23 de marzo de 1970

De la revista *Neva*[7]:

¡Querido Seriózha!

Tus relatos nos habían gustado a todos, pero el desarrollo ulterior de los acontecimientos ha puesto en evidencia que no hay manera de publicarlos.

Te devolvemos el manuscrito. Esperamos tus nuevos trabajos. Llámanos. Tuyo,

Árik Lerman
9.4.70

Los amigos empleados en aquellas revistas querían ayudarme sinceramente. Pero no tenían cómo hacerlo. Así que no es algo que les haya tenido en cuenta.

Solo de Underwood

Existe en Leningrado un comité especial para la colaboración con autores jóvenes. Una vez me invitaron a una sesión de ese comité.

Los miembros del comité me preguntaron:

—¿En qué podemos ayudarlo?

—En nada —dije yo.

—Seamos serios, por favor… ¿Qué ve usted necesario, en primer término?

Entonces les contesté, velarizando a lo Lenin:

—¡En pjimej téjmino…! En pjimej téjmino hay que tomaj los puentes. Después acojdonaj las estasiones. Bloqueaj el coj-jeo y el teléj-jafo…

Los miembros del comité se echaron a temblar e intercambiaron miraditas…

EL HARLEM LITERARIO

Pasaron los años. Ya no me limitaba a aquel trabajo mío en el boletín de la fábrica. Como periodista colaboraba en *Aurora*[8], *La Estrella* y

Neva. Publiqué tres reportajes y una decena y media de reseñas breves. Por lo general, recibía pequeños encargos, pero hasta esas minucias me venían bien…

La cosa fue así…

Solo de Underwood

El caso es que me llamó el jefe de la sección de crítica Dudkó:

—¡Camarada Dovlátov! ¡Seriózha! ¡¿Por qué no nos llama?! ¡¿Por qué no se pasa usted por aquí?! ¡Escribanos una reseña! ¡Ya! Con su agudeza. Con esa perspicacia suya. Con ese sentido del humor tan especial que tiene usted…

Al día siguiente me pasé por la redacción. Dudkó me preguntó, huraño:

—¿Se puede saber qué quiere?

—Verá, tenía intención de escribir una reseña. Me gustaría que me aconsejase respecto al tema.

—¿Qué es usted, crítico?

—No. No exactamente…

—¿Y qué pasa? ¿Qué cree usted que cualquiera puede escribir reseñas, o qué?

Aquello me extrañó y, tras despedirme, me fui.

Tres días después me llamó de nuevo:

—¡Seriózha, querido! ¡¿Por qué no se pasa por aquí?! ¡Nos encantaría poder contar con alguna reseña suya…

Etcétera.

Entré en la redacción. La misma sombría pregunta:

—¿Se puede saber qué quiere?

Se repitió unas siete veces. Creí que iba a volverme loco. Fui a la sección de prosa, a ver a Chirkov. Le pedí que me explicase aquel lío.

—¿Cuándo sueles venir? —me preguntó Chirkov—. ¿A qué hora?

—¿A dónde?

—A ver a Dudkó.

—Pues… Normalmente, hacia las once.

—Ya. ¿Y él cuándo suele llamarte? ¿A qué hora?

—Normalmente, hacia las dos. ¿Por qué?

—Por eso. Te presentas cuando Dudkó está resacoso y de mala leche. Y él te llama más tarde. O sea, después de «medicarse» un poco. Intenta venir hacia las dos.

Aparecí a las dos.

—¡Hombre! —gritó Dudkó — ¡Qué alegría tan grande! ¡Hacía siglos que no nos veíamos! Espero que nos habrá traído una reseña… ¡Con su talento!… ¡Y con ese sentido del humor que tiene usted!…

Etcétera.

A partir de aquel día comencé a publicar en la revista. Fueron unas diez reseñas.

Pero nunca volví a acercarme por allí antes de las dos…

Resumiendo, de vez en cuando me publicaban una reseña. Aun no siendo mi especialidad.

A propósito de esto, tengo escrito lo siguiente:

Solo de Underwood

Lerman y yo, los dos, aparecemos en una enciclopedia. En una literaria, por supuesto.

Lerman en la letra «S» (en la bibliografía dedicada a Shólojov). Yo, en la letra «O» (en la bibliografía dedicada a Okudzhava).

Menudo nivel…

Por supuesto, no todo iban a ser malas noticias. En privado, algunas personas respetables daban el visto bueno a mis trabajos. Los relatos gustaron a Gor, a Panova, a Bakinski, a Métter. Todos ellos me remitieron amistosas misivas.

Poco a poco, aquello empezó a parecerme claramente insuficiente.

CÓMO GANAR 1.000 (MIL) RUBLOS

En *Neva* trabajaba mi buen amigo Lerman. Llevaba tiempo aconsejándome:

—Escribe sobre la industria. Tú has trabajado ya en el boletín de una fábrica.

Me senté. Extendí mis recortes de prensa sobre la mesa. Los releí.

Decidí dejar de lado la dignidad. Y en un santiamén escribí el relato «Por encargo». Dos pliegos de una chapucería melosa y nauseabunda.

Los personajes eran un periodista ingenuo y un miembro de la vanguardia obrera. El periodista planteaba esquemáticas estupideces. El obrero desbarataba ese calculado esbozo. No recuerdo los detalles. Y, francamente, me daría vergüenza releerlo.

Los de *Neva* lo leyeron. A renglón seguido, lo rechazaron.

Lerman dijo:

—Demasiado bueno para nosotros.

—Dudo que haya nada peor —dije yo.

—Sí… Hay cosas peores. No muchas, pero las hay. Si tienes dudas, ojea la revista…

Estaba desconcertado. Había decidido vender mi alma a Satanás, ¿y a qué condujo todo aquello? A que acabé regalándosela.

¿Puede haber algo más patético?…

Envié mi obra a *Juventud*. Dos semanas después, recibí su respuesta: «La aceptamos».

Al cabo de tres meses apareció el número de la revista. Ni siquiera ojeé el texto. En cambio, la foto me gustó: tenía pinta de cantante napolitano.

En una comunicación anónima que recibí el contraste estaba amablemente versificado:

La foto no está mal.
Es casi de película.
Pero el cuento… un cagarro.
¡Una historia ridícula!

¡¿Conque esas tenemos?! ¡Para que os enteréis, con esa bazofia me saqué un pastón! Mil rublos, para ser exactos.

Cuatrocientos corrieron a cargo de *Juventud*. Luego llegó un oficio de Kiev. El director Pivovárov quería rodar un cortometraje. Doscientos rublos a cuenta de los derechos de adaptación. Después un contrato, en Moscú. Un espectáculo radiofónico interpretado por actores del Teatro de Arte. Doscientos rublos. Al poco, carta de Tashkent. Un programilla en la tele. Otros doscientos rublos. Y en la carta, además, una encantadora deferencia:

> En el relato el periodista carece de apellidos. Pero, y dado que la narración es en primera persona, hemos considerado oportuno adjudicar al héroe su apellido. El papel de Dovlátov será interpretado por el actor Vladlén Guenin…

¿Puede alguien decirme cuál de entre nuestros majestuosos clásicos ha sido inmortalizado en un programa televisivo? ¿Shólojov, Katáyev, Fedin? No creo que le haya pasado ni a Dostoyevski…

Espero que el camarada Guenin me encarnara como Dios manda…

Mil rublos cobré por ese engendro.

Mil rublos en una semana.

Dividamos entre cinco: doscientos rublos diarios. Dividamos entre ocho (las horas de la jornada laboral ordinaria): veinticinco.

¡Veinticinco rublos la hora!

Eso no lo ganan ni los coroneles del KGB, creo yo. La gente

normal, ni por asomo.

ESTO ESTÁ LLENO DE JUDÍOS

Voy a pasar a uno de los episodios más abominables de mi juventud literaria.

El acto tuvo lugar en enero del año 68. Las invitaciones tenían esta pinta:

Martes, 30 de enero de 1968
La Sección de Leningrado
de la Unión de Escritores de la RSFSR
lo invita al
encuentro de creadores jóvenes
Intervendrán los poetas y prosistas:
tatiana galushko
aleksandr gorodnitski
serguéi dovlátov
yelena kumpán
vladímir maramzín
valeri popov
Con la participación de jóvenes
actores, artistas y compositores
El acto dará comienzo a las 19 h.
El encuentro se celebrará en la
Casa Mayakovski
(calle Vóinov, 18)

También intervendrían Brodski y Úfliand. Sus apellidos no aparecían en la invitación.

¿Y qué fue lo que pasó?

Desde luego, nadie había calculado cuántos judíos intervendrían… ¡A nadie se le había pasado por la cabeza!

Solo de Underwood

Estaba charlando con un clásico de la literatura nacional, Vera Panova.

—Por supuesto —le dije—, estoy contra el antisemitismo. Pero las posiciones claves del Estado ruso deben ser ocupadas por rusos.

—Cielo —me dijo Vera Fiódorovna—, es que eso es precisamente el antisemitismo. Las posiciones claves del Estado ruso las debe ocupar la gente NORMAL…

Asistió mucha gente. Hasta los huecos de las ventanas estaban ocupados. Las intervenciones se sucedieron con gran éxito. Brodski recitó entre los ininterrumpidos bramidos de un público exaltado.

Me llamó una semana después:

—Tenemos que vernos.

—¿Qué pasa?

—No es algo que te pueda decir por teléfono.

Cuando Brodski dice que el asunto no es para hablarlo por teléfono, ha de tratarse de algo bastante grave.

Nos encontramos en la esquina de Zhukovski y Liteini. Iósif sacó varias hojitas de papel de fumar.

—Lee.

Empecé a leer. Luego le pregunté:

—¿De dónde ha salido esto?

—Tenemos a uno de confianza en «la casa grande»[9]. Una chica hizo la copia.

Lo que leí fue esto:

> Camarada Meléntiev, de la Sección de Cultura y Propaganda del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética.
>
> Camarada Aleksándrov, de la Sección de Cultura del Comité Regional del PCUS de Leningrado.
>
> Camarada Tupikin, del Comité Regional de la Unión Comunista Leninista de la Juventud de la Unión (UCLJU) de Leningrado.
>
> ¡Estimados camaradas!
>
> Más de una vez hemos llamado la atención del Comité Regional de la UCLJU de Leningrado sobre la actitud, morbosa en sentido ideológico, de los literatos jóvenes patrocinados por la sección leningradense de la Unión de Escritores de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia. Pero hasta el presente ninguna medida verdaderamente drástica ha sido tomada al respecto. Sin ir más lejos, el 30 de enero del año en curso, en la Casa del Escritor de Leningrado, tuvo lugar una reunión, muy bien organizada, de índole sionista, aunque supuestamente dedicada a la creación.
>
> Las formas del sabotaje ideológico se van perfeccionando,

haciéndose cada vez más sutiles y variadas, y hay que combatirlas resueltamente, sin permitirnos la menor concesión.

Adjuntamos a esta carta un informe en cuatro páginas:

Informe

No queremos expresar solamente nuestra opinión particular a propósito del así llamado «Encuentro de jóvenes creadores de Leningrado», que se realizó, el 30 de enero del año en curso, en la Casa del Escritor. Expresamos la posición de la mayoría de los miembros de la sección literaria del club patriótico «Rusia», dependiente del Comité Regional de la UCLJU de Leningrado…

¿Qué fue, en resumidas cuentas, lo que vimos y oímos allí?

Ante todo, una enorme muchedumbre de jóvenes, a la que apenas eran capaces de contener dos funcionarias auxiliares de la Casa del Escritor. Participaron en la velada unos trescientos ciudadanos de origen judío. Desde luego, podría haberse tratado de una casualidad, pero lo posteriormente sucedido demuestra precisamente lo contrario.

Media hora antes de inaugurar la velada en el café de la Casa del Escritor, fueron instaladas deprisa y corriendo las obras del artista Yákov Vinkovetski, que excluyen completamente la visión realista del mundo objetivo y tratan de liquidar la tradición de los grandes maestros de la pintura extranjera y rusa de siempre. El literato presidente, Y. Gordin, se dirigió seguidamente a sus «hermanos de espíritu», refiriéndose a esos engendros indigestos al estilo de Pollock, a quien conocemos por algunas reproducciones en color, para calificarlos de «obras llenas de talento», compuestas con elementos de «distintos géneros artísticos».

El coloquio, provocativo y políticamente tendencioso, dio inicio tras la lectura de las obras poéticas y prosísticas de V. Maramzín, A. Gorodnitski, V. Popov, T. Galushko, E. Kumpán, S. Dovlátov, V. Úfliand e I. Brodski, mediocres en cuanto a su contenido artístico, al tiempo que absolutamente ultrajantes para el pueblo ruso y hostiles al estado soviético en cuanto a su contenido ideológico.

Para no realizar afirmaciones gratuitas, pasaremos a comentar los discursos pronunciados ante aquellos tres centenares de «espíritus fraternos».

En un tono malicioso y burlón, Vladímir Maramzín contrapuso al pueblo nuestro Estado, que, según su parecer, no es más que un informe mecanismo de represión de cualquier

tipo de individualidad, no solo de la suya, suponemos, aunque Maramzín siempre ha encontrado manera de hacerle una higa al Estado hasta con los dedos de los pies.

A. Gorodnitski hizo público su «hallazgo» de que en la historia rusa no ha habido nada más que carnicerías, golpes políticos, pogromos centurianegristas, calabozos y exóticas supersticiones.

Más de una vez se ha escuchado a Tatiana Galushko recitar sus poemas, tristes, malintencionados y dedicados a gente marginal, en el escenario de la Casa del Escritor. Ahí estaba otra vez, caminando por las estrechas veredas montañosas de la atormentada Armenia, mirando, angustiada, al otro lado de la frontera con Turquía, allá donde siente que se halla su verdadera patria. O convirtiendo al presunto poeta judío O. Mandelshtam, fallecido hace una eternidad, en el único ser humano existente en toda nuestra gran patria soviética capaz de redimirla.

Valeri Popov, víctima de su esquizofrenia política, adoptó esta vez un nuevo papel. Normalmente se ha venido haciendo pasar por un ingenioso narrador humorístico, pero en este mitin, por lo visto, le habría resultado embarazoso abandonar el campo político del sionismo, en el que se ve que se siente como en su casa. En un cuento cortito, V. Popov se ocupó del mundillo, considerablemente limitado, de una muchacha rusa, cuyo único deseo parecía ser encontrar a toda costa un varón, cuanto más guapo, mejor, y que, sin embargo, siempre acababa dando con idiotas, deportistas y borrachos, y en eso consiste toda su tragedia.

Es difícil determinar cuál de los ponentes se mostraría más enérgico en la defensa de sus convicciones, pero cuanto mayor sea el talento artístico de un adversario ideológico, tanto más peligroso suele resultar. Es el caso de Serguéi Dovlátov. No queremos ahora demorarnos examinando los méritos artísticos de las obras que se leyeron. Cuando caen bombas, no se pierde el tiempo discutiendo si son verdes, blancas o azules.

La manera en la que Serguéi Dovlátov describió el encuentro entre un coronel retirado y su sobrino fue algo más que una sátira; fue un acto de acusación. El coronel, un borracho; el sobrino, un vago y un caradura. Estos dos rusos se cogen una curda, se asoman a la ventana a respirar aire fresco y luego se van volando. Por último, inician una conversación de este pelo: «¿Y qué opinas tú de los judíos?», pregunta estúpidamente el sobrino. El coronel responde: «El otro día nos mandaron a la Estación de Máquinas y Tractores a un novato.

¡Todos creíamos que era judío, pero resulta que le da a la botella!…».

En cuanto a León Úfliand[10], sigue echando bilis, escupiendo al pueblo ruso. Hace a nuestros trabajadores arrastrarse por debajo de los mostradores de las cervecerías, les adjudica ideas de lo más primitivo, mientras las pobres mujeres rusas dan vueltas y más vueltas por oscuros callejones, buscando a sus maridos en medio del lodo.

Y sobre este país «salvaje», poblado por bárbaros, que han perdido, si es que alguna vez lo tuvieron, su aspecto humano, pontifica la «poetisa» Yelena Kumpán. Se eleva, desde esta «horrible» vida, hacia algo místicamente sublime y estéril, algo denominado «espíritu», creación del gran pueblo hebreo.

El acto concluyó con la intervención de Iósif Brodski, habitual de las páginas de sucesos de los periódicos, expulsado de Leningrado por parasitismo no hace mucho. Como un judío orante en la sinagoga, elevaba las manos hacia su cara, y se cubría los ojos llorosos con las palmas. ¿Y qué era lo que tanto le dolía? Por lo visto, como se desprendía de su salmodia, que hemos destrozado injustamente su vida. Nosotros, los rusos, a quienes suele llamar, alegóricamente, «perros».

El último salmo de Iósif Brodski sonó igual que la apelación a una sangrienta venganza por todas las ofensas y agravios infligidos por el pueblo ruso al pueblo judío.

Para ir acabando, señalar que cada intervención iba acompañada de su tempestad de exaltación bulliciosa correspondiente y del estimulante tronar de los aplausos, lo que obviamente testimonia la absoluta unanimidad de todos los allí presentes.

Tenemos la convicción de que es imposible combatir las ideas sionistas, que de un tiempo a esta parte van tomando carta de naturaleza entre nosotros, con medidas puramente paliativas.

Por eso exigimos:

1. Solicitar la apertura de procedimientos penal, partidista y administrativo contra los organizadores y los intervinientes más activos en el mitin.

2. Practicar una investigación exhaustiva sobre la actividad del cuerpo ejecutivo del Comité de Colaboración con los Jóvenes de la Sección de Leningrado de la Unión de Escritores de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia.

3. Reemplazar a los integrantes del consejo de redacción de la miscelánea *El Joven Leningrado*, que lejos de dar expresión a

las preocupaciones de los verdaderos leningradenses soviéticos, han cedido sus páginas, número a número, a composiciones de autores como los antedichos y a «literatos jóvenes» que suelen estar en una línea parecida.

El Director de la Sección Literaria del Club de los Rusos de Leningrado,
dependiente del Comité Regional del UCLJU, V. Shcherbakov
Y los miembros de la misma Sección,
V. Smirnov, N. Utejin
4.2.68

¿Merece la pena comentar este documento siniestro, zafio y estúpido? ¿Hace falta explicar que es una mixtura de mentiras y demagogia? Tomen nota, no obstante, de que las técnicas del año treinta y ocho seguían vigentes. La carta provocó un considerable revuelo en las altas esferas. Las exigencias de los auténticos leningradenses soviéticos fueron satisfechas en parte. Los administradores de la Casa Mayakovski fueron amonestados. Al director simplemente lo echaron. Kochurin, un tipo feo, enigmático y peligroso, fue puesto a la cabeza de *El Joven Leningrado*.

Lo único que no lograron los autores de la denuncia fue la apertura de un procedimiento penal contra los jóvenes literatos. Aunque es posible que todavía estén a tiempo…

Nota al pie

Desde luego, al leer la denuncia sentí indignación. Y también orgullo, en cierto sentido. Al fin y al cabo, esos perros guardianes me habían elogiado, más o menos… Habían percibido, por decirlo así, mi talento literario.

¡Hay que ver la pasta de la que está uno hecho! Y no fui el único, creo yo…

Solo de Underwood

Un conocido nuestro dijo un día, con afectación:
—¡En el trabajo, hasta los antisemitas me aprecian!
Mi mujer replicó:
—A Hitler, los antisemitas lo apreciaban todavía más que a ti…

ES TRISTE VER…[11]

La irónica profecía de Anatoli Naiman estaba a punto de hacerse realidad. Me iba convirtiendo en un «joven autor progresista». Es decir, que no me publicaban. Todo lo que escribía era aprobado por los empleados de bajo nivel de las revistas. Después, instancias invisibles rechazaban mis manuscritos. Nunca acabé de saber quién mandaba realmente en los asuntos literarios…

Solo de Underwood

Vera Panova contaba lo siguiente.

Un día le tocó asistir a una recepción en el Kremlin. Nikita Jrushchov tomó la palabra. Había bebido en abundancia, así que hablaba y hablaba y no callaba. Concretamente, dijo:

—¡Hace poco se casó la hija del camarada Polianski! A los recién casados les regalaron un cuadro abstracto. No me gustó nada de nada…

Tres minutos más tarde comentó:

—Como ya saben, en casa del camarada Polianski se celebró una boda. De repente todo el mundo se puso a bailar ese… ¿cómo se llama? ¡El shake*! Fue una cosa espantosa…*

Finalmente, dijo:

—Como ya les he dicho, hubo boda en casa del camarada Polianski. Un joven poeta recitó sus versos. Me parecieron muy, muy alambicados…

Panova no pudo contenerse. Se levantó y se dirigió a Jrushchov:

—¡Queda claro, querido Nikita Serguiéievich! ¡Esa boda ha sido para usted un verdadero manantial de conocimiento!…

Naturalmente, fui haciendo amistad con autores tan hambrientos e infortunados como yo mismo. Se trataba de gente altiva y atormentada. El desprecio oficial se compensaba con una soberbia enfermiza. Los años de existencia miserable dejaban huella en el temperamento. El alto porcentaje de enfermedades mentales era la prueba. Además, no nos daba la gana de cumplir con las normas de aquel universo espectral.

Solo de Underwood

En cierta ocasión, Naiman y Gubin riñeron. Discutieron acerca de cuál de los dos estaba más solo.

Konetski y Bazunov por poco llegan a las manos. Discutieron acerca de cuál de los dos estaba más gravemente enfermo.

Shigashov y Gorbovski dejaron de dirigirse la palabra. Ni siquiera se saludaban. Discutieron acerca de cuál de los dos era más anormal.

—¡Te has vuelto completamente normal! —reprochaba Shigashov a su compañero.

—En absoluto —se defendía Gorbovski—, soy anormal, absolutamente anormal. Tengo un certificado, emitido por un dispensario psiconeurológico… Tú, sin embargo… No sé yo…

Su estricta observancia del genio les impedía dominar el oficio, distraía su atención de las rutinas cotidianas. Se puede ser un ingeniero común, pero no existe el pícaro común. Su misma singularidad es su mayor signo de grandeza.

Los que conseguían publicar tenían que someterse luego a una penosa expiación. También sus mentes pasaban por un doloroso proceso de destrucción. Los complejos se amontonaban unos sobre otros en sucesivos niveles para acabar conformando una mole deforme y obtusa. El coste del compromiso era desmesuradamente alto…

Solo de Underwood

Cierta vez, Bítov golpeó a Andréi Voznesenski. Bítov fue puesto ante un tribunal de camaradas. La cosa se puso seria.

—¡Escuchadme —dijo Bítov— y comprendedme! ¡Os contaré cómo fue! En cuanto os lo cuente, veréis que hice lo que debía. Y me perdonaréis de inmediato. Dejadme hablar. Fue así. Entré al restaurante. Me encontré con Andréi Voznesenski. Ahora, que alguien me explique, ¿cómo no iba a partirle la cara?…

Y por supuesto, reinaba allí el eterno compañero del hombre de letras ruso, el alcohol. Se bebía mucho, de todo, hasta la alucinación y el pasmo.

Solo de Underwood

Después de una borrachera imponente, Volf y Kopelián se fueron al campo. Al seno de la naturaleza, por decirlo así.

Al llegar, bajaron del tren. Kopelián, señalando algo con el dedo, aulló:

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡Un pájaro vivo!…

Para mi desgracia, siempre tuve muy buena disposición al respecto. El alcohol me reconciliaba fugazmente con la realidad.

Solo de Underwood

En una ocasión me tomaron por Dostoievski. Ocurrió así. Bebí más de la cuenta. Me subí al autobús. Fui a hacer mis cosas.

Había una chica a mi lado, y me puse a hablar con ella. Para no quedarme dormido, sin más.

El autobús pasó cerca del restaurante Marítimo, otrora «De Chvánov». Meciéndome ligeramente, dije:

—Fíjese, el restaurante preferido de Dostoyevski.

Apartándose un poco, la muchacha respondió:

—A la legua se nota lo que le gusta a usted, señorito…

Jolodenko alborotaba en plena borrachera:

—¡El tal Faulkner, menuda rata!… ¡El muy cabrón me ha robado un argumento!

Mi actitud hacia mis compañeros era complicada. Los amaba y los compadecía. Y, por supuesto, también los ridiculizaba. De vez en cuando me hacía con compañía decente, aunque acababa por huir al poco rato, entumecido de tedio. Era esnobismo, claro, pero solo podía hablar de literatura. Incluso las conversaciones sobre mujeres llegaron a parecerme intolerablemente aburridas.

Con los amigos se alternaban el amor, la piedad y el sarcasmo. Pero era el amor la emoción dominante.

Solo de Underwood

Gorbovski, padre de familia numerosa, contaba:

—Una tarde iba camino a casa y vi a unos niños jugando en un barrizal. Volví a mirar: eran los míos…

Solo de Underwood

En cierta ocasión, Inga Petkévich me dijo:

—Cuando apenas nos conocíamos, creía que trabajabas para la Seguridad del Estado.

—Y… ¿por qué? —pregunté yo.

—A ver cómo te lo explico. Apareces, me pides prestados cinco rublos, y luego vas y me los devuelves a los pocos días. Qué tío tan raro, pensé, tiene que ser un chivato…

El poeta Ojapkin planeaba casarse. Entonces echó de casa a su

prometida. ¿Motivos?

—Verás, es que camina muy despacio. Y lo que es peor, come todos los días…

¿DÓNDE HAY QUE FIRMAR?…

El joven escritor Rid Grachov era esquizofrénico. Cada cierto tiempo, debía ser internado en el psiquiátrico. Cuando la enfermedad le daba tregua, se convertía en un hombre inteligente, penetrante y lleno de talento. Publicó un único libro, *Donde está tu casa*. Son seis relatos. Brutales, conmovedores.

Cuando cayó enfermo de nuevo, fui a visitarlo a Udelnaya. Era complicado hablar con él.

Luego se recuperó.

Periodista de carrera, Rid había abandonado las redacciones tiempo atrás. No tenía dinero. Sus amigos decidieron ayudarlo. La crítica literaria Tamara Yúrievna Jmelnítskaya se puso en contacto con veintiséis conocidos. Todos aceptaron aportar mensualmente tres rublos por barba. Se necesitaba de alguien que tuviera tiempo libre para encargarse directamente de todo el asunto.

En aquel entonces yo ejercía de secretario de Panova. El trabajo estaba bien pagado y solo me ocupaba en días alternos. Tamara Yúrievna me propuso ocuparme de recolectar el dinero y llevárselo a Rid. Acepté, por supuesto.

Tenía una lista con veintiséis nombres. Me puse manos a la obra. Al principio sentí cierta incomodidad. Pero la mayoría de los partícipes del proyecto aflojaban su cuota prontamente y de buena gana.

Alekséi Ivánovich Panteléyev me dijo:

—Tengo dinero. Para que no tenga que molestarse viniendo cada mes, le voy a dar treinta y seis rublos hoy mismo. Llámeme si se necesita más.

—Gracias —dije.

—Gracias a usted…

El método me pareció razonable. Llamé al ricachón N. Le propuse la misma opción. Me dirigí a Petrográdskaya. Una señora desconocida me entregó tres rublos. Ni siquiera me invitó a entrar. Nos quedamos en la antesala. Pasé mucha vergüenza. Su mirada parecía insinuar:

—¡No vaya usted a gastárselos en vino!

Y la mía parecía manifestar:

—*No me le dude usté* un segundo, excelencia…

En casa del literato Brianski me tiré su buen par de horas. Agotamos todos los temas de conversación. Él seguía sin aflojar la mosca.

—Verá —dije—, ya va siendo hora de que me vaya.

Nos quedamos callados.

—Le daré los tres rublos —dijo—, por descontado que se los daré. Únicamente que… no me parece que Grachov esté loco.

—¿Cómo que no le parece que esté loco?

—Pues eso. Que no creo que esté loco, sencillamente. Lo que creo es que es mucho más listo que usted y que yo…

—¡Pero si está en tratamiento! Hay un diagnóstico médico…

—Me da la impresión de que finge.

—Está bien —dije—, reunimos dinero no porque esté enfermo. Sino porque es nuestro compañero. Y porque se encuentra en una situación muy difícil.

—Yo también estoy en mala situación. He tenido que vender mis colmenas.

—¡¿Qué?!

—Tenía siete colmenas en la dacha. Y tuve que vender tres. Y la dacha, ¡ojalá pudiera usted verla! Hoy día, se llama «dacha» a cualquier cosa…

—Ya. Pues nada… Que me voy…

—Que no, que se los voy a dar… ¡Por supuesto que se los voy a dar! Pero Rid no está loco. ¿Sabe usted quién está realmente loco? Lerman, el de *Neva*. Les ofrecí una novela autobiográfica magnífica, *La obsesión*, y el tal Lerman me comunica que le parece «un *curriculum vitae* algo hipertrofiado». ¿Conoce usted a ese Lerman?…

—Sí —dije—, es el crítico más brillante de todo Leningrado…

Mi encuentro con el escritor Rafalóvich fue breve.

—Aquí tiene el dinero —dijo—. ¿Dónde hay que firmar?

—En ninguna parte. Esto no es nada oficial.

—Claro. Pero se trata de que le demos una apariencia de formalidad…

—Pierda cuidado —dije—, llevaré el dinero a su destino.

—¿Cómo se le ocurre…? Confío plenamente en usted. Pero tengo la costumbre de firmar. Y cuando no lo hago, la cosa no me parece seria…

—Está bien. Firme aquí.

—Eso… es su cuaderno.

—Cierto. Verá, colecciono autógrafos.

—¿Y no lleva algo así como… una especie de registro?

—¿Una especie de registro? No, no llevo nada parecido.

Rafalóvich suspiró:

—Está bien. Dejémoslo así.

Por supuesto, dejé el encargo en cuanto pude. Tamara Yúrievna Jmelnitskaya me sustituyó.

Nos fue imposible ayudar a Rid. Y ahora está completamente loco…

EL DIRECTOR KONDRASHOV

Hay un documento que da una idea de nuestros hábitos literarios y editoriales. (La copia procede del Comité Regional de Leningrado). Esta es la prehistoria de dicho documento.

Apareció un libro que tuvo mucha repercusión, *Maestros de la traducción poética rusa*. Lo prologaba un artículo de Étkind.

Resumida, una de sus ideas consistía en lo siguiente. Muchos grandes artistas no tenían posibilidad alguna de publicar poemas originales. Se convertían en traductores para ganarse la vida. El nivel de las traducciones había mejorado, pero lo había hecho a costa de la producción literaria común.

Ahora, leamos:

> Al Jefe de la Sección de Cultura
> del Comité Regional de Leningrado del PCUS
> Camarada Aleksándrov, G. P.
>
> Las calumniosas aserciones de Yefim Étkind sobre el nivel de desarrollo de nuestra literatura en el período soviético, contenidas en su artículo introductorio al libro *Maestros de la traducción poética rusa*, no pueden sino provocar indignación.
>
> Aunque, desde enero de 1968, la redacción de la *Biblioteca del Poeta* no está bajo mi tutela, en lo que toca a la selección de originales, como responsable de una sucursal de la editorial y como comunista, no tendría justificación que pasase por alto el alcance de estos hechos. En un sentido ético-político, cada miembro del partido está obligado a luchar por la pureza de nuestra ideología con todos los medios a su alcance.
>
> Las rigurosas medidas administrativas que la dirección de la editorial deberá aplicar contra aquellos que, personalmente, han autorizado la diatriba antisoviética de Étkind son del todo apropiadas, pero la conclusión más importante que debe extraerse de lo sucedido es que hay que incrementar el trabajo educativo en la editorial misma, conforme a la resolución del Plenario de abril del Comité Central del PCUS, para eliminar la

más mínima posibilidad de que en ciertas obras se filtren de contrabando opiniones ajenas a la ideología socialista de nuestra sociedad.

Firmado: G. F. Kondrashov,

Director de la sucursal en Leningrado de la editorial El Escritor Soviético

11.10.68

¿Qué puede esperarse de las editoriales si semejante personal ocupa en ellas los «puestos clave»?…

A LA SOMBRA DE UN ANIVERSARIO AJENO

El verano del 68, un tipo desconocido se puso en contacto telefónico conmigo. Se presentó como el director Aristárjov. Dijo que tenía una atractiva oferta que hacerme.

Nos citamos. El director daba la impresión de hallarse totalmente agotado por largas jornadas de borrachera. (Algo que el propio Aristárjov ratificó sin mayor problema). Su aspecto también era elocuente en relación con su dramática situación financiera.

Aristárjov me ofreció escribir el guion para un documental sobre Bunin. Se aproximaba el aniversario del celebrado Premio Nobel.

Llamé a un compañero necesitado, el filólogo Áriev.

Escribimos juntos un esbozo de guion de dieciséis páginas.

El resultado nos pareció satisfactorio. Sus premisas conceptuales estaban bien articuladas. Fuera lo que quiera que fuera, Bunin era un emigrado. Huyó de los comunistas y murió en el exilio. Con todo y con ello, es un clásico de nuestra literatura. Uno de los cuatro nobeles rusos.

Ideamos el concepto de la «repatriación espiritual» de Bunin y quedamos encantados con él. Nos referimos al cercano centenario de su nacimiento apelando al sentimiento de orgullo nacional. Adornamos el esbozo con unos fragmentos tomados de lo que después sería el guion. Por último, expresamos humildemente nuestra buena disposición para viajar a Francia, con el fin de revisar más meticulosamente los archivos del escritor.

Aristárjov estaba eufórico con nuestra intuición en materia cinematográfica. Porque lo cierto es que no teníamos experiencia alguna.

—Se podría adaptar el esbozo mismo —decía Aristárjov—. ¡No es

que lo presienta, es que lo veo!

Su bolsillo izquierdo estaba medio arrancado. Sus botines pedían a gritos un arreglo. No llevaba cordones.

A cada paso se ponía a disparatar:

—Se podría adaptar perfectamente… El carruaje, con la capota levantada… Las cornejas, cuyos reflejos forman manchas violetas en la cúpula de la catedral… El gemido del mecanismo del pozo… La veranda… Un caballete abandonado…

Acto seguido declamaba los versos de Bunin:

Encenderé la chimenea, me pasaré el día bebiendo…

Etcétera.

Y, efectivamente, Aristárjov se daba a la bebida.

Bunin pasaba a muy segundo plano.

—Disponemos —decía el director— de un laboratorio técnico. Hay allí un electrófono que graba el menor susurro a una distancia de cuatrocientos metros. Me pregunto qué tipo de cacharros tendrá el KGB…

Aristárjov se tiró bebiendo un par de meses.

Conseguimos la dirección del estudio. Nos enteramos del apellido del tipo encargado del asunto.

Le enviamos el guion, sin que Aristárjov llegará a enterarse.

Nos respondió al cabo de unos tres meses:

Estudio de Cine Artístico Experimental
Moscú, 33 Vorovskogo

¡Estimados camaradas Áriev y Dovlátov!

Quiero informarles de que su guion para una película sobre Bunin ha causado una grata impresión. Se percibe el conocimiento del tema, el dominio de los materiales, la preparación literaria y cinematográfica de los autores.

Pero, desgraciadamente, en el Estudio de Cine Artístico y Experimental no nos es posible producir documentales.

Quiero también revelarles un pequeño secreto: su guion va a ser utilizado como material didáctico para la formación de los autores principiantes.

Atentamente, con mis más cordiales saludos,

El miembro de la Escuela de Redacción de Guiones del ECAE

(L. Gurévich)

24 de septiembre de 1968

La carta era verdaderamente misteriosa. Nos pasamos un buen rato desentrañando sus contradicciones. Áriev concluyó, con inexplicable satisfacción:

—Nos han rechazado. Las razones carecen de importancia.

Una semana después recibí una postal desde Moscú:

¡Ingenuo Seriózha!

No crea a Gurévich. La verdadera razón del rechazo es esta: Bunin tuvo el descaro de nacer en el año 1870. Casi al mismo tiempo que el camarada Lenin. Desde luego, el aniversario del guía del proletariado mundial debería eclipsar el aniversario de un blanco emigrado.

Total, que su sofisticado Bunin ha sido un fracaso. Lo mío sobre el paleto de Shólojov, en cambio, me ha sido pagado ya, y el rodaje está en marcha.

Un beso.

Suyo,
Yevgueni Rein

EL ORIENTE ES EL ORIENTE

El dramaturgo Aleksandr Volodin me llamó un día:

—Serguéi, ¿le apetece ganar algún dinero?

—Me apetece —dije—, y mucho.

—Le espero en los estudios del Lenfilm. Han llegado dos tipos de Tbilisi. Son miembros del Comité Central del Komsomol de Georgia. Acaban de terminar los cursos para guionistas en Moscú. Tienen orden de rodar su cortometraje de graduación aquí.

—¿Y yo qué tengo que ver?

—El guion es horrible. Hay que reescribirlo entero. El contrato está preparado. Será usted tercer coautor. Le reportará unos cuatrocientos rublos.

—¡Caramba!

Fui al Lenfilm. Los georgianos imponían. ¡Nada que ver con

Aristárjov! Cazadoras de ante, vaqueros, botas de *cowboy*… Uno de ellos se presentó:

—John.

El segundo dijo:

—Grisha.

Estaban muy orgullosos de su guion. Sin embargo, asumieron con entereza la determinación del Lenfilm del imponerles un coautor. Era el soborno, pensaron, que había que dar al estudio.

O sea, todo como Dios manda. Conforme a las tradiciones georgianas.

Leí rápidamente el guion. Efectivamente, se trataba de una composición lamentable. Un lío de carretera con bofetadas. Un Chaplin de saldo.

—Va a ser una película muda —dijo John—, estilo años treinta.

Grisha miró de soslayo algunos papeles, se puso muy tenso y dijo:

—En el marco de un silencio condicionado…

Nos retiramos para estudiar el asunto. John y Grisha se comportaron pacíficamente. Para ellos, yo era un mal necesario, el tributo que el genio debe pagar en una sociedad como la actual.

Firmamos el contrato. Cogí un ejemplar del guion para reescribirlo en casa.

Al despedirnos, los georgianos me observaron:

—Somos convencidos *joycis-ss-s*…

—¿Qué? —dije, sin entender.

—*Joycis-ss-s*…

Pensé, desconcertado: «¿*Jazzistas*?…».

—¿Qué? —pregunté de nuevo.

—Joycistas. Discípulos de Joyce —tradujo el listillo de Volodin.

Nunca lo hubiera sospechado, a la vista del guion. Arrancaba así:

«Un vagón de tren grande. Guram está sentado. Y no lleva billete…».

Tardé una semana en escribirlo de nuevo. Mi versión llevaba por título *El borriquillo tiene que ser flaco*.

Las primeras imágenes eran así. Pasa un tren, montando un estrépito considerable. De súbito, disminuye la marcha. Frena. El maquinista se asoma por la ventanilla. Espera pacientemente. ¿Qué ocurre? La cámara se va aproximando. Un escarabajo se arrastra por encima de uno de los raíles…

Volodin aprobó el texto:

—No está mal —dijo—. ¡Está hasta bien!

Nos reunimos con los georgianos. Leyeron el texto con detenimiento, pasándose las páginas uno a otro.

Por fin, John dijo:

—Es un buen guion. No está peor de lo que estaba. ¡Te lo dedico, Grisha!

—¡Y yo a ti, John!

Llevamos el guion al Lenfilm. Algunos días más tarde Volodin me llamó:

—Serguéi, he metido la pata hasta el fondo. Algo absolutamente inexplicable. Los georgianos han resultado ser unos impostores, unos estafadores. Quiero decir que… En efecto, son miembros del Comité Central del Komsomol. Pero todo lo demás ha sido un timo. No acabaron los cursos de guionista. Tienen certificados, diplomas, documentación falsa. Y el Lenfilm no rueda cortometrajes sin instrucciones específicas. Pero usted cobrará, no se preocupe.

—¿Están detenidos los georgianos? —pregunté.

—Los georgianos están tomándose un coñac en la cafetería…

Nunca cobré. Fui a ver al jefe de la Segunda Asociación Artística, Dimitri Moldavski. Me puse a explicarle cómo había sido la cosa. Moldavski sonreía sin prestar atención. De repente me di cuenta de que me estaba haciendo un retrato. Y que hasta se me parecía.

Vi claro que no merecía la pena hablar con él y me fui.

Más adelante Volodin solía repetirme:

—Sabe, puedo comprenderlo casi todo. Puedo comprender que esos sinvergüenzas estén en el Comité Central. Comprender que sean unos patanes. Puedo comprender que manejen papeles falsos. Puedo comprender que el Lenfilm no le pagase. Pero que ese par de estafadores no lo invitasen a un coñac… eso no me entra en la cabeza.

Por mi parte, sentí que había llegado la hora de marcharse de Leningrado…

LA CIUDAD VERTICAL

De Tallin se dice que es artificial, postiza, como de juguete. Pero yo, que he vivido allí, puedo afirmar que todo es auténtico. Se podría decir que a Tallin le resulta natural encarnar una cierta artificiosidad…

A la cultura estonia se la tiene por superficial. Bueno, ya es algo. Me parece a mí que si los visitantes censuran esa superficialidad es precisamente por lo bien que les vendría disponer de algo parecido.

En Estonia los niños van arreglados. En Estonia no hay perros vagabundos. En Estonia se puede ver a los estibadores bebiendo *cherry brandy* en minúsculas copitas…

¿Por qué fui a Tallin precisamente? ¿Por qué no a Moscú? ¿Por qué no a Kiev, donde disponía de amigos influyentes?…

No hubo ningún motivo razonable. Pero sí un coche que se dirigía hacía allí.

Me hallaba ante un callejón sin salida. Deudas, desastre familiar, sentimientos de desesperación.

Salimos alrededor de la una. Veintiséis rublos en el bolsillo, el carné de periodista, un bolígrafo. Una muda en la mochila.

No tenía conocidos en Tallin. Tenía dos teléfonos que alguien me había dictado con dejadez…

Llegamos al anochecer. Hice una llamada telefónica. Hubo suerte: tenía dónde alojarme.

Por la mañana me presenté en el despacho del director adjunto de *Juventud Estonia*. Empecé a publicar como colaborador. Después, me coloqué como secretario en un boletín portuario. Un mes más tarde, me invitaron a unirme al departamento de información de *Estonia Soviética*.

Mis condiciones materiales y mi situación civil se estabilizaron, en cierta medida. Ganaba alrededor de trescientos rublos al mes. Aprendí a beber a la occidental: limón, aceitunas, míseras copitas como dedales…

La caja siempre estaba disponible. Si publicabas algo, cobrabas en el día.

Pero también aquí aparecí con retraso (mi conocida habilidad para llegar a los postres). Los privilegios estonios comenzaron a menguar. La cosa empezó con naderías. El jamón cocido desapareció de las tiendas. Luego se redujo el cobro a cuatro días al mes. Prohibieron vender coñac en el bar de la Casa de la Prensa. Además de estas particularidades hubo otros cambios. De tipo ideológico, por decirlo así. Pero no adelantemos acontecimientos…

Solo de Underwood

Ocurrió en Tallin. Entré en una tienda. Quería comprar una cremallera.

—¿Tiene cremalleras?

—No.

—¿Y hay algún sitio por aquí cerca donde las vendan?

El dependiente:

—Sí, en Helsinki…

Hice amigos entre los intelectuales de Tallin. Periodistas, filólogos, científicos jóvenes. Les di a leer mis relatos. La ciudad es pequeña,

todo el mundo se conoce, los rumores circulan con rapidez. Me informaron de que en la editorial esperaban que presentara mi manuscrito. Escogí los dieciséis relatos más inofensivos y me dirigí allí.

La editora, Elvira Kuráeva, me recibió con excepcional amabilidad.

Me llamó días más tarde: le habían gustado mucho.

—Pediremos a alguien de la Universidad de Tartu que los recensione.

—¿Se le podría pedir al mismo Lotman?

—En principio, sí se podría. Yuri Mijáilovich estaría encantado de escribir una reseña. Pero yo no se lo recomiendo. Su nombre llamará innecesariamente la atención. Se los mandaremos al profesor Bezúbov. Es un hombre muy sabio, gran especialista en la obra de Leonid Andréyev. ¿Le gusta Leonid Andréyev?

—No. Me parece pomposo y afectado. No me cae demasiado bien toda esa pandilla: Gorki, Andréyev, Skitálets…

—No importa. Bezúbov es un hombre con gran amplitud de criterio.

—No tengo nada en contra suya…

Bezúbov escribió una recensión favorable. No tendría sentido reproducirla entera. Aquí tienen el último párrafo: «S. Dovlátov es un escritor maduro. Sus relatos poseen innegables virtudes literarias».

A las tres semanas, firmábamos el contrato 36/EI-74.

Se empezó a hablar de mi libro. El jefe de la editorial, Áksel Tamm, aseguraba que era el mejor libro que habían recibido en los últimos años. El director de Eesti Raamat citaba mi apellido cada vez que concedía una entrevista a los corresponsales de prensa.

¿Cuál fue la causa de un éxito semejante? Conozco la valía de mis relatos. Tampoco es que fueran para tanto.

Tenía que ver con la situación literaria. Escritores estonios los había con mucho talento. Vetemaa, por ejemplo, y Unt y Kaplinski. Y Árder. Todo lo que escribían se publicaba en estonio. Parece obvio: idioma local, tiradas pequeñas. ¿Quién iba a prestarles atención allá, en Moscú?

Un joven poeta estonio publicó un libro con un pene en la portada. De trazo bastante abstracto, aunque perfectamente reconocible. Vamos, que nadie lo tomaría por otra cosa… No quiero decir que el hecho en sí supusiera un importante logro artístico. Se trata simplemente de un testimonio acerca de la blandura del régimen censor imperante.

Desde luego, en la literatura estonia también hay tabúes absolutos. La cuestión nacional, por ejemplo. Y sin embargo…

Cuando del ruso se trata, la cosa es ligeramente distinta. Los

autores rusos disfrutan de muchas menos oportunidades. Aunque la débil sombra de los privilegios estonios también les roza alguna vez.

Además, la sección literaria rusa de Tallin era muy exigua. Hacía tres años que no admitían nuevos miembros en la Unión. Por eso se interesaron tanto por mí.

Las galeradas llegaron exactamente al cabo de un mes. Luego las segundas pruebas. Es decir que, en lo que a los plazos se refiere, fue una verdadera hazaña…

Más tarde supe que aun así la edición quedaba paralizada. A algunos les causaba una lógica perplejidad. Por la razón que fuese, el autor era leningradense. (Trabajaba en Estonia, pero tenía mi residencia en Leningrado). Los textos tampoco parecían del todo inofensivos. Resumiendo, que se paralizó la cosa…

Solo de Underwood

Áksel Tamm me contó esta conversación.

Una censora le dijo:

—Dovlátov critica al ejército.

—Dónde, enséñemelo.

—Bueno, por supuesto, se trata de naderías, de pequeños detalles, pero no obstante…

—Señáleme una frase concreta donde lo haga.

—Aquí la tiene: «En el cinturón del guardia se bamboleaba una bayoneta».

—¿Y?

—Es algo desagradable… Una bayoneta… que se bambolea… Es… frívolo…

Áksel Tamm no pudo contenerse:

—¡Es una bayoneta, no un miembro!… ¡No se yergue! ¡Se bambolea!…

En una ocasión el redactor jefe me mandó llamar:

—Diga, ¿qué amigos tiene usted en Leningrado?

—Es difícil precisarlo. En general, son escritores, artistas jóvenes… ¿Por qué?

—Por nada. Yo también me junto a veces con toda clase de gente. ¿Ha participado en alguna manifestación?

—Dios me guarde.

—¿Ha firmado algún… papel?

—¿Qué tipo de papel?

—Ya me entiende. Distintos papeles…

—Distintos… Nunca.

—Qué raro…

—¿A qué se refiere?

—Pasa algo raro con usted.

—Explíqueme de qué se trata…

—Bueno. No se preocupe. Todo irá bien…

Seguí esperando las pruebas definitivas. Parecía que la vida comenzaba a sonreírme…

Pero ha llegado el momento de distraerse un poco. De compartir una emocionante experiencia estética.

MÚSICA NEGRA

Oscar Peterson, el célebre improvisador de *jazz*, estaba de gira en Tallin. Tuve ocasión de asistir a su concierto.

La víspera me dirigí al jefe de redacción:

—Quisiera informar sobre el asunto en el número del sábado. Una especie de reseña corta.

El director, Guénrij Frántsevich Turónok, fiel a sus hábitos, se asustó:

—Dígame, ¿y eso a qué viene? Es estadounidense, habrá que pedir permiso… No estamos al tanto de sus convicciones políticas. ¿Y si es trotskista?

—¿Qué pintan ahora sus convicciones políticas? El tipo toca el piano.

—Da igual, es estadounidense.

—Para empezar, es canadiense.

—¿Qué significa eso de que es canadiense?

—Verá, hay un país llamado Canadá. Además, es negro. Miembro de una minoría nacional oprimida. Y, por último, lo conoce todo el mundo. ¿Cómo vamos a pasar por alto su visita?

Turónok se quedó pensativo.

—Está bien, escríbalo. Cincuenta líneas en cuerpo seis…

Peterson era un intérprete fabuloso. Por primera vez percibí la superioridad del directo sobre cualquier tipo de grabación.

La nota apareció en el número del sábado.

No la reproduzco aquí por vanidad; sencillamente, fue la única reseña soviética de la gira.

En sus modales no hay nada que evoque el show *de variedades: esmoquin clásico, seguridad, tacto. Un pañuelo blanco sobre la tapa del piano negro. El pianista se seca continuamente la frente. Una labor inspirada, un trabajo duro…*

Un concierto insólito, sin presentaciones. Es natural. Para un improvisador, el tema musical no pasa de ser un pretexto, una fórmula, un punto de partida. Aquí lo importante no es el compositor, sino el intérprete, que reivindica para sí el método de su ejecución. «Intérprete» quizá no sea la palabra adecuada. Peterson es algo más que un mero intérprete. Es un creador que elabora sus creaciones a la vista del público. Creaciones sutiles, puntuales, impalpables, como la sombra de los copos de nieve al caer…

El jazz verdadero es un arte en el que prima la expresión individual. Arte de afirmación personal y racial a un tiempo. El estilo de Peterson desborda las tradicionales armonías negras. ¡Qué cantidad de cosas puede uno descubrir en su riquísima polifonía! Del estruendo del tamtam a la flauta melodiosa de Mozart. Del tierno arrullo de unas palomas al bramido del rey de la selva.

Escribir sobre jazz es complicado. Podríamos hablar de las escalas diatónicas y cromáticas utilizadas por Peterson. De cómo maneja la politonalidad. De cómo es capaz de establecer una relación armoniosa entre tónica y subdominante. Moviéndonos, por expresarlo así, en los niveles superiores de la matemática del jazz…

¿Para qué?

De pronto aparece él, aproximándose al piano. Se sienta, pulsa el teclado. ¿Y qué ocurre? ¿Unas gotas golpeando el cristal, las cuentas de un collar desparramándose, un tintineo de hojas acariciadas por el viento?… Luego, un eco lejano que se vuelve más y más inquietante. Y finalmente el derrumbe, la avalancha. Y algo después, en el silencio, una nota solitaria, temblorosa, agonizante…

Peterson se presenta en formato de trío. Las percusiones de Jake Henn dan pulso a todo el organismo. Su arte es un grabado musical no del todo seco, cuyo telón de fondo hace más viva la pintura del pianista. El contrabajo de Niels Pedersen es el fondo deliberadamente áspero, como de gamuza, que contribuye a acentuar el brillo de las improvisaciones del virtuoso.

¿Qué decir, en conclusión? Yo mismo aplaudí con más entusiasmo que nadie. Se me paró el reloj y todo, ¡y lo acababa de estrenar!

Cogí el número de *Estonia Soviética* y me dirigí al hotel.

El artista me acogió afablemente. Le tradujeron la nota en mi presencia.

Peterson me apretó solemnemente la mano.

Luego exclamó:

—¡Un récord! ¡Un auténtico récord! ¡Es la primera vez que se escribe sobre mí en un cuerpo de letra tan pequeño!…

DEBATE EN EL COMITÉ CENTRAL

Llegaron las pruebas de imprenta. Un diseñador había trazado un boceto para la cubierta, un paisaje urbano alusivo en tonos tierra.

Áksel Tamm me llamó. Lo noté incómodo.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté.

—En el Comité Central de Estonia han pedido ver las pruebas. La reunión se celebrará el miércoles.

Me quedé a la espera, nervioso, preocupado.

La discusión tuvo lugar a puerta cerrada. Lógicamente, no me invitaron. Con eso no quiero decir que la cosa tuviera nada de lógica. En fin, que no me invitaron.

Me pasé el día bebiendo coñac. Y me fumé dos paquetes de Belomor.

Por fin, Elvira Kuráyeva me hizo llamar:

—¡Felicidades! ¡Todo ha salido a la perfección! ¡Lo editamos!

Más tarde supe lo que había pasado. El instructor del Comité Central Yan Trul presentó un informe. Creo que compuso una brillante pieza de oratoria. Podría resumirse así:

—Dovlátov describe los estratos más bajos de la sociedad. Sus personajes son gente problemática, bohemia. Nadie quiere publicarlos, son rechazados en todas partes. Beben mucho. Son tolerantes con las aventuras extraconyugales. Se nota que los relatos tienen un fuerte cariz autobiográfico… Dovlátov y sus héroes son el mismo tipo de gente. Por supuesto, se podría prohibir la publicación de este libro. Pero quizá fuese mejor editarlo. La salida del libro sería así lógica y natural continuación del destino de sus héroes. La salida del libro se convertiría en parte de la trama. Un final positivo y estimulante. Por eso soy partidario de editarlo…

Yo seguía esperando las pruebas finales. Teñidos de esperanza, los días se sucedían lentamente.

Voy a permitirme una nueva distracción.

LA BELLA ELEN

Cierto día entró en la redacción una rubia muy guapa. La modelo ideal para un anuncio de saunas finlandesas.

—Buenos días. Me llamo Elen.

—Un placer.

—Tenía muchas ganas de conocerle. ¿Le gustan los poemas de Tsvetáyeva?

—Me parece que sí.

—¿Y los de Zabolotski?

—También me gustan…

Estuvimos hablando alrededor de una hora. No acabé de comprender a qué había venido. Al día siguiente apareció de nuevo:

—¿No le parece a usted que la razón podría ser la forma consciente de expresar el sentimiento?

—Es posible, sí…

Continuamos charlando.

Y seguimos así la semana entera.

Le pregunté a un colega:

—Misha, ¿de qué crees que va todo esto?

—Pero, ¿tú no te enteras o qué? ¡Es un chollo! Tienes a esa tronca a punto de caramelo. Te lo digo yo, que de estas cosas…

Me sentía incluso incómodo. ¿Qué narices hacíamos hablando todo el tiempo? A ver si iba a ofenderse y todo…

Al día siguiente le propuse con cautela:

—¿Y sí vamos a alguna parte? Podríamos tomar una copa, calladitos…

—¡Oh, no!… Estoy casada.

—¿Simplemente como amigos?

—No. Estaría de más.

Al día siguiente volvió a aparecer. Quién sabe si no habría cambiado de opinión…

—Bueno… ¿qué? —le dije—. Aquí al lado hay un pintor suprematista que tiene un taller… (El suprematista me había dejado la llave).

—¡De ninguna manera! ¡¿Por quién me toma?!

Las cosas siguieron así durante tres semanas. Finalmente, me enfadé:

—Dígame de una vez. ¿Por qué viene aquí? ¿Qué quiere de mí?

—Verá, es que tiene usted una lengua magnífica.

—¿Qué tengo qué?

—Su lengua. El ruso literario. En Tallin hay muchos rusos, es verdad. Pero se expresan de forma tosca, primaria. Y usted lo hace con soltura, de forma muy creativa… Me dedico a la traducción, necesito

el contacto con la lengua literaria… En resumen, que quiero ser alumna suya. ¿Le parece mal? Algunas cosas, hasta las apunto.

Elen abrió un cuaderno.

—Esto, por ejemplo: «¿Cuál es la diferencia entre un cadáver y un difunto? El primero es un cuerpo muerto. El segundo, una persona muerta».

—Qué ideas —dije— tan divertidas.

—¡Pero qué bien formuladas!… Dígame, ¿puedo seguir viniendo?

¡Hermosa Elen! Me concede usted un gran honor.Sus traducciones son espantosas. Sin embargo, pienso que pueden mejorarse. Lo intentaremos en equipo…

EL MISTERIOSO KOTÉLNIKOV

Nos presentaron en una reunión de literatos. Luego conversamos varias veces en el pasillo de la gaceta del partido. Había sido cadete de la Academia Militar Suvórov, luego fogonero, escribía alguna cosa… Se apellidaba Kotélnikov…

Nunca me dejó sus relatos, aunque habíamos quedado de acuerdo en que lo haría.

Diría ahora que me fue antipático desde el principio. Que algo en él despertó mis suspicacias. Pero sería hablar por hablar, porque en realidad hicimos muy buenas migas. Lo único que no me cuadraba mucho era que, pese a ser proletario y hombre de letras, vivía con bastante desahogo. Vestía con clase, quién sabe dónde conseguía esa ropa. Mostraba interés por el mobiliario… Si uno se las da de poeta desclasado, no puede luego andar a la caza de un papel pintado finlandés… Vamos, digo yo. Aunque quizá sea esnobismo por mi parte…

¿Por qué les habló de Kotélnikov? Lo entenderán dentro de poco.

TODO SE VIENE ABAJO

Un día, Kotélnikov me pidió que le dejara mis relatos una temporada.

—Tengo un tío —me dijo— que es alto directivo del Cinecomité de Estonia. Para que se ponga al tanto.

—Pues nada, que se ponga.

Le di *La zona*. Y me olvidé del asunto.

A los pocos días corrió el rumor de que en casa de Kotélnikov

había tenido lugar un registro.

Fue una época bastante complicada. Echaron a varios profesores jóvenes del Instituto de Pedagogía de Talllin. A unos les acusaron de producir literatura clandestina, a otros simplemente de imprimir propaganda. Se llevaron a cabo varios registros en la ciudad. Los instructores delegados fruncían el ceño con aire amenazador.

¿Qué fue lo que provocó todo aquello? A mí me contaron esta versión.

Un grupo de ciudadanos estonios dirigió una petición a la ONU. «Reivindicamos la democratización y la autodeterminación… Queremos poner coto a la rusificación forzada… Actuando en todo momento en el marco de la legalidad soviética…».

Tres días después, las emisoras occidentales emitían el memorándum.

Al cabo de una semana se recibieron directrices de Moscú, subrayando la necesidad de reforzar el trabajo formativo. Lo que significaba que había que despedir a alguien. Además, por supuesto, de incoar un sumario contra los autores del memorándum. Y así sucesivamente.

Hubo un registro en casa de Kotélnikov. No sé qué delito se supone que hubiera cometido. Evitó posteriores sanciones. Ni siquiera lo citaron como testigo.

Mis relatos aparecieron entre los papeles que le confiscaron.

Yo me lo tomé con calma. Investigarán el asunto y me los devolverán. La causa de este jaleo no puede ser lo mío. Habrá montañas de *auténticosamizdat*.

O sea, que estaba tan preocupado como todo el mundo, pero no mucho más. Seguía a la espera de las pruebas finales del libro.

Un día, Elvira Kuráyeva me llamó por teléfono:

—El libro ha sido vetado. Desconozco los detalles. No puedo hablar más. No hay nada que hacer…

Estuve sin poder reaccionar más o menos una hora. Luego me puse a analizar los hechos. Concluí que había una obvia relación entre la llamada de Elvira y el registro en casa de Kotélnikov.

Mis relatos habían caído en manos del KGB. Allí se preocuparon de analizarlos. Naturalmente, no les gustaron demasiado. Llamaron a la editorial. Que si esto, que si lo otro, que despidáis a ese sujeto…

Por lo visto, fui un chivo expiatorio más.

Llamé a Kotélnikov:

—¿Quién se ocupa de tu caso?

—El comandante Nikitin.

Me dirigí al KGB. Atravesé la entrada. Una pequeña sala de visitas, una silla, un par de taburetes. Llamé a la ventanilla. Se asomó una

mujer.

—El comandante Nikitin, por favor.

—Espere.

Pasaron cerca de diez minutos. Entró un sujeto con gafas. Estatura mediana, robusto, aspecto de ingeniero.

—¿Camarada comandante?

—Capitán Zvérev.

—¿Y se puede saber dónde está el comandante Nikitin?

—Está en comisión de servicio. Expóngame su caso.

Se lo expuse.

—Debo consultar el expediente… —dijo el capitán.

—¿Cuándo me devolverán el manuscrito?

—Tenga paciencia. Se está instruyendo un sumario. A medida que avance, quedará claro qué documentos formarán parte del mismo. Llame el miércoles.

—¿Cuándo vuelve Nikitin?

—Muy pronto.

—¿Por qué han prohibido mi libro?

—No sabría decirle. Nosotros no nos ocupamos de asuntos… literarios.

Vale, me dije, esperaré.

Me acerqué a la editorial. Elvira estaba terriblemente asustada. Me arrastró hasta la escalera de incendios.

—¿Puede explicarme qué está pasando? —le dije.

—No puedo. Es más, no lo sé. Simplemente comentaron que el libro está prohibido.

—¿Comentaron? ¿O emitieron la orden correspondiente?

—Da lo mismo.

—Voy a ver a Áksel Tamm.

—No se lo recomiendo. ¿Qué le va a decir? Ya le he puesto al corriente de la prohibición por mi cuenta.

—Algo se me ocurrirá. Que me han llegado ciertas habladurías…

—Sería una imprudencia. Espere a que le llame.

Ya en la editorial, me pareció que la gente me saludaba con cierto desconcierto. Y en el trabajo, lo mismo.

Pasó un día, otro, un tercero. Llamé al capitán.

—De momento —dijo—, no hay novedades.

—¿Podrían devolverme el manuscrito?

—Transmitiré su petición. Llame el viernes…

Elvira permaneció callada. En el trabajo, el ambiente se había ido enrareciendo… O a mí me lo parecía…

Llegó el viernes. Decidí no llamar, sino ir personalmente al KGB.

Para que les fuera más difícil quitárseme de encima…

Entré a la sala de visitas. Apareció uno nuevo, con gafas.

—¿Podría ver al capitán Zvérev?

—Está de baja.

—¿Y al comandante Nikitin?

—Está en comisión de servicio. Expóngame su caso…

Empecé a comprender su estrategia. En cada visita aparece una persona distinta. A cada uno tengo que volver a explicarle lo sucedido. Así, las relaciones no prosperan. Nunca pasaré de la recepción…

Volví a exponer mi caso como un redomado imbécil.

—Tendré que investigarlo…

—¿Cuándo me devolverán el manuscrito?

—Si el manuscrito queda incorporado al proceso, le avisaremos.

—¿Y si no queda incorporado?

—Entonces se lo entregaremos a sus colegas.

—¿A los de la Sección de Prosa?

—Me refiero a sus colegas, a los periodistas.

—¿Y ellos qué tienen que ver?

—Son sus compañeros, gente del oficio. Ellos se ocuparán…

Menudos compañeros, pensé. Un lobo de Briansk sería mejor compañía[12]…

Inquirí:

—¿Ha leído mi manuscrito?

Se lo pregunté así, sin más ni más.

—Lo he leído —respondió.

—¿Y bien?

—En cuanto al contenido, me ha parecido bien… Regular… Y en cuanto a la forma…

Sonreí, confundido y, por decirlo así, orgulloso.

—La forma… —concluyó—, la forma es de una bajeza… total.

Nos despedimos cortésmente, casi diría que amistosamente.

El lunes noté un ambiente raro en el trabajo. Me saludaban con preocupación. El secretario de célula del Partido me dijo:

—Preséntese a las tres en el despacho del director.

—¿Para qué?

—Se enterará a las tres.

Se me acercó un colega de la sección de «Vida cotidiana» y me susurró:

—Escribe una solicitud de baja voluntaria.

—¿Qué tipo de solicitud?

—Una solicitud de baja a petición propia.

—¿Y eso?

—Si no lo haces, serás despedido por actividades incompatibles con el prestigio de un diario republicano.

—No lo entiendo.

—Pronto lo entenderás.

Una situación bárbara. Todos sabían algo. Y el único que no sabía nada era yo…

Escribí la solicitud como un perfecto gilipollas. Entré en el despacho del director. La gente ya se había reunido. Se formó algo así como un presídium. Fumaban. Intercambiaban miradas, muy serios. Tomaron asiento.

—Camaradas… —empezó el director.

EL TRUENO CELESTIAL

—Camaradas —empezó el director—, nos hemos reunido para deliberar… para analizar las causas de una degradación moral… El camarada Dovlátov entregó, de manera irresponsable, su manuscrito *La zona* a una persona con una fama que, vaya, vaya… Una persona, por cierto, que actualmente se halla bajo la custodia de determinado servicio… No podemos tener la seguridad, amigos míos, de que… ¿Y si nuestros enemigos estuvieran ahora mismo esgrimiendo este libro?… Hay dos mundos en conflicto, dos sistemas… Conocíamos a un Dovlátov, periodista más o menos dotado… Pero tenía una doble personalidad, por decirlo así… Tenía dos caras, camaradas… Caras totalmente distintas… Y esta segunda cara está descompuesta en una mueca de repugnancia hacia todo aquello que constituye nuestro… Y ahora… nos hallamos aquí con ganas de comprender, por expresarlo metafóricamente… Los camaradas ya tienen conocimiento del manuscrito… Les pido que vayan tomando la palabra…

Dios mío, ¡la que se armó entonces! Yo, al principio, sonreía incluso.

Director adjunto K. Málishev:

—Dovlátov está de mierda hasta las orejas… Haciéndole el caldo gordo a la burguesía… Haciendo mofa de todo lo verdaderamente importante…

«Kostia», pensé, «¿eres tú de verdad? ¿No eras tú el Kostia que, por un vaso de oporto, me firmaba comisiones de servicio falsas? ¡Qué no nos habremos bebido entre tú y yo!…».

Segundo director adjunto, B. Néifaj:

—En el libro de Dovlátov todo es desesperanza, oscuridad…

Mutilados morales, ni siquiera personajes… ¿De dónde los saca? ¿Cómo acabó en un campo?… ¿Y qué es el campo? ¿Un símbolo de nuestra sociedad, acaso? Yo creo que le gustaría pasar por el nuevo Solzhenitsyn…

Secretario responsable de redacción, I. Populovski:

—Dovlátov lo deja en pañales… Lo de Solzhenitsyn no es tan siniestro… He leído *Iván Denísovich*, y pueden encontrarse elementos positivos… Dovlátov los ha eliminado totalmente…

I. Gaspl, responsable de la Sección Patriótico-Militar:

—Solo una pregunta: ¿amas a tu patria?

—Como cualquier persona normal.

Gaspl interrumpe:

—Explícanos entonces… ¿qué te ha pasado? ¡Porque esto tiene pinta de sabotaje político!…

Me puse a hablar. Recordarlo todavía me deprime. ¡¿Cómo pude rebajarme a lanzar una perorata en aquel zoológico?! Dios mío, ¿qué trataba de explicar? Y, sobre todo… ¡¿A quién?!

—Los fundamentos trágicos de la belleza… *La isla de Sajalín*, de Chéjov… Los *Recuerdos de la casa de los muertos*… Los desharrapados… Maksim Gorki… «Quien pasa su vida sin iras ni penas / poco amor tiene por su tierra…».

Néifaj (interrumpiendo):

—¿De quién es eso? ¿De algún disidente de Moscú?

—¡Son versos de Nekrásov!

Néifaj:

—No puedo creerlo…

L. Kokk, secretario de la célula del Partido, se pone en pie y espera a que se haga un completo silencio:

—¡Camaradas! ¿Es propio del ser humano defecar? Lo es, en efecto. ¿Pero acaso nuestra vida consiste únicamente en eso?… ¿Existe entre nosotros la homosexualidad? Sí, en alguna medida todavía existe. ¿Pero significa eso que la homosexualidad sea el único camino?… Dovlátov describe lo más vil, lo más repulsivo… Sus personajes son todos delincuentes, drogadictos, antisemitas…

B. Néifaj:

—¡No toleraremos ese antisemitismo!

I. Gaspl:

—En sus escritos también se encuentran rasgos de sionismo.

K. Málishev:

—Es que una y otra cosa vienen a ser lo mismo…

L. Kokk:

—Yo he salido al extranjero unas cuantas veces. Y, lo diré con

franqueza, mal no se vive… Una vez, fui a ver a un millonario. Su buen piso, su dacha… Pero adquirido todo a costa de la degradación moral… ¡Libertad!, dicen algunos… Sí, en Occidente hay libertad… Para quienes glorifican al imperialismo, claro… Y luego está lo de la ropa… Por supuesto que la ropa sintética es barata… Me viene precisamente a la cabeza un gabán que compré en Estocolmo…

G. Turónok, director:

—Se está usted desviando de la cuestión…

L. Kokk:

—Termino ya. El asunto de las drogas. Por supuesto, proporcionan alivio, pero pasajero… Y de la revolución sexual, es que no tengo ni ganas de hablar…

G. Turónok:

—¡A mí me parece que Dovlátov aborrece a la gente humilde!

¡Que tuviera que oír aquello! Cuando era público y notorio que era yo el único que daba las gracias a las mecanógrafas. El único que recogía sus cosas…

I. Populovski:

—Su lenguaje, a pesar de todo, es brillante, enérgico. Si se dedicase a la ficción…

G. Turónok:

—Dovlátov tiene la palabra.

En ese momento me animé un poco:

—Lo que está sucediendo aquí es repugnante. Están comentando ustedes un manuscrito inédito. Es una flagrante violación de los derechos de autor. Les ruego que no me pregunten nada. No me parecería conveniente contestar.

El responsable de la Sección de Agricultura me dio un Validol. Nunca olvidaré ese detalle.

G. Turónok, dulcificando algo el tono:

—Dovlátov debe reflexionar. Va a tener tiempo de sobra. Tengo noticia de que ha escrito una solicitud… (O sea, que el colega había tramitado ya el parte). Solicitud que no vamos a rechazar.

Podía romper la solicitud de baja. Pero, ¿de qué serviría? Vencer en semejante tesitura era imposible…

Así que dije:

—Dimitiendo me hago un pequeño regalo. Es una mínima compensación por todo lo que he pasado en la editorial… ¡Aquí no hay quien respire!… Todos ustedes recordarán con vergüenza esta arbitrariedad…

Fui al Comité Central a ver a mi conocido, el instructor Trul. Era evidente que estaba al tanto del asunto.

—¿Qué es lo que está pasando? —pregunté.

El instructor movió la cabeza, señalando el teléfono:

—Salgamos afuera.

Un funcionario del Comité Central estonio y el exreportero de un periódico del Partido conferenciaban en el retrete.

—Hay un camino seguro —dijo el instructor—. Primero te pones a trabajar de peón en una fábrica. Luego, asciendes a jefe de brigada. Y luego…

—¿A director de la fábrica?

—No, a corresponsal obrero. Un periódico juvenil te emplea en calidad de corresponsal obrero. A los dos años escribes un libro sobre la fábrica. Lo editan. Te admiten en la Unión. Etcétera…

—Espera, Vania. ¿Para qué tengo que ir a una fábrica? Ya tengo, gracias a Dios, una profesión que me gusta.

—Entonces no sé qué decirte…

—Dime, por lo menos. ¡¿Cómo puede ser esta gente así?! He trabajado con ellos dos años. ¡Y no han dicho ni media palabra! Había individuos allí que han leído mis escritos. Que los han leído y elogiado, y que ahora no dicen ni mu…

—No veo nada raro. Tú mismo elegiste este mundillo. Y ahora te extrañas…

—¿Qué pasa? ¿Que el tuyo es mejor?

—No me atrevería a asegurarlo. Por supuesto, desmadre hay en todas partes. Hasta en las fábricas. Pero no tan exagerado como aquí. Hazme caso. La fábrica no es la peor opción…

Llamé al KGB. Conseguí ver a Nikitin. Aparentemente, ya no tenía por qué esconderse.

Le conté todo lo sucedido.

—Dispénseme —dijo Nikitin—, pero ¿exactamente, qué es lo que quiere? Hemos entregado el manuscrito a sus compañeros. Diríjase a ellos. Los asuntos literarios no son de nuestra incumbencia…

Lo que yo quería era dar con la persona concreta que había determinado mi destino. Descubrir la auténtica fuente originaria de mi desdicha. Hablar de una vez con quien disfrutaba de aquel ilimitado poder ejecutivo. Pero el personaje permanecía oculto. En su lugar actuaban marionetas, sombras, fantasmas…

Solo de Underwood

Dice Maramzín:

Si le dieran a Brézhnev estos manuscritos, los leería y diría:

—Personalmente, a mí esto me gusta… Pero ¡¿qué van a pensar los de arriba?!

Pregunté a Áksel Tamm:

—¿Quién dictó la instrucción exactamente?

—Mi jefe directo.

—¿Podría hablar con él?

—No vale la pena. Le dirá: diríjase a Áksel Tamm.

Inteligente estratagema. Un asesino puede ver a su víctima. Y es posible que hasta sienta compasión. En el instante crítico puede tener un arrebato de lucidez. Conmigo actuaban de otra manera. El asesino no me había visto en su vida. Ni yo a él. Ni siquiera sabía su nombre. O sea, que el verdugo quedaba libre de remordimientos. Y de temor a la venganza. De todo eso a lo que nos referimos con la odiosa denominación de «excesos».

Una cosa es pegarle al enemigo un alabardazo. O atravesarlo con una bayoneta. Pero apretar, supongamos, un botón en Asia y arrasar las Islas Británicas es algo totalmente distinto…

En resumen, que el círculo se cerró. El comité dio una indicación a Turónok. Turónok, poseído por su celo de lacayo, montó el espectáculo. La editorial se lavó las manos. ¡¿Qué podía importar que el trabajo tipográfico estuviese acabado?! Menuda preocupación… Pagaba el gobierno. Y al gobierno siempre se le puede robar…

Fui a ver a Grigori Mijáilovich Skulski. El viejo superviviente de los procesos «contra el cosmopolitismo», veterano de la literatura estonia, tendría algún buen consejo para darme.

Grigori Mijáilovich me dijo:

—Tiene usted que confesar sus errores.

—¿Qué errores?

—Eso no importa. Lo esencial es confesar algún error. Reconocer algo. ¿Es usted un ángel o qué?

—No soy ningún ángel.

—Pues confiéselo. Todos tenemos algo que confesar.

—Pero es que no me siento culpable de nada…

—¿Fuma?

—Fumo, sí. ¿Por qué?

—Con eso basta. Fumar es un hábito nocivo e insensato. ¿Está de acuerdo? Entonces, escriba: «Arrepentido de mi insensatez, solicito que…».Y luego mencione el libro. Confiese algo, pero en forma

nebulosa, enigmática. Escriba al Primer Secretario, Kebin…

—¿Usted también ha tenido que acusarse de algo alguna vez?

—Cómo no. Montones de veces. Lo tengo casi por costumbre.

—¿Y de qué tipo de cosas se ha acusado?

—Pues… De preparar un atentado contra Uborévich. Menos mal que, justamente por esos días, detuvieron a Uborévich. Si no recuerdo mal, por el atentado contra Blújer… Y a Blújer, por el atentado contra Yakir. Y a Yakir…

La epopeya de Tallin acabó. Me iba con una hermosa aureola de perseguido político. Algunos me apretaban la mano a escondidas:

—¡No estás solo, compañero!

Corrieron rumores de que, en un arranque de heroísmo, exhibí una pancarta subversiva entre el distrito de Mustamäe y el edificio del Comité Central. En la que abogaba no se sabe si por la legalización del bridge, o por la excarcelación de Meyus, el levantador de pesas, que había estrangulado en un arrebato de celos a su mujer…

Me convencí de que todo era inútil. Compré un billete para Leningrado. Antes de partir escribí a Kebin:

Al Primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de Estonia, Camarada I. G. Kebin

Del corresponsal de *Estonia Soviética,*
S. Dovlátov

¡Estimado Iván Gústavovich!

Me atrevo a dirigirme a Usted en relación con un asunto personal de excepcional importancia para mí. En esencia, se trata de lo siguiente.

Desde el año 1965, me dedico al periodismo. Desde 1968, soy miembro de la Unión. Desde el verano de 1973, ejerzo como corresponsal de *Estonia Soviética*.

En septiembre de 1973 presenté a la editorial Eesti Raamat una recopilación titulada *Cuentos urbanos*. El libro tuvo una recensión favorable, y firmamos un contrato. A principios de 1975 había pasado por todas las instancias oficiales, había sido acabado de componer y aprobado por el Comité Central del Partido Comunista de Estonia. Al mismo tiempo, preparaba la edición de un breve relato infantil.

Es difícil explicar lo que significa el primer libro para un autor debutante. Y que lleva más de diez años esperando poder publicarlo.

De pronto ambos libros, uno de ellos casi a punto de entrar en imprenta, son prohibidos. ¿Qué ha ocurrido aquí?

Ocurrió que hace unos tres meses entregué una parte de mis manuscritos a un tal V. Kotélnikov, al que apenas conocía. V. Kotélnikov me propuso enseñárselos a un pariente suyo, directivo del Cinecomité, el camarada Bélchikov, cuya opinión podría serme muy útil.

Supe luego que mi colección de relatos *La zona*, que constaba de 110 páginas dactilografiadas, había sido confiscada a Kotélnikov por oficiales del KGB, y que el tal Kotélnikov se hallaba incurso en un proceso que está bajo secreto de sumario. Insisto en que no tenía ni idea de las actividades de Kotélnikov. Le entregué el manuscrito solo con fines prácticos y de colaboración.

La zona es una selección de relatos escritos hace unos diez años. Son los apuntes de un guardia de seguridad en una colonia de reeducación y trabajo en régimen especial. Están basados en experiencias autobiográficas. Creo conveniente añadir que durante mi servicio militar me fueron otorgadas varias menciones honoríficas y alguna condecoración.

Esos relatos son los primeros tanteos de un autor novato, agobiado y algo jactancioso con respecto a su exótica experiencia biográfica. Sigo trabajando en ellos. No están incluidos en la redacción final de mi primer libro.

Espero y quiero creer que nadie, por imperfecta que sea *La zona*, haya podido considerarla o la considere munición para la propaganda antisoviética. Niego categóricamente, en todo caso, haber tenido semejante intención al escribirla.

Aunque me arrepiento de mi irreflexiva actitud, creo, sin embargo, que la prohibición del libro es un castigo excesivo para una falta inintencionada.

He soñado con una actividad literaria profesional durante toda mi vida racional. Después de más de diez años de espera, todas mis ilusiones estaban puestas en ese libro. Cerrándome, por el tiempo que sea, la vía a la creación, las autoridades literarias me empujan al abismo de la desesperación. Créame, es precisamente ese hondo sentimiento lo que me lleva a demandarle Su tiempo y Su indulgencia.

Atentamente,
S. Dovlátov
3 de marzo de 1975

Dos meses más tarde, ya en Leningrado, recibí esta respuesta:

No 7/32

El Comité Central del Partido Comunista de Estonia no puede aprobar la edición de su libro por las razones que le fueron expuestas verbalmente en el departamento correspondiente del CC.

Subjefe de la Sección de Propaganda y Agitación del CC del PC de Estonia

J. Manmermaa
25 de abril del 1975

¿Qué coño de exposición verbal en departamento alguno del Comité Central? Hubo una charla personal con Trul. Y no fue en ningún departamento del CC, sino en los retretes.

Escribí a la editorial:

Al director de la editorial Eesti Raamat
De Dovlátov, S. D., autor.
Con copia para la Sección de Propaganda
del CC del PCE,
a la atención del camarada Trul, Y. Y.

¡Estimado camarada director!

En junio del año 1974 la editorial contrató conmigo la edición de un libro de relatos. Antes, el manuscrito había tenido una recensión favorable del docente de la Universidad Estatal de Tartu, V. Bezúbov. La editora E. Kuráyeva hizo un gran trabajo. El libro fue entregado para su composición. Aparecieron las galeradas, después las pruebas definitivas. Un proceso editorial común y corriente. De repente, me enteré de que la edición del libro había sido misteriosamente paralizada. No pude obtener información oficial alguna en ninguna de las instancias responsables. Los motivos de la prohibición me llegaron en forma de chismes privados, fantasiosos y ridículos.

Por ese libro, misteriosamente aniquilado, percibí el 100% de mis honorarios. Es lo único que no me cuesta trabajo entender.

Repito que sigo sin conocer la razón oficial de su prohibición.

Le ruego encarecidamente que me aclare este asunto.
Atentamente,

S. Dovlátov
1 de oct. de 1975

La respuesta:

El Comité Estatal del Consejo de Ministros de la RSSE para Asuntos Editoriales, Poligrafía y Comercio de Libros
Con copia para la sección de Propaganda del CC del PCE
La edición de su libro fue paralizada por razones que le son conocidas. Además, de momento no parece posible plantearse nuevamente editarlo, dado que, en virtud del reglamento en vigor, la editorial de la república únicamente publica en ruso obras de autores locales.

El director (R. Syirak)

Escribí otra carta. La última:

Al director de la editorial Eesti Raamat
Con copia para la Sección de Propaganda del Comité Central del Partido Comunista de Estonia

¡Estimado camarada Syirak!

Por lo que se ve, me toma Usted por idiota. Si no, ¿cómo se puede explicar el contenido de Su carta? Le pregunto acerca de las razones por las que mi libro no se publica. Y me contesta usted: «por razones que le son conocidas». Y, más adelante, «porque la editorial publica exclusivamente autores locales». Y todo eso después de haber sido contratado, de haber cobrado los honorarios correspondientes y de que el libro estuviese listo para ser publicado. No le ocultaré que Sus evasivas me parecen insultantes.
Voy a repetírselo una vez más: la literatura es mi oficio, mi vida. Me pone Usted en una situación en la que no tengo nada que perder… Disculpe mi brusquedad.
Atentamente,

S. Dovlátov
12 de noviembre de 1975

No hubo respuesta esta vez.

EL REGRESO

Había pasado tres años fuera de Leningrado. Y ahora estaba allí de nuevo. Me encontré con viejos amigos. Me enteré de las últimas noticias.

Jéifets estaba en la cárcel. Vinkovetski se había marchado. Maramzín se iba a los pocos días.

Hablamos sobre el asunto. Un compañero me dijo:

—Vamos a ver, ¿qué es lo que te molesta? ¿Que no te publican? ¡¿Y qué pasa con Jesucristo, que a él lo publicaban, o qué?! A ti no te publican, pero sigues vivo… ¿Que no te publican? ¡Y qué más te da!… ¡Tú a ellos, no los dejarías ni subir al autobús! Y a ti lo único que te hacen es no dejarte publicar…

Las perspectivas eran de lo más nebulosas. Antes, al menos, teníamos acceso a la Unión de Escritores. Leíamos nuestras obras allí. Ahora ni siquiera eso nos quedaba.

Siempre me ha parecido que la decadencia avanza a velocidad mucho más vertiginosa que el progreso. Y, por si fuera poco, el progreso tiene límites. La decadencia, por el contrario, es ilimitada…

En otros tiempos comentábamos los manuscritos con los funcionarios de bajo nivel. Las revistas mantenían una correspondencia demagógica con los autores. Ahora todo había cambiado. Los manuscritos nunca superaban esa primera etapa.

Llevé mis relatos a *Aurora* y a *La Estrella*. Irma Kúdrova (de *La Estrella*) me contestó por teléfono:

—Me gustan. Pero ya sabe… Dudo mucho que lo que me gusta a mí le vaya a gustar a Jolópov.

Lo que ocurrió en *Aurora* fue aún más demencial. Lena Klépikova aprobó los relatos. Los entregó al nuevo jefe de sección, Kozlov, que a esas alturas había acumulado una imponente pila de manuscritos. Kozlov, un hombre robusto, acarreó personalmente aquella montaña a la basura. ¿Es posible acaso leer una montaña? Y menos un individuo medio analfabeto…

Recibí de *Aurora* el original de uno de mis relatos. Y una nota en el formulario:

> *Aurora*. Revista Mensual de Sociedad, Política, Literatura y Arte del CC del UCLJU, de la UE de RSFSR y de la Organización de Escritores de Leningrado
>
> ¡Querido Seriózha!

Aquí tiene el único original que pude rescatar después de la tropelía de Kozlov. Es todo. Lo restante, como ya sabe, se ha perdido.

Cuídese.

Lena

10 de marzo de 1975

Posteriormente conocí a Kozlov. Un individuo presuntuoso y estúpido. Una especie de Hemingway de pacotilla…

Hojeé las revistas de Leningrado. Se apoderó de mí una sensación de desaliento. Aquello no era basura, sino una especie de desangelada y pantanosa mediocridad. Hasta los títulos parecían idénticos: «Las gaviotas vuelan hacia el horizonte», «Respondo de todo», «Continuará», «Estrellas en la palma de la mano», «Hoy comienza el futuro»…

¿Cuándo terminará todo esto?…

Solo de Underwood

El Lenizdat, la editora oficial, publicó un libro. Bajo una de las ilustraciones se podía leer: «Objetos personales del partisano Bosniuk. Bala extraída de su cráneo y clavo con el que Bosniuk hirió a un oficial alemán…».

Vivía a lo grande el camarada Bosniuk…

El famoso escritor Rayevski publicó una novela acerca de la vida en los años anteriores a la Revolución. En cierto lugar se apuntaba:

«*Los blondos rizos de la criada asomaban por debajo del mandil de encaje…»[13].*

LA HOGUERA

Busqué trabajo. Me metí en el boletín del LOMO, la factoría de Óptica Fotográfica Industrial de Leningrado. Tras mi paso por el diario gubernamental, aquello era un poco humillante.

Afortunadamente, el trabajo fue solo temporal.

De repente me llamó Voskobóinikov. Dirigía la sección de prosa de *La Hoguera*. Galina, una auxiliar, había pedido la baja por maternidad. Voskobóinikov me propuso sustituirla:

—Galina va a faltar unos seis meses. Y para entonces se habrá quedado embarazada de nuevo…

Estaba convencido de que no me admitirían. Sobre todo, porque se

trataba del órgano del Comité Central del Komsomol. Mientras que yo, a fin de cuentas, estaba de mierda hasta las orejas. Y había hecho mofa de todo lo verdaderamente importante, además…

La cuestión se resolvería en apenas tres semanas. Luego me comunicaron que tendría que empezar a trabajar el miércoles siguiente.

Fue una sorpresa agradable. Estoy seguro de que habían apalabrado mi candidatura en el Comité Regional. Así es como se hacen estas cosas. Lo que significaba que el Comité Regional no estaba en contra. Por lo visto, el método consiste en no humillarlo a uno del todo. No empujarlo a ejecutar actos desesperados.

Pregunté a uno de los empleados de la revista:

—¿Con quién tengo que andarme con ojo en la redacción?

Contestó rápida y escuetamente:

—¡Con todos!

Vale la pena detenerse en este individuo. En sus comienzos, formó parte de un grupo de jóvenes talentos. Popov, Yefímov, Bítov, Maramzín. Dotado y nada tonto, se orientó pronto en la situación. Se dio cuenta de que no era difícil tener contentos a los amos del cotarro. Los laureles de la disidencia no lo seducían. Empezó a publicar.

Sus dotes literarias eran del mejor de los tipos. La completa ausencia de valía no suele ser recompensada. El talento pone nerviosa a la gente. El genio infunde espanto. La divisa que mejor cotiza es una discreta aptitud literaria.

Moderó su ingenio. Editó dieciséis libros seguidos. Los primeros todavía podían pasar. Pero el joven escritor cada vez simplificaba más sus tareas. Sus últimos libros son estrictamente utilitarios. Biografías de caudillos, rubicundos cuentos políticos. Los producía con destreza, rapidez y buen acabado. Mejor que muchos otros.

Poco a poco fue distanciándose de sus amistades juveniles. Su aguante infinito y su sed de confort lo transformaron en un funcionario modélico.

Tras abandonar la compañía de los verdaderos creadores, tampoco se unió a la pandilla, llena de ramificaciones, de los estraperlistas literarios. Se incrustó en el hueco entre ambas a machamartillo.

Una especie de retraimiento femenino lo convertía en juguete al servicio de cualquier iniciativa perversa. Cada nueva caída iba seguida de una contrición sincera. Al final, se encontró completa e irreparablemente solo.

Lo miraban con escepticismo. Y lo miraban con el mismo escepticismo los cortesanos de la literatura que los integrantes de la bohemia artística. Su obsequiosa timidez era la causa de que los superiores lo menospreciaran; su alto nivel de vida fastidiaba,

lógicamente, a los indigentes.

Agregaré en su favor que apenas albergaba dudas respecto de sí mismo. Sabía lo que hacía. Tomaba decisiones, por dolorosas que fuesen. Su vida toda es prueba de que no hay tragedia más grande para un hombre que carecer totalmente de carácter.

Solo de Underwood

Al escritor Voskobóinikov le adjudicaron un taller. Pero el taller no tenía retrete. Quedaba cerca de la estación de ferrocarril. Así que Voskobóinikov usaba la letrina de los ferroviarios. Pero había un problema. A partir de las doce de la noche la estación estaba custodiada por milicianos. Solo se dejaba entrar a los viajeros con billete. Entonces Voskobóinikov adquirió un abono mensual hasta la estación más cercana. Si mal no recuerdo, hasta Borovaya. La tarjeta costaba alrededor de dos rublos. Un cópec cincuenta por micción.

Voskobóinikov se convirtió en el único habitante de Leningrado que no meaba gratis.

Una historia que lo define a la perfección…

Solo de Underwood

Una vez, a Voskobóinikov le hicieron un feo unos turistas americanos. Puede que no viniesen a visitarlo o algo por el estilo.

Voskobóinikov bromeaba, haciéndose el ofendido:

—Le voy a escribir una carta a Jimmy Carter. ¿Le parece forma de comportarse? Ni siquiera se pusieron en contacto conmigo…

Brodski le dijo:

—¡Oh! Escríbale a lista de correos… Jimmy Carter se pasa los días allí, dándose de cabezazos con las taquillas: «¡Otro día y ni palabra de Voskobóinikov!»…

Hablando francamente, yo no le caía del todo mal a Voskobóinikov. Así que también en esa época me ofreció un trabajo. Aunque perfectamente podía haber escogido un candidato menos inapropiado. Nunca he sido ducho en literatura infantil. Tampoco tenía un diploma. Y protectores influyentes, menos todavía. Sin embargo, él insistió. Y me contrataron.

Nunca llegué a entender qué falta les hacía.

Lósev (antes de marcharse a Occidente) me lo explicó:

—Hay en usted ciertos vestigios de moralidad. Algo difícil de encontrar hoy día. Si se contratase a un canalla, sería posible que, poco a poco, lograse desbancar a Galina, la redactora auxiliar. O

incluso al mismo Voskobóinikov. En resumen, que su único atractivo es que no representa usted un peligro para nadie.

—Eso —dije yo— ya lo veremos…

NIDO DE VÍBORAS

Comprobé que las reglas que regían en la redacción eran inamovibles. El sistema es idéntico en todas partes.

Hay gente que sabe escribir. Y gente que parece predestinada a mandar. Los que escriben ganan poco. Sonríen a menudo. Beben más. Pasan a sus mujeres la pensión. Quienes trepan hasta las jefaturas suelen ser, en su mayor parte, correctores, dactilógrafas y sindicalistas.

Se trata de individuos que, conscientes de su incompetencia artística, llevan toda la vida caminando por la segura senda administrativa. La falta de valía profesional suele quedar compensada con una absoluta lealtad.

Los que escriben no valoran demasiado sus empleos. Los que mandan se aferran a los suyos con uñas y dientes. A los mandamases se los puede privar de sus privilegios. Los que escriben no tienen nada que perder.

El redactor jefe adjunto de *La Hoguera* era Yurán, un viejo instructor de pioneros. En los ocho meses siguientes no acabé de entender de qué se ocupaba exactamente. Infaliblemente beodo, se pasaba las horas vagando por el pasillo.

A veces parecía que le remordiera la conciencia. Entraba en una de las salas, la más concurrida posible. Cogía el teléfono:

—¡Aló! ¿Estación meteorológica? ¡Dígale a Frólov que se ponga, por favor! ¿Que está comiendo? Disculpe… ¡Aló! ¿Sección de jóvenes naturalistas? ¿Podría hablar con Valériya Modéstovna? Ah, ¿que está de vacaciones? Ya puede usted perdonar… ¡Aló! ¿Combinado Multiservicios? ¿Se podría poner Klimovitski? ¿Que está de baja? Lástima… Dígale que le ha llamado Yurán. Sí, un asunto importante… ¡Aló!…

Una vez, la secretaria me comentó:

—Fíjate. Yurán marca cinco cifras. Cinco, no seis. Y suelta el primer disparate que se le ocurre. Simula estar muy ocupado…

Sajarnov, que se dedicaba a la literatura infantil, era redactor en *La Hoguera*. Leí sus libros. Me gustaron. Historias de marineros, sin pretensiones.

Lanzaba seis o siete libros al año. No sin razón se suele afirmar que

los recursos del océano son infinitos.

A Sajarnov le gustaban los delfines más que la gente. No se preocupaba de disimularlo. Y yo siempre lo entendí.

Laborioso y disciplinado, su principal dedicación era su propia literatura. Para él, la revista era una especie de símbolo, un paquete de acciones, un respaldo oro.

Pese a todo, Sajarnov sabía ser encantador. Y el encanto, como es notorio, modera todos los vicios. Total, que me caía bien. En estos asuntos no suelo ser muy exigente…

Solo de Underwood

Mijaíl Svetlov solía decir:

—Una persona honrada es la que hace putadas sin disfrutarlo…

El director tenía un ordenanza, Jojlov, una especie de chico de los recados. Había logrado que le dieran un puesto en plantilla. Y Jojlov le manifestaba desde entonces una fidelidad servil.

Al final del día buscaba taxi para Sajarnov. Se quitaba el jersey y salía a la calle en camiseta. Sobre todo en pleno invierno. Es decir, que ejecutaba una arriesgada hazaña a los ojos del *boss*.

Todo lo que sabía acerca de él era misterioso. Y perseguible desde el punto de vista judicial. Primero quiso colocarme un autógrafo de León Tolstói, elaborado por manos temblorosas y torpes. Más adelante, la olvidada receta original de los melindres de Tula.

Poco después anunció en la propia revista, que tiraba unos 600 000 ejemplares, un concurso para numismáticos jóvenes. Un torrente monetario inundó la redacción. Los escolares enviaban sus colecciones. Y Jojlov se las apropiaba, sin el menor miramiento.

En pos del dinero se presentó un destacamento de la milicia. Al amigo de los chiquitines estuvieron a punto de caerle tres años de cárcel. Sajarnov lo sacó del apuro.

Verjovski, hombre bondadoso y callado, dirigía la sección deportiva. Siempre se lo veía profundamente ensimismado. Su temperamento hacía pensar en un caucasiano muerto. La menor chorrada lo arrastraba a reflexiones laboriosas y estériles.

Una vez le pregunté, así de paso:

—¿Hay por ahí un sacacorchos?

Verjovski se quedó pensativo. Atravesó mi despacho varias veces.

Luego dijo:

—Ahora me voy a comer. Volveré pasadas las tres. Retomaremos esta conversación. El asunto me parece interesante…

Transcurrió una hora. Nos bebimos la botella de *mukuzami*. El pintor Zúyev hundió fácilmente el corcho con el meñique torcido. Por fin apareció Verjovski. Me miró abatido y dijo:

—Por desgracia, no dispongo de sacacorchos. Pero tengo una lima para las uñas…

La más ruidosa de la redacción era Pozhidáyeva. Una especie de cincuentona infantiloide. Siempre ofendida, llorosa y vocinglera, discernía intrigas y calumnias por todas partes. Tras empezar como correctora tipográfica, ascendió a responsable de sección. Su trágica existencia de intelectual incompetente para el cometido que le había sido asignado había acabado por transformarla en una furia humana…

Kopórina, la secretaria responsable de la revista, era la más antipática. Por nefasta coincidencia también empezó de correctora. La búsqueda de erratas se convirtió en su única dedicación. ¡El mundo no está compuesto de átomos! El mundo es una suma de imperdonables erratas. Erratas grandes y pequeñas, de puntuación, de estilo; erratas morales, civiles, militares y administrativas… En mitad de aquel universo de erratas, Kopórina se sentía como una torre de televisión enhiesta, indemne tras un terremoto.

A Kopórina, cualquier manifestación de vida la deprimía; odiaba el humor, los pasteles, las bodas, Europa, la cosmética, el juego de damas, los taxis, las conversaciones, los dibujos animados… Le molestaban hasta los pececillos del acuario…

Recuerdo que una vez me gritó, indignada:

—¡Vi cómo sonreía usted durante el consejo de redacción!…

En la parte alta de su armario guardaba una biografía de Stalin.

En la redacción, a Kopórina no le dirigían la palabra sin necesidad ni los canallas. Se tenía por absurdo pedirle un favor. Venía a ser lo mismo que pedirle el aguijón a un escorpión…

Trabajaba en *La Hoguera*. O sea que, de víctima del régimen literario, pasé a convertirme en funcionario de ese régimen.

La palabra «funcionario» abarca mucho. Al ocupar un puesto oficial te conviertes en un sujeto con una determinada función.

Evadirse de los límites que la función te impone es imposible sin provocar un escándalo deletéreo. Y la función acaba por aplastarte. Tus opiniones se desdibujan, en beneficio de la función, sin que te des cuenta. Ya no te perteneces a ti mismo.

Antes, mientras fui un autor perseguido, tenía todos los motivos para odiar a los funcionarios de la literatura. Ahora, el odiado era yo.

Llevaba una doble vida. Me empeñaba en poner trabas a la palabra viva en *La Hoguera*. Luego me encasquetaba la gorra e iba al *Detguiz*, a *Aurora*, al *Escritor Soviético*. Allí las trabas me las ponían puntualmente a mí.

Era a la vez depredador y presa.

Al principio actuaba con honradez, más o menos. Extraía los manuscritos más interesantes de la montaña de desechos y se los entregaba a los superiores. Los superiores me los devolvían, con gesto de repulsión. Poco a poco, empecé a parecerme a mis colegas de *Neva*. Desde los primeros envites, advertía al autor novato:

—¡No vale la pena, colega! No va a colar…

—¡Pero si publicáis auténticas porquerías!…

¡Cierto! ¡Publicábamos auténticas porquerías! ¿Y qué? ¿Tenía que dimitir yo por cada relato insustancial que apareciese en *La Hoguera*?…

Resumiendo, en mi trayectoria en aquella redacción no destaqué por mi heroísmo.

En aquella época la revista había perdido sus atractivos. Las tradiciones de Marshak y Chukovski cayeron en el olvido. Las trompetas y los tambores habían acabado por sofocar los gorjeos de los pájaros.

El periodismo ocupaba cada vez más espacio. De ese material se ocupaba Guerman Beliáyev, un buen articulista de esos que «se venden una sola vez». Era, en el fondo, una persona proba y honesta. (Como la mayoría de los alcohólicos rusos). Pero dentro de los rigurosamente perfilados límites de su entendimiento de la realidad. Era ciego respecto a todo lo que quedaba fuera de su comprensión. Además, los cargos en la nomenclatura lo habían corrompido ostensiblemente. Lo pusieron en contacto con bienes de consumo escasamente accesibles. En ese aspecto, la historia de Lósev es muy significativa.

EL TÍO AMERICANO

Lósev dirigía la sección popular. Llevaba catorce años trabajando en *La Hoguera*. Había sobrevivido a tres redactores jefe.

En la redacción era tratado con mucho respeto. Su voz, educada y discreta, casi siempre era tenida en cuenta.

Es más, sus piezas para títeres se exhibían en veinte teatros. Lo que venía a rentarle seiscientos rublos al mes.

Un piso de cuatro habitaciones, muebles finlandeses, ropa de ante, viajes al sur… Lósev había alcanzado todos los estándares del bienestar patrio.

Escribía poemas líricos en secreto, y a Brodski le gustaban.

Un día, Lósev presentó sus documentos ante el OVIR, el

departamento de Visados y Registro de Extranjería. En *La Hoguera* se desató una especie de pánico. Al fin y al cabo, era el órgano del Comité Central del Komsomol. Y de repente, en la redacción aparecía un desertor.

Sajarnov fue el único que actuó con sensatez. Quería que la historia pasase sin demasiado ruido. Los demás ansiaban sangre, exigían reuniones, discusiones calentitas. Incluyendo a Beliáyev.

Recuerdo que estábamos echando un trago junto al edificio del Estado Mayor. Y que Beliáyev me preguntó:

—¿Sabes por qué se marcha tu amigo?

—Por lo que yo sé, aspira a vivir como un ser humano.

—Ya. Por lo que yo sé, tiene un tío rico en América.

Yo dije:

—¡Venga ya! ¡Falta le hace un tío americano! El padre de Lósev es un famoso dramaturgo. Y él mismo gana un buen sueldo. Así que esa no puede ser la razón…

—Lo que yo te diga —insistió Beliáyev—, el tío existe. Y es millonario, un auténtico rey del petróleo.

La discusión me aburría:

—Es posible que estés en lo cierto…

Hubo algo más asombroso todavía. En la redacción todo el mundo le daba vueltas a la misma frase: «Pero si se sacaba una pasta…».

A nadie se le pasaba por la cabeza que alguien pudiera guiarse por motivos distintos de los crematísticos.

En realidad, sí, era algo que no podía pasársele por la cabeza. De otro modo, todos ellos habrían tenido que decirse la verdad: «¡Este tío huye de nosotros!».

CUANTO PEOR, MEJOR

En el verano del 76 volví a enviar mi libro a una editorial, El Escritor Soviético. Me había dirigido a ellos por primera vez cinco años atrás.

Me presentaron a una responsable de la editorial. Me hizo pasar a su despacho. Después, se quedó el manuscrito durante cuatro meses. Yo iba cada dos o tres semanas. La editora inclinaba la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas:

—Es tan… peculiar.

No obstante, mi libro se quedó sin registrar.

No me ofendí. Sabía que un editor no tenía autoridad alguna.

—Supongamos que entrego el libro para que lo recensionen. ¿Y si se lo censuran? ¿Cuándo va usted a escribir otro? —susurraba

tristemente.

—Ya tengo escrito otro libro.

—Ese también se lo censurarán. Habrá que esperar al tercero.

—Tengo el tercero escrito…

—También ese se lo censurarán.

—Tengo un cuarto.

—Ese también…

—Un quinto…

—Y ese…

—Un sexto…

Por aquel entonces había dado por concluidos seis libros de relatos.

La editora quería ayudarme. ¡¿Pero qué podía hacer ella, carente de autoridad alguna, medrosa, intimidada?!…

Decidí actuar oficial y ordenadamente. Nada de charlitas amistosas. Registraría el libro. Esperaría la recensión. Y después… La verdad, no tenía ni idea de lo que vendría después.

Tenía la convicción de que me devolverían el manuscrito. ¿Y para qué, se preguntará alguno, iba a la editorial? Es difícil explicar esto a un lector ajeno a ese mundillo. Parece que lo tienes todo muy claro. Y, sin embargo, siempre te queda cierta esperanza…

El libro quedó registrado. Lo dejé en la mesa de Chepúrov.

El director editorial vio el título y aquello le pareció completamente fastidioso. Estaría a la espera de algo así como: «Los héroes están aquí», o, como mínimo, «Almas haciendo cola». Y allí estaban esas *Cinco esquinas*, vagas y enigmáticas. ¿Podría tratarse de una alusión a la estrella de cinco puntas? ¿Es decir, de una forma de mofarse del símbolo?

Esperé tres meses. Luego fui la editorial.

—Es tan… peculiar —empezó la editora otra vez.

La interrumpí educadamente:

—¿Cuándo estará lista la recensión?

—Todavía no la he encargado…

—¿Por qué?

—Quiero encontrar al recensionista adecuado…

—No busque. Désela a cualquiera. A mí me da igual.

—¡No querrá que le censuren el libro!

—Vale. Entonces lo haremos de otra forma —¿cómo?, pensé—. Estoy cansado. ¿Tiene algún listado de recensionistas habituales?

—Sí. Aquí está.

—¿Quién es el primero?

—Avramenko.

—Déselo a él.

—Avramenko es poeta. Además, murió hace poco.

—¿Y quién es el último?

—Urbán.

—¿Está vivo?

—Claro. Por Dios, qué cosas tiene usted…

—Déselo a Urbán.

—¡Es verdad! ¡¿Cómo no se me había ocurrido?! Urbán es un hombre cualificado. Y tiene principios. Él sí será capaz de comprender lo peculiar de su trabajo…

Esperé tres meses más.

Luego escribí a la editorial:

> ¡Estimados camaradas!
>
> En julio del año 1975 registré en su editorial el libro *Cinco esquinas* (una novela en dos partes). Han pasado seis meses. Aún no he recibido informe de lectura ni comentario verbal alguno. Durante este tiempo he escrito la parte tercera de la novela, «El protocolo judicial». Ahora me he puesto a escribir la cuarta. Como ven, mi ritmo de trabajo supera al de la editorial en una medida que solo podría ser expresada mediante una paradoja aritmética.
>
> Atentamente,
>
> S. Dovlátov

El sentido y el objeto de esta carta se me antojaban nebulosos.

El final resultaba especialmente confuso.

Por cierto, que precisamente este tipo de cartas son a menudo las más eficaces. A los jefes les llenan de preocupación.

Solo de Underwood

En una de las fábricas de Leningrado ocurrió un caso curioso. Un viejo operario escribió una carta al director. Cogió una hoja de papel de lija y escribió en el reverso: «¿Cuándo me adjudicarán de una vez una vivienda?».

El director, sorprendido, llamó al obrero:

—¡¿De qué coño va esto de escribir en papel de lija?!

El obrero le contestó:

—Bueno… Con una hoja normal te hubieras limpiado el culo. Y con esto, seguramente, te lo pensarás…

Y, aunque parezca mentira, al obrero le dieron su vivienda.

Después de aquello, el director no se separaba de la carta. La exhibía en el palacio Smolni, durante los congresos del Partido…

Seis días más tarde me avisaron. La recensión estaba lista. Aquello me reafirmó en la convicción de que toda empresa delicada exige un porcentaje de absurdo.

Un par de días antes me enteré de que la recensión de Urbán sería favorable. Conocidos comunes decían que le había gustado la novela.

Y ahí estaba la reseña, lista.

La editora me llamó:

—Pásese por aquí.

Fui a la editorial.

—La reseña es bastante… peculiar —susurró.

Leí a toda velocidad:

Serguéi Dovlátov sabe escribir. Su lenguaje es vivo y enérgico, de trazo incisivo y fácilmente memorizable. Se enfrenta a complejas experiencias psicológicas y sabe describirlas. Los diálogos a menudo exhiben no solo fuerza expresiva, sino también un pensamiento bien organizado. En general, abundan las observaciones psicológicas interesantes, diseminadas por el texto entero, formuladas con fuerza y gracia. Podríamos decir, por expresarlo con solemnidad, que echa luz sobre las profundidades del corazón humano y sobre las relaciones entre los seres…

Los cumplidos me escamaron. Como tengo por costumbre, me dirigí pragmáticamente al final:

> … Es dudoso que sea conveniente publicar la novela en su estado actual…

No era necesario seguir leyendo.

Bueno. Me esperaba algo por el estilo. Sin embargo, me dolió. Me jodió ser la excepción a la regla. Es natural que te maten los enemigos. (Nosotros no les permitiríamos ni subir al autobús). Pero Urbán era alguien con talento evidente.

Conozco de sobra a estos inteligentísimos y brillantes críticos nuestros. Se pasan once meses al año analizando la permutación de consonantes en la obra de Rabindranath Tagore. Luego les mandan que recensionen a un autor contemporáneo. A uno no enteramente oficial, para más inri. Entonces nuestros críticos se arremangan. Ponen en funcionamiento todo su ingenio, todo su intelecto, toda su objetividad. Todo su frustrado talento crítico. Y desde esas cimas se abalanzan sobre su presa como gavilanes hambrientos.

Se lo han ordenado a las claras: «¡Usen ese poder!».

Tienen autorización para exhibir todo su intelecto, toda su infalible objetividad.

Urbán escribió una reseña objetiva. La escribió como si mi libro ya hubiera sido publicado. Y estuviera en el mostrador de la librería. Y a su alrededor hubiera obras aún más notables, con las que tuviera que poder compararme. Es decir, Urbán escribió la reseña como un apasionado adalid de las verdades eternas.

¡Del semianalfabeto de Rayévski se podría haber ocupado! ¡Entonces sí que habría aprendido las «verdades eternas»! ¡Entonces habría aprendido a ser «objetivo»! En suma, le habrían dado hasta en el carné de identidad.

Un crítico inteligente sabe perfectamente lo que está permitido. Y mejor aún, lo que no está permitido…

Más adelante nos vimos. Tenía el aspecto de un adolescente prematuramente desarrollado.

Se dirigió a mí con aire de preocupación:

—Querrá usted pegarme, ¿no?

—No —mentí yo—. ¿Por qué? Ha escrito usted una reseña objetiva.

Urbán pareció recobrarse un poco:

—Sabe, un manuscrito interesante obliga a ser muy exigente. Uno sin interés, por el contrario…

Claro, pensé. Un manuscrito sin interés obliga a ser poco exigente. En función de esa escasa exigencia, se aprueba y se publica.

Uno interesante, en cambio, obliga a ser muy exigente. Tanto que, al final, no queda más remedio que destruirlo…

Decidí terminar con aquellas idas y venidas editoriales para siempre. Tengo papel, pluma, una decena de lectores. Y otra docena de escritores amigos. Un miserable puñado de gente frente a un puente levadizo…

DESCENDIENTES DE GIORDANO BRUNO

Mi trabajo en *La Hoguera* llegaba a su término.

Galina, la redactora auxiliar, se reincorporaba tras su baja por maternidad. Yo no contaba ya con publicar nada decente.

Me sometí al ritmo natural de las cosas. Me presentaba hacia las dos e iba a comer. Luego, me ocupaba de la correspondencia con los autores rechazados.

Hubo un tiempo en que les dediqué largas y sinceras cartas.

Ahora me limitaba a un par de líneas: «¡Estimado camarada! Su manuscrito no responde a las exigencias de *La Hoguera*».

En horas perdidas traté de dilucidar un asunto: ¿quién tiene realmente posibilidades de ser publicado?

Pude documentar siete categorías:

1. Autor conocido, burócrata literario eminente, cuyo mismo nombre ya sirve como salvoconducto. (Ciento por ciento de probabilidad).

2. Profesional del aparato de bajo nivel, amigo personal de Sajarnov. (Probabilidad del sesenta por ciento).

3. Funcionario de organismo paralelo, con el que haya que vivir en armonía. (Cincuenta por ciento).

4. Autor desconocido, que milagrosamente haya creado una obra a la vez talentosa y ajustada a las exigencias de la coyuntura. (Cuarenta por ciento).

5. Autor desconocido, que haya creado una obra falta de interés pero ajustada a las exigencias de la coyuntura. (Treinta por ciento).

6. Autor con talento, sin más. (Probabilidad cercana a cero. Caso prácticamente insólito. Objetivo seguro de represalias por parte del Comité Regional).

7. Autor inepto, e indiferente ante las exigencias de la coyuntura, además. (No considero la variante. En ese supuesto, las probabilidades se expresan en cantidades negativas).

Finalmente llegué a entender qué era lo que ataba a Sajarnov a *La Hoguera*. Lo que arrastró aquí a Voskobóinikov. ¿Qué falta les hacía? Molestias, disgustos, complicaciones burocráticas. Y todo por doscientos cincuenta miserables rublos. En vez de dedicarse, tranquilamente, a sus propias obras…

Pero las cosas no siempre son así de sencillas. Una revista es una especie de capital, una cartera de divisas, algo así como un fondo de inversión.

Publicamos a Kozlov, de la revista *Aurora*. Y Kozlov nos publica a nosotros… O quizá nos elogia en alguna sesión del Comité Regional… O no se mete con nosotros…

Dejamos que a Trofimkin (de *La Chispita*) se le pague algo. Y Trofimkin, a su vez…

Etcétera…

Me llama Sajarnov:

—¿Ha leído el manuscrito?

—Sí.

—¿Y qué opina?

—Me parece una porquería.

—¿Sabe quién es el autor?

—No me acuerdo. Un tal Volódichev. O Vladímirov.

—El apellido del autor es Ramsés.

—¡¿Cómo que Ramsés?! ¡No me asuste!

—Hay un Ramsés en la dirección. Volodia Ramsés. Vladímirov es un seudónimo… Y el tal Ramsés es el encargado de autorizar las comisiones al extranjero, nada menos. Así que vamos a publicarlo.

—¡Pero si parece escrito por un analfabeto!

—Reescríbalo. Le pagaremos un extra. Tenemos un fondo especial para «Procesamiento Literario de Memorias de Revolucionarios».

—O sea que, además, es un viejo bolchevique.

—Volodia Ramsés anda por los cuarenta, pero, le repito, administra las comisiones al extranjero…

Finalmente empecé a considerar a los autores de manera algo diferente.

Vino uno de Murmansk, Yákovlev. Trajo un cuento. Mediocre, nada especial. Sobre el asunto ese de «el perro, el mejor amigo del hombre». Estuve un rato callado y luego dije:

—Me devora la curiosidad, ¿hay pescado ahumado en Murmansk?

El autor abrió la cartera a toda velocidad. Extrajo una brema ahumada…

—Está bien: lo publicaremos… El perro es el mejor amigo del hombre, no cabe duda…

¿Qué tipo de objeción se le puede poner a algo así?…

Publiqué a Nina Katerli. Me trajo pilas para el transistor. Iván Sabilo colocó a mi hija en una piscina, para sus clases de natación…

Mis asuntos comenzaron a enderezarse… Quién sabe cómo podría terminar aquello. A ese paso, Dios no lo quiera, puede uno acabar ganándose bien la vida…

Por aquel entonces, y para fortuna mía, Galina me comunicó que su baja expiraba.

¡Adiós, *Hoguera*! ¡Adiós, revista moribunda de nombre inquisitorial! Este descendiente de Giordano Bruno se despide de ti sin reproches…

El círculo se había cerrado.

Y salí a la luz de Dios. Para llegar al mismo sitio de donde había salido. Deudas, pluma, papel y una luz en aquel ventanuco ignoto…

El círculo se había cerrado.

23 de abril del año 1976.

De mañana, muy temprano.

Los periquitos Fedia y Klava están durmiendo. Anoche cubrimos su jaula con un grueso pañuelo… Así que creen que sigue siendo de

noche.

Qué bien se vive en esa jaula…

El libro está acabado. ¿Bueno?… ¿Malo?… Un árbol no es ni bueno ni malo.

¡Crece, desastrado arbolito! ¡Nunca llegarás a mástil de navío! De palabra, y no de obra, respondo a los que me han apaleado. De palabra, no de obra.

Me gustaría, incluso, dar las gracias a aquellas misteriosas fuerzas. Me han otorgado un raro privilegio… El de sufrir por mi único verdadero amor.

Permítanme terminar con un último

Solo de Underwood

¡La mayor desgracia de mi vida ha sido la muerte de Anna Karénina!

Leningrado, 1976

SEGUNDA PARTE

EL PERIÓDICO INVISIBLE

PREFACIO

Por quinto año consecutivo, voy dando vueltas cabeza abajo por el mundo. Desde el día en que atravesamos volando el océano. (Eso si uno ha de aceptar que la tierra es, efectivamente, redonda).

Nosotros, esta familia de locos en la que cada uno pretende tener razón siempre… A finales del 79 habíamos conseguido emigrar todos juntos. A pesar de que una atmósfera de razones encontradas no favorece gran cosa el trabajo en equipo.

Nuestras quejas contra el poder soviético eran de muy distinta índole. A mi madre, la pobreza y la falta de urbanidad se le hacían insufribles. Mi mujer, única cristiana en una familia de paganos, no soportaba el antisemitismo. Las opiniones subversivas de mi hija eran una parte insignificante de su rechazo integral al mundo. Yo me quejaba de que no me publicaban.

Nuestro último año en la Unión Soviética había sido bastante entretenido. Yo no tenía trabajo. Mi mujer ya había renunciado al suyo, no sin antes soltarle alguna grosería a cierto funcionario antisemita de sospechoso apellido, Mirkin.

Misteriosos personajes rondaban nuestro edificio.

Mi hija dejó el colegio. Dejarla salir de casa nos daba miedo.

Luego, un día, me detuvieron. Fui conducido al internado especial de Kaliáyevo y acusado de parasitismo, de mantenimiento de garito y de divulgación de literatura ilegal. Por supuesto, mis propios escritos tenían la consideración de literatura ilegal.

Como dejó dicho Zóshchenko, la cárcel no es lugar para una persona decente. Lo peor que tuve que experimentar allí fue la necesidad de evacuar en público. (Aun cuando había quien se aplicaba al asunto con exultante y ruidosa entrega…).

Recuerdo un episodio. Mi compañero de celda, acusado del robo de un tanque de gasolina, se puso enfermo. Llamamos al enfermero.

—¿Qué te duele?

—La cabeza y el vientre.

El enfermero sacó una pastilla, la partió en dos pedazos y explicó muy serio:

—Este, para la cabeza. Y este, para el vientre. Procura no confundirlos…

A los ocho días me dejaron marchar. Nunca acabé de entender qué había ocurrido.

Me pescaron sin motivo y me soltaron sin explicaciones.

Puede que los comunicados aparecidos en la prensa occidental causaran algún efecto. Además, mi apellido fue mencionado en la radio.

Qué sé yo…

Se dice que unos matemáticos lituanos realizaron cierto experimento al margen de los circuitos oficiales. Reunieron alrededor de mil casos de conducta enigmática de las autoridades. Metieron los datos en un artefacto cibernético. Le pidieron que valorara los resultados. Conclusión de la máquina: «Premeditada falta de lógica»… Después, siempre según los rumores, emitió un escueto juramento…

Ahora todo eso se me antoja muy lejano. El tiempo, multiplicado por la distancia, hace milagros.

Por quinto año consecutivo, voy dando vueltas cabeza abajo por el mundo. Sigo sin acostumbrarme.

No se trata de que hayamos cambiado de régimen político. Ni de que haya cambiado el clima, ni la geografía. Ni la economía, ni la cultura, ni el idioma. Menos aún ha cambiado nuestra propia naturaleza. La gente cambia unas penas por otras, ni más ni menos.

He elegido las penas de aquí y no creo haberme equivocado. Ahora tengo todo lo que necesito. Tengo hasta un pasado norteamericano.

Llevo tanto tiempo viviendo aquí que me siento autorizado a contar mis penas en este lugar. Puedo relatar, por ejemplo, cómo creamos un periódico. No en vano suele decirse que América es país de dentistas y periodistas.

La verdad es que ejercer de periodista ruso en América no es tarea fácil. Los dentistas de Gomel lo tienen algo mejor. Pero no adelantemos acontecimientos.

LA CASA

Nos instalamos en una de las colonias rusas de Nueva York. En uno de los seis gigantescos edificios ocupados casi exclusivamente por refugiados rusos.

Ahora disponemos de nuestras propias tiendas, de lavanderías, tintorerías y agencias de viaje. De nuestros propios taxistas, nuestros millonarios, nuestros activistas religiosos, nuestros alcohólicos, nuestros mafiosos y nuestras prostitutas.

Solo de Underwood

Enfrente de mi casa cuelga un cartel:

«*Traducciones del inglés y viceversa. Llamar a Rita o a Yasha. Se vende también mesita italiana con ruedas…*».

En este barrio, además de con nosotros, puede uno alternar con judíos americanos, con hindúes, con negros, con haitianos. Aparte, por supuesto, de los residentes nativos.

A los residentes nativos los denominamos «extranjeros». Nos molesta un poco que hablen inglés. Nos parece un rasgo de mala educación.

A los negros los tratamos con un medroso desdén. Tenemos la convicción de que son todos violadores y bandidos.

Incluso la bizca Fira tiene miedo de que la violen. (Vano temor, me parece a mí). Suele decir:

—Llevo leotardos de franela en invierno y en verano…

Solo de Underwood

En la Unión Soviética a los negros se los trataba con respeto y cariño. Recuerdo que se transmitía por televisión un partido de boxeo. Un púgil del color del betún luchaba contra un polaco de cabellos rubios. El comentarista de Moscú puntualizó con sutileza:

—Pueden identificar al boxeador de piel negra por el ribete azul celeste de su calzón corto…

En una ocasión me quedé un rato charlando con Fira junto al ascensor. Fira se lamentaba de su soledad. Había puesto, dijo, un anuncio en el periódico que no surtió efecto. Todos los hombres decentes están casados ya. Y los años pasan…

Me entraron ganas de consolarla de algún modo.

—Encontrarás un buen hombre —dije—. No desesperes. Mi mujer y yo también hemos pasado por muchas dificultades. Estuvimos a punto de divorciarnos. Luego, todo se arregló.

—¡Yo entiendo a tu mujer perfectamente!… —respondió Fira—. Las rusas de América se agarran a su mierda como pueden. En todo caso, la ajena es todavía peor. Puede acabar una con un *schwarz* de esos…

Los negros de este barrio son gente educada, por cierto. Me parece que también ellos nos tienen un poquito de miedo.

En una ocasión, Jasia Lázarevna, la del tercero, se dejó la cartera en una farmacia. Por lo que se ve, el muchacho negro que trabaja allí corrió tras ella unos doscientos metros. Cuando por fin la alcanzó, Jasia se puso tan contenta que le estampó un beso en la mejilla.

El negro gritó, aterrorizado. Mi mujer, que observaba la escena, me contó después:

—¡No sabes qué susto le dio! Es la primera vez que veo a un negro ponerse blanco como el papel…

En fin, que vivimos en un barrio tranquilo. Nada que ver con Brighton, ni con Far Rockaway.

Entre los emigrados rusos hay muchos que han sabido hacer dinero. Los más afortunados han comprado casa propia.

En cuanto a los fracasados, han comprendido el principio económico más importante. Aquí solo viven bien los millonarios y los indigentes. (Aunque en la colonia rusa cada terapeuta se tiene por millonario. Por no hablar de los dentistas). Los integrantes de la clase media trabajan duro y trabajan mucho. Resulta difícil superar cierto nivel. Tampoco resulta fácil caer por debajo de un determinado rasero.

Los más sabios de entre los emigrados, o son ya realmente ricos o se han arruinado por completo.

Mi mujer y yo seguimos estando a mitad de camino, más o menos. Comemos, nos vestimos, visitamos Europa.

En el restaurante, leemos el menú de izquierda a derecha.

Y eso que encontramos nuestra primera cama en la basura. Entonces, hace ahora cuatro años, nos vimos de repente en un piso completamente vacío. Qué tiempos aquellos…

HACIENDO PLANES

Antes de marcharse, todos mis amigos repetían:

—Lo esencial es alcanzar la libertad. Huir del infierno comunista. Lo demás carece de importancia.

Yo solía plantearles preguntas capciosas:

—¿Y a qué tienes intención de dedicarte en la maravillosa América? ¿Andan muy necesitados de periodistas rusos por allí?

Mis amigos solían manifestar, indignados:

—¡Es nuestro deber contarle al mundo la verdad sobre el comunismo!

Yo seguía dale que te pego:

—Un deber sagrado… Pero ¿y lo de comer? ¿Cómo piensas enfocarlo?

La respuesta solía ser:

—Cargaré sacos, si es preciso… Fregaré platos… Trabajaré como jornalero…

Con mucha cautela, los más astutos solían comentar:

—Hay quien dice que en América se puede vivir del subsidio estatal…

Solo unos pocos actuaban con sensatez. Es decir, se empapaban de inglés o aprendían a conducir. Los demás, a lo más que llegaban era a hacer acopio de bienes escasos.

Solo de Underwood

Mi amigo Shulkévich sacó de Leningrado seis cortes de lana de ratina para un abrigo. Dicen que más tarde, en Occidente, los cosió y se hizo con ellos una funda para la furgoneta…

Pese a todo, la mayoría de mis amigos elucubraba principalmente en torno a asuntos filosóficos y políticos.

Había en aquellos razonamientos un motivo recurrente:

—Nos vamos por nuestros hijos. Para que crezcan en libertad. Y olviden los horrores del totalitarismo…

Siempre acepté que se trataba de un argumento de peso. Ahora bien, yo mismo no me marchaba por mis hijos. Me marché porque quería dedicarme a la literatura.

Un conocido, el periodista Drozdov, solía decirme:

—¡Yo podría arreglármelas por mi cuenta! Pero ¿y los niños? Quiero que Dimka, Romka y Natashka lleguen a ser libres. ¿Lo entiendes, compañero?

Yo musitaba con desgana:

—¿Qué sabemos de nuestros hijos? ¿Cómo vamos a saber dónde serán felices?…

Drozdov estaba preparando su marcha. Enseñó a sus avispados hijos tres palabrotas americanas. Luego, sobrevino la desgracia.

Larisa, su mujer, pilló a Drozdov en una infidelidad circunstancial. Larisa golpeó a su marido con la antena del televisor y, para acabar de arreglarlo, decidió no marcharse.

Conforme a la ley, los niños se quedaron con la madre. Drozdov, a quien se veía notablemente más animado, se fue sin su familia.

Desde entonces, solía comentar:

—Solo tenemos derecho a organizar nuestra propia vida. Nadie tiene derecho a tomar decisiones por sus hijos.

Más adelante volveremos a ocuparnos de Drozdov. Y en más de una ocasión…

Preparar la emigración es imposible. Imposible prepararse para un segundo nacimiento. Imposible prepararse para la vida de ultratumba.

Solo queda resignarse.

Así que nos limitábamos a hablar.

Solo de Underwood

Un conocido, Shchepkin, trabajaba de intérprete simultáneo en la Casa del Cine de Leningrado. Y le tocó traducir una película americana. Los acontecimientos se desarrollaban entre Nueva York y París. La acción pasaba de un escenario a otro.

Se empleaba para ello un truco bastante vulgar. Mejor dicho, dos tópicos emblemáticos. Cuando se trataba de Francia, indefectiblemente aparecía la torre Eiffel. Cuando la acción transcurría en los Estados Unidos, aparecía el puente de Brooklyn. En cada ocasión, Shchepkin articulaba metódicamente:

—París… Nueva York… París… Nueva York…

Finalmente se dio cuenta de que aquello era una memez y enmudeció.

Entonces se escuchó una voz malhumorada:

—¡A ver! ¿Qué estación es esta?

Ligeramente desconcertado, Shchepkin respondió:

—Nueva York.

La misma voz gritó:

—¡Pues para aquí, que me bajo!…

EL CARRITO DE KVAS DE PAN DE CENTENO

Como ya he dicho, se tiene a nuestro barrio, Forest Hills, por un lugar bastante civilizado. Aunque vivimos en su zona peor, en la frontera con Corona.

Bajo nuestras ventanas discurre la calle 108. Al salir de casa, a la izquierda, hay una línea de ferrocarril, un puente y, algo más a la derecha, un centro comercial. Al noroeste queda el lago Meadow. Más al sur, el ruidoso bulevar de Queens.

El Forest Hills ruso se extiende desde la línea de ferrocarril hasta las calles 60. Llevo esperando mucho tiempo que aparezca por aquí un carrito de *kvas* de pan de centeno. No creo que los dueños de Pepsi Cola vayan a arruinarse por eso.

Cada mañana, los deportistas corretean alrededor de nuestra casa. Me gustan sus chándales multicolores. Todos son aborígenes. Los rusos no se dedican a tonterías semejantes. Cada mañana, nos sentamos a desayunar. Somos la única gente que desayuna como Dios manda de toda América. Desayunamos, por ejemplo, macarrones con carne.

A los niños los castigamos por un único delito: que no se terminen la comida…

Solo de Underwood

Nuestra vecina Lilia, de seis años de edad, suele decir:
—Mientras viva mamá, debo aprender a cocinar.

Mi vida en América comenzó en el mayor de los sosiegos. Como corresponde a un literato ruso, pasé unos seis meses tumbado en el sofá.

Las organizaciones filantrópicas nos entregaron algún dinero. Los vecinos americanos llevaron algunos muebles y un montón de ropa.

Además, nos ayudaron los viejos amigos que se habían marchado antes que nosotros. Nos dieron valiosos consejos prácticos.

Al poco, bastante rápidamente, mi mujer encontró trabajo. Se colocó de mecanógrafa en un periódico ruso, *Palabra y Obra*[14]. Era muy antiguo y, en aquella época, el único periódico ruso de Occidente. Lo editaba un exagente de seguros, graduado en la escuela de comercio de Taganrog, Bogoliúbov. (Más adelante nos enteramos de que su verdadero apellido era Stémpel).

Mi mujer ganaba alrededor de ciento cincuenta dólares a la semana. Entonces nos parecía una respetable cantidad de dinero.

Volvía tarde a casa. Escuchaba las reflexiones filosóficas que yo había ido madurando durante todo el día, sin mayor interés.

Muchas familias rusas vivían historias parecidas. Los intelectuales casados, tumbados en sofás descacharrados; las intelectuales casadas, cortando bolsos de señora en talleres de confección.

Por lo que quiera que fuese, las mujeres encontraban trabajo con más facilidad. ¿Es posible que nuestras mujeres tengan un más acusado sentido de la responsabilidad? ¿Mientras que a nosotros el peso del intelecto nos paraliza?

No lo sé…

Yo permanecía tumbado en el sofá, soñando con obtener un trabajo. Lo que fuera. Lo único que no tenía claro era de qué tipo podría ser. ¿A quién podía yo, periodista y literato ruso, ofrecer mis servicios? Lo peor de todo era que no sabía inglés.

(Tampoco sé mucho ahora).

Solo de Underwood

En cierta ocasión mi mujer y yo entramos, por casualidad, en una

tienda de mascotas. Junto a la puerta había un loro en una jaula. No sé por qué decidí que se trataba de una cacatúa… Tenía una fisonomía semítica, alas verdes, cresta amarilla y cola anaranjada. De repente nos gritó algo con una voz ronca y desagradable.

—¿Has visto? —dijo mi mujer—. Hasta la cacatúa habla inglés mejor que nosotros…

Pasé seis meses tumbado en el sofá. De vez en cuando venían amigos y se tumbaban en el sofá de al lado. Teníamos tres, cada uno de un color distinto.

Nuestro pasatiempo preferido era echar pestes de los americanos.

Los americanos son ingenuos, duros, implacables. No hay quien pueda hacer amistad con ellos. Beben vodka en dosis microscópicas. Del tamaño de tapones de dentífrico…

A los americanos no les preocupan los problemas del mundo. Su lema principal es «¡Afronta las cosas con sencillez!». ¡Nada de pesadumbres universales!…

¿Se divorcian de su mujer? Al abogado (en vez de abrirle el corazón a algún compañero de trabajo). ¿Sueños y fantasías? Al psicoanalista (como si costara trabajo llamar a un amigo en mitad de la noche). Etcétera.

En el país reina el desorden. El precio de la gasolina sube sin cesar. No hay manera de librarse de los negros. Y lo peor de todo es que la democracia se encuentra amenazada. Un día de estos se tambalea y se viene abajo.

¡Pero nosotros la salvaremos! Comunicaremos al mundo entero la verdad sobre el totalitarismo. Enseñaremos al presidente Carter cómo se gobierna un país. Le daremos unos cuantos útiles consejos.

¡Exprópiense los radiocasetes a los adolescentes negros! ¡Ocúpese Cuba urgentemente! Una buena bomba de hidrógeno sobre Teherán y… ¡listo!

Lo demás, por el estilo…

En ocasiones semejantes, por lo general, permanecía callado. A mí me gustaba América. Tras mi paso por el internado especial de Kaliáyevo, empezó a gustarme absolutamente todo. Y sigue gustándome.

Lo único de por aquí que se me antoja categóricamente inaceptable son las cerillas. (Por extraño que parezca, incluso entre los fósforos pueden distinguirse los malos de los buenos. ¡Vamos a ser nosotros menos dispares!).

A mi mujer y a mí todo lo demás nos parece que está bastante bien.

Me gustaba América. Aunque de momento no me hacía ni puto

caso.

ME PONGO A BUSCAR TRABAJO

Un día, mi mujer anunció:

—Irás a ver a Bogoliúbov. Es astuto y mezquino…Pero bastante simpático… Al fin y al cabo, se graduó en secundaria bajo el zarismo. A lo mejor te da trabajo de redactor auxiliar. O por lo menos de corrector. ¿Qué arriesgas?

Así que decidí ir allí.

Cuando me detuvieron, poco antes de emigrar, *Palabra y Obra* informó del asunto. Y a grandes rasgos casi se me tenía por disidente. Mi mujer me advirtió:

—Tenemos varias modalidades de recepción. Dependiendo de la reputación política de cada individuo. A los disidentes más famosos se les invita a un restaurante italiano. A los menos célebres, Bogoliúbov los recibe en su despacho, simplemente. Les ofrece un café instantáneo. A los invitados aún más modestos, los recibe el subdirector, Tróitski. A los demás, no se los recibe nunca.

Me alarmé:

—¿A quién no se recibe nunca?

—Pues a los que piden dinero. O a los que se hacen pasar por otra persona.

—¿Por quién, por ejemplo?

—Por un pariente de Solzhenitsyn, o de Nicolás II… Pero los más latosos son los que vienen con protestas. Los que están descontentos con el periódico. Se les considera comparsas del comunismo mundial… Ve enterándote de que, en general, se trata de una pandilla bastante ruin.

Mi mujer siempre exagera. Llevaba seis meses leyéndose regularmente *Palabra y Obra* de cabo a rabo.

A veces se encontraba uno con materiales de lo más curioso. Aunque la factura de los editoriales era bastante vulgar. Era el idioma en el que se expresaban los lacayos en las obras de Gógol y Dostoyevski. Mezclado con retórica folletinesca del presente.

Por ejemplo, se repetía continuamente la locución: «… con entusiasmo digno de mejor causa…».

Y esta otra: «¡Sobran los comentarios!».

Además, Bogoliúbov se esmeraba en evitar la primera persona, algo muy inusual en la lengua rusa. Solía emplear, por ejemplo, la fórmula: «Quien escribe estas líneas…».

Tonterías insignificantes, en verdad. Por lo demás, el diario no causaba, ni mucho menos, una impresión desagradable.

Así que me encaminé hacia allí.

La redacción de *Palabra y Obra* ocupaba cinco salas. Una grande y cuatro más pequeñas.

En la grande estaban instalados los creativos. Estaba dividida con tabiques de contrachapado.

En las otras se alojaban el director, su adjunto, el contable con el gerente y el personal técnico. Se consideraba personal técnico a cajistas, maquetistas y agentes publicitarios…

Solo de Underwood

Anuncio publicitario en el diario Palabra y Obra:

«*Leibóvich, ginecólogo titulado. ¡Lo mejor para el cliente a precios módicos! Aborto, diagnóstico garantizado del embarazo extrauterino, eficaces píldoras anticonceptivas*»…

Mi recepción fue de nivel modesto. O sea, que no me mandaron a paseo por poco. Me invitaron a entrar al despacho del subdirector. Y solo después se dejó ver allí el propio Bogoliúbov. Evidentemente, la redacción me había reservado una hospitalidad de nivel intermedio. Nadie me ofreció un café.

Es más, el subdirector me preguntó:

—¿Supongo que habrá desayunado?

La pregunta se me antojó indiscreta. Mejor dicho, la fórmula misma me asombró. Aquel tonillo esperanzado… Pero asentí.

Juro que el subdirector pareció animarse. Era un hombre alto, rollizo y sonrosado, de unos cuarenta años. Sus modales tenían ese aire de adocenada obsequiosidad habitualmente tan molesto. Parecía el funcionario progresista de un Comité Local de la época de Jrushchov. En su voz se percibía un acento de exigencia:

—¿Así que se las arregla bien?… ¡Excelente!… ¿Que ha alquilado un piso?… ¡Perfecto!… ¿Que mamá se ha jubilado?… ¡Estupendo!… ¿Que su mujer trabaja aquí?… Sí, ya caigo… Lo que le aconsejo a usted es que se matricule en algún cursillo para enfermeras…

Debí de echarme a temblar, porque el asistente agregó:

—Para enfermeros, quiero decir… O sea, para personal médico no cualificado. Lo que le ayudará a crearse una base material. ¡Algo fundamental en América! Aunque debo advertirle que el trabajo en un hospital no es lo que se dice fácil. Hay a quien le está directamente contraindicado. Algunos se marean al ver sangre. A muchos les desagrada ver heces fecales. ¿Es su caso?

Me miró, exigente y severo. Murmuré algo, desanimado:

—No sé… La verdad es que no demasiado…

—Pero no deje la literatura —ordenó Tróitski—. Escriba. Seguro que alguna cosilla le podremos publicar en nuestro periódico.

Acto seguido, descartado el menor atisbo de lógica, añadió:

—Le prevengo de que nuestros honorarios son más que modestos. Pero no así nuestras exigencias, que son excepcionalmente rigurosas…

En este momento, entró Bogoliúbov y dijo cariñosamente:

—Buenos días, pichoncito mío, buenos días… ¡Así mismo me lo imaginaba a usted!…

Luego lanzó una mirada interrogativa a Tróitski:

—Es el señor Dovlátov —apuntó este—, de Leningrado. Dimos noticia de su arresto.

—Lo recuerdo, lo recuerdo… —dijo, afligido, el director—. Lo recuerdo perfectamente… Un preso anónimo más del gulag… (¡Eso fue lo que me llamó: «anónimo»!). Otra víctima del Moloch comunista… Un nuevo testigo de la agonía sangrienta del bolchevismo…

Después agregó, en un tono más trágico si cabe:

—Pero, ante todo, ¡nada de sentirse derrotado! ¡El renacimiento religioso está ganando terreno! ¡La ola de protestas crece! ¡La ideología soviética está muerta! ¡El totalitarismo está condenado!…

Todo lo que decía era perfectamente normal. Sin embargo, por alguna razón, no me apetecía escucharlo…

El individuo tendría ochenta y tantos años. Chaparro, gordo, inquieto, parecía un alumno de secundaria inmensamente envejecido.

Haber sobrevivido a sus coetáneos célebres lo encumbró automáticamente.

Alrededor de cuatrocientas necrológicas aparecieron firmadas con su apellido. Llegó a ser casi el único costumbrista de la preguerra vivo.

En sus memorias mencionaba con simpatía a Nabókov, a Bunin, a Rajmáninov, a Chagall. Parecía gente corriente, simpática, algo cargante a veces.

Escribía Bogoliúbov, por ejemplo: «… En plena noche me llamó Iván Bunin…».

O: «… En el andén, entre aparatosos jadeos, me detuvo Chagall…».

O: «… A aquel billar me había arrastrado Nabókov…».

O: «… Me preocupaba ofender a Rajmáninov, así que aproveché el viaje para acudir al concierto…».

Parece que los famosos no daban tregua a Bogoliúbov aunque, por algún extraño motivo, ninguno lo mencionara en sus memorias.

Treinta años atrás, había publicado una recopilación de relatos.

Los leí. Se me quedó grabada a fuego una frase:

«La hija del dueño de la granja, en cuyo interior Richard había pasado tres días, le sonreía…».

A menudo, durante las conversaciones, empleaba esta fórmula:

—«Quisiera añadir una sola cosa…». Después seguían: «En primer lugar…», «además…» y «finalmente…».

Bogoliúbov interrumpió repentinamente su discurso, como quien levanta la aguja de un disco rayado. Y enseguida volvió a hablar, ya sin patetismo alguno:

—Lo sé, lo sé, estoy al tanto de su apurada situación… Quisiera ayudarle de todo corazón… Desgraciadamente, mis márgenes son muy modestos… Los fondos para las artes están próximos a agotarse… Durante el presente ejercicio fiscal las donaciones han disminuido repentinamente… No obstante, estoy dispuesto a extenderle un cheque… Y, si le parece, me firma usted un recibo… Sinceramente lamento el mísero monto del subsidio… Como se dice por ahí, el dinero no es santo, pero hace milagros…

Me envalentoné y lo interrumpí:

—El dinero no es problema. Las cosas nos van bien.

Por primera vez, el director me miró con curiosidad. Luego dejó caer, casi saltándosele las lágrimas:

—Así me gusta.

Y se fue.

Tróitski, a su vez, me examinaba casi con respeto, como si hubiera obrado ante sus ojos una verdadera hazaña de la disidencia.

No llegamos a hablar de trabajo. Me despedí y salí, aliviado, rumbo a Broadway.

LA ISLA

Tres ciudades se han cruzado en mi vida. La primera fue Leningrado.

A Leningrado se le ha otorgado prestancia capitalina sin trabajo ni esfuerzo. El agua y la piedra han determinado su estilo pomposo y horizontal. Aquí la nobleza es tan común como el color enfermizo de la cara, las deudas y la inagotable capacidad de ironizar sobre uno mismo.

Leningrado sufre un penoso complejo por su naturaleza de centro espiritual algo venido a menos en cuanto a sus funciones administrativas. Esa combinación de primacía y carencias la convierte en una señora bastante cáustica.

En todo país decente hay ciudades parecidas. (Milán en Italia. Lyon

en Francia. Boston en los Estados Unidos).

A Leningrado se la tiene por capital de la provincia rusa. Yo tengo la impresión de que es la ciudad menos soviética de Rusia…

La siguiente fue Tallin. Algunos la creen excesivamente minúscula. Melosa, pastelera… Pero yo sé que esos pastelitos están rellenos.

Tallin es una ciudad vertical, introvertida. Contempla uno las torres góticas y piensa en sí mismo.

Es la ciudad menos soviética de los Países Bálticos. El penal de tránsito entre el Este y el Oeste.

Mi vida fue rodando de Este a Oeste durante largos años. La tercera ciudad de esta vida vino a ser Nueva York.

Nueva York es un camaleón. La ancha sonrisa de su gesto se convierte sin más ni más en una mueca de desdén. Nueva York es relajantemente imperturbable y mortalmente peligrosa. Generosa hasta la prodigalidad y avara hasta lo enfermizo. Dispuesta a colmarte de beneficios, pero capaz de arruinarte sin la menor vacilación.

Su arquitectura hace pensar en una montaña de juguetes. Es hasta tal punto horrorosa que alcanza cierta armonía.

Produce la misma impresión estética que un accidente ferroviario. Pisotea las leyes de la geometría escolar. Burla la gravedad terrícola. Aviva el recuerdo de lienzos cubistas de tercera categoría.

Nueva York es real. No provoca en absoluto la emoción de un museo. Fue creada para vivir, trabajar, divertirse y morir.

Aquí no hay monumentos históricos. El presente, el pasado y el futuro tiran del mismo carruaje.

Si estallase una revolución, no habría nada que asaltar.

Aquí no se siente uno en un lugar. Se siente uno en una nave, empaquetado junto a millones de pasajeros. Tan variopinta es la ciudad que acabas por darte cuenta de que hay un rincón hasta para ti.

Tengo a Nueva York por mi ciudad definitiva, terminal, última.

De aquí solo se podría huir a la Luna…

TOMAMOS UNA DECISIÓN

Cuatro experiodistas soviéticos nos hemos establecido en esta casa. El primero en ocupar su estudio fue Liova Drozdov. Él a su vez ayudó a encontrar piso a Baskin. Mi mujer y yo hicimos algo muy feo: le prometimos un soborno a Miguel, el supervisor. Nuestros problemas se solucionaron en un mes. Vília Móker se mudó del Bronx poco después, también con ayuda de Miguel.

Los sobornos son un fenómeno bastante extendido por aquí. Se dice que antes no existían. Luego aparecimos nosotros, los refugiados soviéticos, e impusimos nuestras costumbres…

Poco a poco, la voz de nuestro superintendente comenzó a evocarnos la del típico portero de Moscú:

—¿Le gotea el techo?… ¿La ventana no se cierra?… ¿Qué me dice? ¿Que se le ha agrietado la pared?… Bueno, bueno, ya me pasaré cuando encuentre un rato… Sois muchos… ¡Y yo soy uno solo!…

En ese momento conviene alargarle el milagroso papelito verde. El gesto de Miguel se torna beatífico. Y a los cinco minutos se presenta con sus herramientas.

Los vecinos aseguran que todo esto comenzó no hace mucho. Por lo visto, todo el mérito es nuestro.

Son, como dice Móker, «los tiernos retoños del socialismo…».

Nos reuníamos casi cada noche. Se veía a Drozdov lleno de optimismo.

Proclamaba a grandes voces:

—¡Somos libres! ¡Respiramos a pleno pulmón! ¡Decimos todo lo que pensamos! ¡Miramos hacia el futuro sin incertidumbre!…

Solo de Underwood

Móker se refería así a Drozdov:
—Es una muchedumbre de un solo individuo.

A mí el futuro se me antojaba nebuloso. A Baskin también. Estaba claro que Móker tramaba algo, pero se limitaba a sonreír con un gesto ladino…

Yo dije:

—Hay unos cuantos cursillos: de informáticos, de joyeros, de contables…

Se me notaba escéptico. Tenía bastante más de treinta años. Drozdov y Móker, casi cuarenta. Baskin, más de cincuenta. No es fácil cambiar de oficio a esas alturas de la vida.

Se dice que los occidentales no se toman estas cosas tan a pecho. Uno es comerciante, quiebra y se pone a conducir un taxi. O viceversa.

Nosotros estamos hechos de otra pasta. ¡El periodismo, la literatura son nuestro destino! ¡La vocación es sagrada! ¡¿Qué tendrá que ver eso con la contabilidad?! ¡¿O con la joyería?! Y con la informática, no te digo nada…

La intelectualidad local frecuentaba nuestras tertulias. Esto incluía a Bélenki, que ejercía como presentador de variedades, a la

musicóloga Irina Golts, a Tiburón, el estraperlista, a Skafar, el economista, y a cierto enigmático activista religioso, Lemkus.

A todos nos unía la búsqueda de empleo. Mejor dicho, de un salario cualquiera. Todos intercambiábamos la información de que disponíamos.

(Más adelante, esa franqueza se haría más infrecuente. Cada quien comenzó a preocuparse en exclusiva de su propia colocación. Pero por entonces conservábamos aún cierto idealismo).

Bélenki anunciaba desde la puerta:

—¡He oído que hay una plaza en un criadero de serpientes para usos médicos! El trabajo es sencillo. Lo importante es darles de comer cuatro veces al día. Retirar alguna cosilla, limpiar, barrer… La paga es de ciento sesenta a la semana. Y hambre, por cierto, es imposible que se pase.

—¿Por qué? —Baskin aguzaba el oído, lleno de asco—. ¿Qué quieres decir con eso? Explícate.

Bélenki, a su vez, levantaba la voz:

—¡¿A ti qué te parece que les dan aquí?! ¡¿Ratones?! ¡Ni de coña! ¡Esto no es tu Sovdepia[15]! ¡Las serpientes comen aquí mejor que nuestros cosmonautas! Proteínas, grasas, carbohidratos… Todo está perfectamente calculado…

El rostro de Baskin expresaba una profunda repugnancia:

—¿En serio vas a comer de la misma escudilla que las serpientes? ¿Valía la pena marcharse de Moscú para eso?

—¿Por qué de la misma escudilla? Puedo llevar la vajilla de casa…

En cuanto a Érik Baskin, sentía inclinación por un abstracto activismo político. Continuamente estaba repitiendo:

—¡Hay que contarle a la gente la verdad sobre el totalitarismo!

—Sí, tú cuenta, cuenta… —ironizaba Bélenki—, que nosotros te escuchamos.

Baskin solo podía replicarle con tétricas palabrejas. Efectivamente, no dominaba el idioma. No resultaba fácil imaginarse cómo iba a poder sermonear a nadie…

El antiguo estraperlista Tiburón soñaba con una empresa comercial propia:

—En Moscú vivía como un señor. Le compraba el mechero a un turista finlandés, y de ese modo me agenciaba diez rublitos. Tres rublos podía sacarle a un simple condón. Y me las arreglaba bien. ¡Pero aquí todo viene del extranjero! Y no hay escasez de nada, salvo que se trate de drogas. Y las drogas son lo último. Solo queda currar, un poco de *business* honesto y productivo. Yo, sin ir más lejos, me conformaría con una modesta pescadería. Pero para eso hace falta un capital inicial…

Al oír la palabra «capital» todos enmudecían.

La musicóloga Irina Golts planeaba proyectos románticos:

—En América hay un veintitrés por ciento de millonarios. ¿Ni siquiera a uno de ellos le hace falta una mujer virtuosa, de modales refinados e irreprochables inclinaciones estéticas?…

—Cuando consigas casarte —decía Skafar—, me adoptas. ¿Qué hay de raro en eso?… Sí, tengo cuarenta años, ¿y qué? A tu futuro marido le puedes decir lo mismo: «Es Shurik. ¡Yo soy joven, es cierto, pero tengo un hijo mayor!…».

Lemkus terciaba:

—No tenéis ni idea de cómo son las cosas aquí. Hay métodos de enriquecerse acreditados y totalmente legales. ¿Puede haber algo más sencillo que esto? Os vais a dar un paseo por la lujosa Madison Avenue. Se os acerca un perro, un dóberman, digamos. «¡Vaya, qué chucho tan encantador!», exclamáis. Y le dais un capirotazo en la nariz. El dóberman os agarra por la pierna. Os da un mareo. Y un ataque de nervios. Llamáis a un buen abogado. Litigáis contra el dueño del dóberman. Le reclamáis una indemnización por daños físicos y psicológicos. El dueño, millonario, os extiende un cheque por veinte mil…

Planteamos algunas objeciones:

—¿Y si resulta que el perro es propiedad de un vagabundo? ¿Cuántos inválidos negros con dóberman habrá en Broadway?

—No estoy hablando de Broadway. Estoy hablando de la lujosa Madison. Allí solo viven millonarios.

—Popasián, el artista, vive allí —dijo Skafar—, y es indigente.

—¿Y qué pasa con ese Popasián? ¿Tiene dóberman en casa o qué?

—Popasián no tiene ni cucarachas en casa…

El economista Skafar pretendía casarse con alguna viuda rica. Era alto, enjuto y enamoradizo. Además, llevaba gafas, algo que en la Rusia profunda se considera signo de cultura.

Fingíamos curiosidad:

—Y a tu prometida ¿qué le dirás? Le dirás… «Hi!». ¿Y después? ¿Qué le dirás?…

Skafar, calmo e íntimo, replicaba:

—El verdadero sentimiento no precisa de palabras…Le llevaré flores, sin añadir nada.

Tomó nuevamente la palabra Lemkus, el enigmático activista religioso. En otro tiempo había sido judío, y salió de la Unión Soviética con papeles israelíes. Pero en Roma lo sedujeron los baptistas, con el señuelo de ciertos beneficios materiales. Bastante modestos, según tengo entendido. No estaba nada claro a qué se dedicaba en América.

De vez en cuando, *Palabra y Obra* publicaba alguno de sus reportajes. Por ejemplo, «Cómo encontrar a Dios», «La luz de la verdad» o «¡Meditadlo, descreídos!».

Solo de Underwood

En una de sus notas habituales, Lemkus venía a decir: «Como observó con gran perspicacia Jesucristo…».

A lo que seguía una cita del Sermón de la Montaña…

Así es como rendía tributo Lemkus a un autor de talento.

Lemkus era muy creativo desarrollando sus ideas:

—Lo del perro, me parece, es una tontería. Existen métodos mucho más efectivos. Por ejemplo, te compras un coche viejo. Vas a Hollywood. O a Houston. También allí hay millonarios a punta pala. Te pasas el día circulando por las calles. Sin prestar la menor atención a los semáforos. Y, como es lógico, provocando accidentes. Finalmente, una elegante limusina te embiste. Dentro de la limusina va un magnate del petróleo. Lo amenazas con un proceso judicial. El magnate se espanta. Su tiempo cuesta una barbaridad de pasta. Diez mil por minuto. Para él es mucho más cómodo comprar su independencia en ese mismo instante. Firmar un cheque y seguir su camino…

—Y… ¿no te castigaría Dios por eso? —preguntaba Móker con sorna.

—No creo —replicaba Lemkus—. Es poco probable… Dios ama a los que sufren y a los que pasan necesidad.

—Y a los chorizos, claro está —decía, irritado, Móker.

—Sacarle la pasta a un rico no es pecado —replicaba Lemkus.

—Eso mismo opinaba Lenin…

Pasaba el tiempo. Algunos tenían a sus mujeres trabajando. Drozdov comía en casas de conocidos suyos, el estudio se lo pagaba la NYANA, la Asociación de Nuevos Americanos de Nueva York. A Lemkus lo mantenían los baptistas. Irina Golts descubrió que tenía un pariente rico. En Cleveland.

Y nosotros seguíamos haciendo planes. Hasta que, un día, Móker anunció:

—Tomad nota, porque ya sé lo que tenemos que hacer.

Drozdov asintió de antemano. Érik Baskin entornó los ojos, desconfiado. Yo sentí una repentina y rara inquietud.

Tras dejar pasar unos segundos, Móker exclamó, triunfalmente:

—¡Vamos a editar otro periódico ruso!

MARCHA SENTIMENTAL

Todos fantaseábamos con un periódico ruso inconscientemente. El periodismo era nuestra única profesión. El único trabajo que nos gustaba.

Lo que no teníamos claro era cómo funcionaba la cosa en los Estados Unidos.

En casa era todo muy fácil. Allí estaba el Comité Regional, que se ocupaba de todo. Cada periódico tenía el local, la plantilla y el equipamiento adecuado. Todo lo necesario nos lo procuraba el Estado. Desde la tipografía hasta los bolígrafos.

En casa había un censor. Había una ventanilla donde uno cobraba regularmente. Había unos jefes que proporcionaban directivas precisas. Uno solo tenía que escribir, sabiendo de antemano con toda exactitud lo que debía escribir.

Pero ¿aquí?

No sabíamos inglés. (Salvo Vília Móker, que tampoco había renunciado a hacerse entender por gestos). No teníamos ni idea acerca de la tecnología utilizada por la prensa local. Además, sospechábamos que una empresa semejante costaría bastante dinero.

—Y así, sin entrar en honduras —inquirió Baskin—, ¿quién nos dará el permiso? Ni siquiera estamos naturalizados. ¿Qué pasa, que aquí cualquier capullo puede editar un periódico? ¿Y si nos dedicáramos a socavar los cimientos del capitalismo?

Pero Móker disponía de información detallada. Respondía a todas las preguntas sin titubear:

—No hace falta ningún permiso especial. Registramos, simplemente, nuestra corporación, y ya está. Después, alquilamos un local barato en Manhattan. Encargamos una linotipia rusa. Tipografías baratas hay en Nueva York a montones. En Estados Unidos la tecnología es más moderna y, por lo tanto, más sencilla. Se utilizan acetatos en vez de planchas de zinc. Y ordenadores en lugar de tipos de plomo…

Móker nos sometió después a un bombardeo de términos como «aibiem», «processor», «selextric-composer»…

Nuestro respeto hacia Móker iba en aumento.

Continuó:

—En cuanto a los cimientos del capitalismo, decenas de periódicos extremistas llevan socavándolos desde hace siglos. ¿A quién le importa eso? Si el periódico es legal, lo demás carece de importancia. Y menos para nosotros, que vamos a estar en el bando conservador.

—Debemos contar a los americanos toda la verdad sobre el totalitarismo —proclamó Érik Baskin.

—A mí me da lo mismo en qué bando vayamos a estar —declaró Drozdov.

—¿Y el dinero? —pregunté yo.

Móker no se inmutó:

—El dinero tampoco representa mayor problema. América está atiborrada de dinero. Millones de americanos no tienen idea de cómo gastarlo. Para esa gente, somos un chollo…

Móker hablaba con seguridad y sensatez. Se notaba que no había perdido el tiempo. Todos le teníamos envidia, pero confiábamos en él. No sin razón fue el primero en fumar puros. Y, lo que es más importante, abandonó las prendas de cuero sintético antes que nadie…

Bajando la voz, añadió:

—Me gustaría continuar esta conversación sin testigos. Que se queden… —la pausa que siguió fue una tortura— Baskin, Drozdov y Serioga.

Después de que los ofendidos acompañantes hubieron salido, Móker expuso, con talante de conjurado:

—Tengo los ojos puestos en un importante mafioso. Un auténtico gánster. Por lo que sé, necesita invertir. O, por decirlo de otra manera, necesita blanquear ciertos fondos.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntamos.

—Ha sido muy fácil. Tengo una vecina soltera. (Los Móker vivían en el ala izquierda del edificio). Una tía alta, guapa…

Drozdov intentó continuar con el asunto:

—¿Una rellenita? ¿Con el culo redondito?

—Sigue —interrumpió, nervioso, Baskin.

—A esta Cynthia —continuó Móker— la visita un italiano. Nos tropezamos a menudo en el ascensor. Y el caso es que va a verla exclusivamente de día. Tras de lo cual, Cynthia corre de inmediato las cortinas. ¿Qué os parece que podemos deducir del asunto?

—Solo Dios lo sabe —dijo Érik Baskin.

Drozdov reía de puro deleite, frotándose las manos:

—Qué va a ser, hombre. Lo normal, una copita y…al catre.

Móker lanzó a Drozdov una mirada devastadora:

—Lo que se deduce del caso es que Rizzo es dueño de un local nocturno. Por eso hace el amor solamente a media tarde. Y todos los locales nocturnos están controlados por la mafia. Por no mencionar el hecho de que los italianos están dotados para el tocomocho de nacimiento.

Baskin expresó sus dudas:

—Todos los tíos casados echan sus canitas al aire en pleno día.

Para eso no hace falta ser un gánster.

Móker lo interrumpió:

—¡Que no! ¡Déjate de hostias! Ya he hablado con él. Me costó mucho decidirme… No encontraba manera de entrarle. Ayer, por fin, le pregunté con aire de complicidad: «¿No pertenecerás tú a cierta… organización?».

—¿Y qué dijo?

—Entendió la indirecta y asintió. Entonces le pedí que nos reuniésemos. Hemos quedado en vernos mañana sobre las seis. En el bar que hace esquina entre la Diecisiete y la Quinta.

Baskin emitió un profundo suspiro:

—A mí esto del hampa me da mala espina…

EL ENCUENTRO

El gánster iba vestido muy modestamente. La pana del pantalón brillaba. Un jersey con la leyenda «Remember Valencia!» ceñía su oronda panza. Tenía cara de mercachifle georgiano.

Se presentó con mucha educación:

—Mi nombre es Rizzo. Rizzo Fiesoli. Encantado.

En el bar sonaba discretamente un *jukebox*. Nos sentamos junto a la ventana.

El barman salió del mostrador y nos sirvió unos cócteles. Ginebra con limón y tónica. Hubiese preferido vodka.

Éramos seis, incluyendo a Rizzo. Yo no había ido solo. Mi mujer tenía el día libre y le entraron ganas de conocer a un mafioso.

Todos, excepto Rizzo, estaban molestos porque mi mujer hubiese venido conmigo. Aclaré a Móker que me ocuparía de nuestros dos cócteles.

—*Come on*… —dijo, manoteando, Móker. A renglón seguido tradujo—: ¡Cómo no!…

Brindamos y bebimos. Rizzo, Baskin y mi mujer bebían con una pajita. Móker, yo y Drozdov preferimos prescindir de tales delicadezas.

Tras eso, Móker comenzó a hablar. Alguna cosa pudimos entender. Otras, nos las traducía él. En general, cuanto peor habla inglés la gente, más accesible me resulta el idioma. A lo que vamos, que tuvo lugar una conversación de este estilo:

—¿Puedo llamarte Rizzo sin más?

—Claro que sí; somos amigos.

—Estos muchachos son antiguos periodistas soviéticos.

—Ya… ¿Me pido otro cóctel?

—Hablemos antes. Voy a ser franco. ¿Supongo que todos somos de confianza?

Móker nos dirigió una mirada dura e inquisitiva. Todos tratamos de expresar lealtad absoluta.

Móker continuó:

—En unos días comenzaremos a editar un periódico ruso. La cosa es, como tendrás ocasión de ver, segura. En América hay cuatro millones de individuos de origen ruso. Un público y un mercado inagotables. Es probable que contemos con importantes anunciantes americanos. La empresa reportará dinero, y del bueno, en un año. ¿Cómo lo ves?

—No leo en ruso —contestó el gánster—. En general, leo poco.

—Como todos nosotros —comentó Baskin, sombrío.

Móker intentó reorientar el rumbo de la charla:

—Tengo entendido que tu organización dispone de recursos considerables…

—No te quepa la menor duda —repuso el italiano.

Luego agregó—: ¡Valentía, firmeza, disciplina y fidelidad a los ideales son nuestro capital!

Móker, emocionado, se irguió:

—Puede que no comparta totalmente tus creencias. ¡Pero daría la vida por defender tu derecho a expresarlas libremente!…

Aquello sonaba a cita. Móker se sentó y prosiguió:

—No vamos a valorar tu programa ideológico. Nos gustan los luchadores honestos, sin hacer cuestión de sus creencias. He oído muchas cosas acerca de tu organización. Personalmente, no siento mucha afinidad por sus fines; y por sus métodos, menos aún. Pero tengo por costumbre rendir homenaje a la firmeza y al valor en cualquiera de sus manifestaciones… Sé que las leyes de tu organización son duras.

Rizzo, orgulloso, asintió:

—Sí, la organización liquida instantáneamente a cualquiera que la traicione. Es difícil sentir envidia por el que falte a la palabra dada a la organización…

—Perfecto —terció mi mujer—. Ahora seguro que Seriozha se va de la lengua y lo liquidan. Seré una viudita joven y atractiva.

Por lo visto, el alcohol había hecho su efecto en mi mujer. A pesar de todo, Móker tradujo sus palabras. Intentaba seguramente rebajar la tensión ambiental.

Rizzo arrugó el entrecejo y subrayó:

—Lamento tener que desengañarla, *madame*. ¡Liquidaríamos a la familia al completo!

Luego agregó, como disculpándose:

—Solo una organización cohesionada por la disciplina puede sobrevivir…

Me di cuenta de que todo el mundo evitaba utilizar la palabra «mafia».

—Al grano —prosiguió Móker—. La organización dispone de recursos. Está interesada en inversiones legales de capital. Estamos dispuestos a darle una oportunidad. Por supuesto, recibirán las oportunas garantías…

El *jukebox* enmudeció.

—Excusadme —dijo Rizzo.

Se levantó, sacó algo de calderilla del bolsillo. Introdujo una moneda en la ranura.

De momento, solo se oyó un silbido.

Luego sonaron unos acordes de guitarra y un empalagoso tenor entonó:

¡Oh, Valencia, patria mía!
¡El sol me susurra una sonrisa!…
Oh, Valencia…[16]

Rizzo regresó y sacó un cigarrillo. El ritmo de la música parecía poseerlo. Por expresarlo llanamente, se puso a bailotear.

Móker le alargó un mechero con la imagen de una muchacha desnuda.

El gánster encendió el cigarrillo. Estábamos expectantes.

—¿Y bien? — preguntó Móker.

Rizzo enarcó las cejas:

—¿Necesitáis dinero?

Móker cabeceó resueltamente, asintiendo.

—No estoy autorizado a decidir en cuestiones de este tipo. Por supuesto, hablaré con Rafael. Administra la caja del partido. Pero francamente, no creo que trague. Rafael es… ligeramente conservador. Estoy convencido de que está mucho más a la derecha que su ídolo, Trotski. Nuestra fracción de maoístas de izquierda se halla bastante más alejada del centro.

Intercambiamos miradas.

—¿«Fracción de maoístas»? —inquirió Baskin.

Luego se volvió hacia Móker:

—Decías que era de la mafia, pero es mucho peor.Este hijo de perra es bolchevique…

El italiano explicó, dicharachero:

—De joven fui marxista. De corte liberal… Incluso voté en contra

del terror individual. Después me adherí a los radicales. Y, desde hace no mucho, siento una viva atracción por el programa maoísta. Me gustaría conciliar leninismo y confucianismo. La fracción derechista me tiene por un renegado, pero yo sé que la verdad vendrá de Oriente.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Érik Baskin.

Drozdov parecía dudar:

—Bueno, la verdad… es que el dinero no huele… —murmuró.

Baskin alzó la voz:

—¡Pero qué dinero va a tener esta gentuza!

Se veía a Móker totalmente abatido. Mi mujer se lo estaba pasando visiblemente en grande.

Rizzo apuró otro cóctel y prosiguió, imperturbable:

—La verdad vendrá de Oriente. Por lo que a mí se refiere, admiro a los rusos. Son revolucionarios e hicieron justicia. Después, la revolución entró en su fase burocrática. Surgió la nueva burguesía soviética… Personalmente, soy revolucionario y enemigo de la burguesía. He leído a Solzhenitsyn y a Tolstói. Tolstói es un escritor burgués. Se ocupa de las emociones de ricachones consentidos… Solzhenitsyn, en cambio, sí que ha escrito un gran libro. Ha dejado claro lo peligrosa que resulta la corrupción del espíritu revolucionario…

Baskin apenas podía contenerse:

—Pero… ¡¿qué lío tiene en la cabeza este gorila?!

Rizzo no flaqueaba. Hacía grandes aspavientos y gritaba:

—La revolución triunfará en todo el planeta… Los ricos se pondrán a trabajar y los pobres a descansar y a fumar marihuana… ¡Se hará justicia!… ¡Vivan los rusos! Lo que necesitan ahora es otra revolución… Pero no liderada por León Tolstói, no… ¡sino por Solzhenitsyn! ¡Sí, por Solzhenitsyn!

—¡Ya basta! —gritó Baskin en ruso.

—¡*Jabasta*! —cacareó jovial el italiano.

Quizá pensó que Baskin había gritado «¡bravo!».

Pagamos y nos levantamos.

El maoísta siguió dándonos apretones de manos un buen rato, mientras repetía:

—¡América es una nación depravada! Si sigo aquí es solo… por el dinero… ¡Pero mi corazón pertenece a Valencia!… ¡Vivan la ortodoxia y el radicalismo!… ¡Abajo León Tolstói y la burguesía!

—*Vivat*! —exclamó Drozdov.

Salimos a la calle 17. Rizzo se quedó en el bar. Por lo visto, quería fortalecer más todavía su espíritu revolucionario. Móker sonreía, algo abochornado.

—Cretino… —le espetó Baskin.

—Estoy en ello —se justificaba Móker—, pero tengo que ir poco a poco… Conseguiremos el dinero… América es la tierra de las infinitas posibilidades…

Sus pensamientos cambiaron de rumbo:

—Cuatro dólares por barba… Dovlátov, ocho… Lo del italiano anormal este corre de mi cuenta…

—En realidad, tampoco lo hemos pasado tan mal —dijo Drozdov, tratando de calmar a Baskin.

—Ya lo veréis… Conseguiremos el dinero… —aseguraba Móker—. ¡Lo juro!

QUIÉNES SOMOS Y DE DÓNDE VENIMOS

Nuestra emigración se divide en tres corrientes; incluso en cuatro: la política, la económica, la artística y la aventurera.

Los emigrados políticos se encuentran bastante bien aquí. Sobre todo los que disfrutan de una buena capacitación profesional. Por ejemplo, médicos, ingenieros, científicos reconocidos, artesanos cualificados. Porque la disidencia no es una profesión.

Es gente que aspiraba a la libertad y que la ha conseguido.

Pero la libertad tampoco es una profesión. Por eso es deseable tener una buena capacitación profesional.

La gente del exilio económico tampoco se queja. Suspiraban por bienes materiales. Hablando sin circunloquios, querían vivir mejor. Olvidarse de la pobreza, de los macarrones trenzados con sabor a cordel, de las chaquetas rígidas como el contrachapado, del alcohol venenoso…

Solo de Underwood

Dicen que si uno bebe madeira soviético y orina después sobre un chacal, el chacal… la palma.

La gente deseaba tener una vida normal, viajar, comer fruta y ver la televisión en color.

Un piso individual con un cuarto de baño ya se consideraba un logro.

Y en resumen, se han salido con la suya. Muchos se colocaron bastante pronto en un trabajo duro y bien pagado. Por ejemplo, se pusieron al volante de un taxi. Los más decididos abrieron sus propias

empresas.

Solo de Underwood

Dos emigrados conversan.
—Bueno, qué… ¿Te va bien por aquí?
—¡Qué va!… Sigo trabajando…

Los «aventureros» son gente siempre descontenta. Vinieron a dar en América por casualidad. El uno discutió con su mujer y se marchó. Al otro le entraron ganas de escuchar a Dizzy Gillespie. O bien, es un suponer, de escupir al Hudson desde un rascacielos.

Todo lo cual es factible. Pero hay que trabajar también. Aquello fue una auténtica sorpresa para muchos. Menos mal que en América se puede parasitar al Estado. Así que la mayoría de los «aventureros» viven del subsidio… Del *welfare*…

Mis amigos y yo pertenecemos al exilio artístico. Somos gente con inclinaciones creativas: escritores, artistas, redactores, críticos de arte, periodistas. Nos fuimos buscando libertad de creación. Y los hay que han obrado en consecuencia. Aunque no todos. Si se concede libertad de creación a un gallo, todo lo que hará será seguir entonando su quiquiriquí.

Las estamos pasando putas, esa es la verdad. En la mayoría de los casos, no dominamos el inglés. Naturalmente, no queremos cambiar de profesión. Cobrar el subsidio nos parece una indignidad.

Solo de Underwood

Una vieja emigrada en una pescadería:
—Ya me imaginaba que aquí se hablaba inglés. ¡¿Pero quién iba a suponer que se hablara tanto?!

Somos unos fracasados. Y eso que muchos eran famosos antes de venir. Por ejemplo, Érik Baskin.

Baskin era un conocido periodista deportivo. Redactor de la revista Hockey y Fútbol. Fútbol y hockey son entre los soviéticos sustitutivos de religión y cultura. En lo que toca a desencadenar emociones, el único rival del hockey es el alcohol.

Cuando Baskin iba a dar conferencias a Járkov o a Cheliábinsk, las fábricas de tractores paraban. El turno de noche abandonaba las empresas.

Baskin emigró porque tuvo una bronca con un influyente instructor

del Comité Central. La bronca tuvo motivación ideológica. Dado que el deporte, entre nosotros, es un fenómeno ideológico. Y en uno de sus reportajes Érik había colmado de elogios a los jugadores de hockey canadienses. Así que, tras una poco agradable conversación en el Comité Central, lo destituyeron.

Al despedirse, el instructor le dijo:

—Quiero pedirle algo. Explíqueles a sus colegas que se va de la redacción por razones de salud. ¿Entiende lo que le digo?

Baskin respondió:

—¡Camarada instructor! Póngase en mi situación. Supongamos que su mujer lo hubiera engañado. Y que después le hubiese contagiado una gonorrea… Va usted y pide el divorcio. Y su mujer le hace este ruego: «Vasia, explícales a tus colegas que nos divorciamos porque eres impotente».

Verde de rabia, el instructor le señaló a Baskin la puerta…

Vília Móker era empleado de la televisión de Leningrado. No puede decirse que fuera una estrella, pero por la calle lo reconocían. Se marchó porque era judío y no soportaba el antisemitismo. Si oía la palabra «judío» era capaz de llegar a las manos. Tenía la convicción de que «judío» era un insulto…

Drozdov trabajaba en la sección de propaganda de una revista juvenil, Cambio[17]. Y propaganda, como es sabido, se hace de cualquier cosa. Del luminoso porvenir del comunismo y de las tripas de ganso de aspecto radioactivo, de las obras del pintor Nalbandián y de las fétidas botas de goma…

Ese fue el probable origen de su ligera carencia de escrúpulos.

Me acuerdo del director de Cambio refiriéndose a él:

—Este hace reverencias hasta con el culo…

Nunca he sabido por qué se marchó Drozdov.

Desde luego, no pudo ser por motivos políticos. Corrían rumores de que huía de una pensión alimenticia. No lo sé.

Era un individuo trabajador y competente. Es lo único que importa.

Mi caso ya lo he contado en el primero de estos dos libros.

La cuestión es: ¿qué falta hacíamos nosotros en América?…

EL DINERO

Móker seguía en plena actividad. Llamó a distintas organizaciones. De la Fundación Tolstói a la Liga de Defensa Judía. Concertaba seis citas de negocios diarias.

Todo aquello hacía concebir ilusiones a nuestro líder. Por lo visto, la cortesía americana lo desconcertaba.

Llame a donde llame uno, alguien contesta:

—Venga por aquí, digamos, el seis de mayo a las once y media…

En la Unión las cosas no funcionaban así. Todo resultaba familiar, claro y comprensible. Si no te faltaban al respeto directamente, podía ser que el asunto se solucionase en sentido positivo.

Incluso si te faltaban al respeto, no todo estaba perdido todavía.

Algunos funcionarios te faltan al respeto automáticamente, por una suerte de acto reflejo. Un tipo de reacción emparentable con el canto de los ruiseñores o con el rugido del león.

Aquí todo es diferente. Conversan con cortesía, sonríen, te sirven un café. Se le escucha amablemente a uno. Y después te dicen, angustiados:

—Lo sentimos, pero nos privaremos del placer de vincularnos con su propuesta. Nuestra firma es demasiado modesta para hacer posible tan brillante e ingenioso proyecto. Si se produjese algún cambio al respecto, lo llamaríamos.

A veces incluso anotan el número de teléfono de uno.

Pese a todo, nuestro líder no se daba por vencido. El verano neoyorquino era húmedo y sofocante. Anillos de latas de soda brillaban sobre el asfalto reblandecido. Parecían sortijas de metales preciosos.

Bocanadas de vapor cálido envolvían los rascacielos de Manhattan. Los innumerables climatizadores regaban a los peatones con una lluvia tibia. El *jazz* y el chirrido de los frenazos se enredaban en una monstruosa cacofonía.

Móker se movía por las calles embutido en el terno que le había procurado la sinagoga. Llevaba siempre encima una mareada cartera soviética de la época de la Komintern. Dentro guardaba una práctica percha plegable. En el metro, nuestro líder la extraía de la cartera y se desvestía rápidamente. Sostenía, paciente, la chaqueta y el chaleco colgados en su mano extendida. La corbata con la bandera americana hacía que Móker pareciera un estrangulado. No había manera de aflojar el nudo. Vília solo podía hacerlo delante de un espejo.

Al salir del metro, Móker se volvía a vestir. Iba a las negociaciones en su traje. Tras cada negativa, volvía a desvestirse en el metro…

Mientras tanto, Drozdov encontró un empleo temporal. Se colocó en un almacén para acarrear carne de cerdo y pescado. Todo acabó en un incidente bastante lamentable.

Drozdov sustrajo en torno a cuatro kilos de filetes congelados de bacalao. Se metió el bloque de hielo debajo de la camisa. De esa forma pasó una hora en el metro. Los filetes empezaron a descongelarse.

Drozdov llevaba sospechosamente empapados los pantalones. Encima, apestaba a pescado. Hasta tal punto que un par de hindúes se cambiaron, gruñendo, de asiento. A la mañana siguiente, para colmo, tenía neumonía…

Baskin era un tipo tranquilo y seguro de sí mismo. Como había sido famoso, los periodistas americanos mostraban interés por él. Acabaron entrevistándolo en varios periódicos de gran tirada. Diana, su mujer, se matriculó en unos cursillos para enfermeras…

Yo, por mi parte, encontré un traductor literario. Traductora, quiero decir. Se llamaba Lynn Farber. Los padres de Lynn huyeron de Shklov, atravesando Polonia, antes de la guerra. La hija nació ya en América. Hablaba ruso bastante bien, pero con un acento muy acusado.

Nos presentó Iósif Brodski. Mejor dicho, le recomendó que se ocupara de mis escritos. Lynn me telefoneó y yo le remití un pesado paquete. Después, se esfumó durante una larga temporada. Me llamó de nuevo al cabo de un par de meses y me dijo:

—Pronto tendré acabado el borrador. Le mandaré una copia.

—¿Para qué? —pregunté—. No leo inglés.

—¿No le interesa la traducción? Podrá enseñársela a sus conocidos y allegados.

(Ni que mis conocidos y allegados fueran Hemingway y Faulkner).

—Mejor —dije— mándela a alguna revista…

Francamente, no me hacía muchas ilusiones. No creía que la traducción pudiese acabar siendo buena. Los héroes de mis relatos son presos, estraperlistas, bohemia hundida en el alcoholismo. Todos ellos se expresan en una jerga salvaje. Que en su mayor parte es incomprensible hasta para mi mujer. ¿Qué iba a entender de aquello una joven norteamericana? Cómo podría traducir, por ejemplo, estas locuciones: «Aquí jugando con Pardillovski…». O «caballito de raza saltapedos…». O bien, supongamos: «La gente es la gente. Y tú, una polla en una fuente».

Etcétera.

Dije a la traductora:

—Debemos comentar los aspectos financieros. De momento, no puedo pagarle nada.

—Lo sé. Brodski me lo dijo.

—Si le parece, seremos coautores. Caso de que tengamos éxito, nos repartiremos el estipendio a medias.

La propuesta era indecente. ¡Qué estipendio ni qué narices! Si el mismísimo Brodski tiene que dedicarse a la docencia.

Lynn aceptó. Esa fue, por cierto, la única iniciativa financiera más o menos inteligente que tomé en América.

Móker nos llamaba una noche tras otra.

Su voz sonaba cada vez menos convincente. Estábamos a punto de perder toda esperanza, aunque… ¿merecía siquiera la pena tenerla? ¡Ejercer el propio oficio en América! ¡Escribir y decir lo que uno piensa! ¡Y en ruso! ¡Y por añadidura cobrando! La perspectiva se antojaba demasiado fabulosa.

Después de haberse recuperado, Drozdov se matriculó en unos cursos para chóferes. Con intención de alquilar después un taxi. La mujer de Vília Móker trabajaba de enfermera a domicilio. Mi mujer seguía con su empleo en el periódico de Bogoliúbov. Diana Báskina logró obtener una pequeña beca.

Un día estábamos tomando té en la cocina de Baskin. De repente sonó el teléfono. Érik cogió el auricular.

La voz triunfal de Móker emergió de entre el ruido callejero:

—¡He conseguido el dinero! Llamo desde un teléfono público…

—Impresionante —dijo Baskin con sorna—. Vília Móker ha conseguido diez céntimos.

—Imbécil… —gritó Móker—. ¡Dieciséis mil he conseguido! ¿Te das cuenta? Dieciséis mil. ¡Hemos ganado!

Tuvimos la sensación de que Móker estaba algo enloquecido. Gritaba tanto que todos lo oíamos perfectamente. Baskin apartó el auricular, con una mueca de disgusto. Diana preguntó desde la cocina:

—¿Qué quiere?

Móker no podía tranquilizarse:

—Pasamos dos horas en el Blimpie, un restaurante de lujo. Casi no tuve ni que mirar al diccionario. Estaba en vena. Hasta los camareros parecían interesados en nuestra conversación. Finalmente, capituló. Me tendió la mano y dijo: «*Fine*! Lo pensaré. ¡Eres buen tío, Willie! ¡América te necesita!…».

Móker se detuvo y añadió, con delicadeza:

—«Y también a tus amigos…».

—¿Y el dinero? ¿Dónde está? —preguntó Érik Baskin.

—En teoría, lo tenemos en el bolsillo. Lo va a soltar. ¡Me da que lo va a soltar!

—¿Quién lo va a soltar?

—¡Larry Schwéitzer!

—¿Quién es Larry Schwéitzer?

—¡Es un tipo importante! ¡Un figura! ¡Un auténtico capitalista!… Os lo explicaré todo. No os vayáis. Mandad a Drozdov a por vodka. Voy a coger un coche. Solo tengo seis dólares y un token. Reunid algo de pasta y esperadme abajo…

A la hora y media, ya estaba yo poniendo vodka en los vasos.

Diana había preparado su ensalada especial.

En la ensalada había setas, pepinos, ciruelas pasas y rabanitos, aunque predominaban los macarrones.

Moker hablaba deprisa, en forma confusa y embrollada. He aquí lo que saqué en claro acerca del contacto.

Se trataba de un tal Larry Schwéitzer. Móker lo había conocido en el centro judío. Schwéitzer era abogado y hombre de negocios. Acaparaba barrios arruinados en Brooklyn. Los sometía a una reforma cosmética. Y luego instalaba allí a los emigrados rusos. Es decir, revitalizaba la ciudad.

Además, aspiraba a ejercer algún papel en la comunidad. Y más adelante, incluso a presentar su candidatura al Congreso.

Para ello le era necesaria adquirir cierta reputación. Y para conseguirla Schwéitzer había fundado un Comité. La tarea del Comité consistía en prestar ayuda a los refugiados rusos. Paralelamente, Schwéitzer había organizado unos cursillos de inglés y un museo de pintura soviética no oficial. Parece que Móker había convencido a Larry Schwéitzer de que un nuevo periódico ruso era imprescindible. Además, Schwéitzer no tendría por qué emplear su propio dinero. Podría avalarnos un crédito a largo plazo. Entre quince y veinte mil.

O sea, que el tipo aquel necesitaba un periódico que fuese emblema elocuente de su reputación social.

Schwéitzer y sus padres eran americanos. Aunque su abuelo procedía de Kishinev. Así que los problemas de los emigrados le resultaban, más o menos, familiares…

Móker recobró el aliento. Nos daba miedo creer todo aquello. Érik Baskin dijo:

—A mi juicio, es pronto para cantar victoria. Esperaremos a que la cuestión se solucione definitivamente.

—Pero beber, sí beberemos ahora… ¿no? —dijo asustado Drozdov.

—No veo que haya ninguna objeción… —le confirmé yo.

EN VÍSPERAS

Por extraño que parezca, recibimos el dinero realmente. Dieciséis mil dólares. Pregunté a Móker:

—¿Y por qué no veinte? ¿O quince mil?

Móker adujo que una suma redonda siempre inspira recelo. Esos dieciséis mil, en cambio, parecían producto de un riguroso cálculo.

Solo de Underwood

Mi compañero Valeri Grubin pedía dinero prestado para vodka de una manera bastante peculiar. Decía:

—Le debo ya treinta rublos. Présteme otros cinco para redondear la cuenta…

El misterioso Larry Schwéitzer quiso conocernos. Fuimos a su oficina de trabajo. Eran dos cuartos pequeños, abarrotados de toda clase de cachivaches.

Baskin arrugó el ceño, decepcionado. Pero Móker le explicó:

—Aquí a los millonarios no les gusta exhibirse. Solamente los chulos y los mafiosos circulan en Mercedes. Los ricos de verdad procuran pasar desapercibidos.

—A mí es probable que me tomen por rico. Los únicos pantalones que tengo han reventado por el culo… —comenté.

En ese momento apareció Larry Schwéitzer. Móker hizo las presentaciones. A Baskin y a Drozdov los presentó como «famosos periodistas» y a mí como «escritor de prestigio». En cada caso, Larry expresó afablemente: «¡Oh!».

Era un ágil pelirrojo de unos cuarenta años. En su pantalón crema destacaba una raya muy bien planchada. Sus zapatos marrones brillaban. Un niqui verde ceñía una cintura no del todo estilizada. En Leningrado visten así los dependientes de las tiendas de saldos.

Larry llamó a algún sitio. Al cabo de un minuto nos trajeron bocadillos y café.

Vília Móker le echó a Baskin una mirada triunfal. Del tipo: «¡¿Qué os había dicho yo?!». Aquella era una empresa de alto copete…

Drozdov propuso:

—¿Voy de una carrera a por vodka?

—¡Lo único que nos faltaba! —masculló Móker.

Larry sacó un cuaderno, una calculadora y un bolígrafo.

Luego dijo:

—Me hacía mucha ilusión conoceros. América anda necesitada de talentos. He hablado con unos amigos… Creo que podréis obtener un préstamo para publicar un periódico. Pero ha de ser judío, naturalmente. Un periódico judío en ruso para los refugiados de la Unión Soviética. El objetivo de tal periódico será acercar a los lectores al Dios de los hebreos y a las tradiciones sionistas.

Intenté replicar:

—¿Y no se podría utilizar una fórmula más amplia? Por ejemplo, «el periódico de la tercera emigración»… Sin poner énfasis en la judiada… Incluso sin aclarar del todo de qué vamos, que sería lo mejor. Publicar un periódico para todos los que lean ruso. Por

supuesto, dando espacio a la cuestión judía también. De ese modo conseguiremos un mayor número de suscriptores.

—¿Pero no son principalmente judíos los que huyen de Rusia? —dijo, extrañado, Larry.

—No solo ellos se van. Muchos rusos, georgianos y bálticos se han marchado también. Por no mencionar a los matrimonios mixtos. Por otra parte, los judíos soviéticos no son muy religiosos. La mayor parte de la intelectualidad judía ha sido educada en la literatura rusa.

Al decir yo todo eso, Móker empezó a ponerse muy nervioso. Me hacía señas. Al final se dirigió a mí en ruso, con una sonrisa llena de ternura:

—¡Cállate, mamón, vas a joderlo todo, puto mequetrefe, antisemita!…

Pero Baskin me dio su apoyo:

—Estoy de acuerdo. Nadie comprará un periódico judío. ¡Parece cosa de paletos! Además, me hace muy poquita gracia que me impongan condiciones…

—¿Y eso desde cuándo, si se puede saber? —se indignó Móker—. ¿Qué pasa, que no te ponían condiciones en los periódicos de Moscú?

—Por eso me fui —replicó Baskin.

Drozdov guardaba silencio. Estaba ocupado con el café y los bocadillos.

Móker dijo:

—Un minuto, Larry.

Y después, dirigiéndose a nosotros, con una rabia apenas perceptible:

—¿Qué pasa? ¿Os habéis vuelto gilipollas? El tipo está dispuesto a ayudarnos. Quiere que el periódico sea judío. ¿Tanto os cuesta, o qué? Pondremos en un lateral con letras microscópicas: «Diario judío en idioma ruso», y ya está. Una vez al año ofreceremos materiales sobre la historia judía… Celebraremos las fiestas más importantes… ¿Qué tiene de malo? A fin de cuentas, la mayoría de nosotros somos efectivamente judíos… Aparte de que no conseguiremos el dinero de otra manera…

—A mí, personalmente, igual me da… —proclamó Drozdov.

Baskin manoteó, indolente.

Móker dijo:

—Disculpa, Larry. Mis amigos se desviven por entrar en combate. Están discutiendo aspectos concretos del proceso creativo. Nos parece que un periódico judío tiene que ser animado, ingenioso, entretenido…

—En fin —dije yo—, parece que habrá que llevarse el gato a putas…

—¿Qué dice?… —inquirió Larry.

—Nada, un juego de palabras intraducible —aclaró Móker a toda prisa.

—Bien, veo que, a grandes rasgos, hemos llegado a un acuerdo… —dijo Larry Schwéitzer.

EN LA JUNGLA DEL CAPITAL

A la mañana siguiente recibimos el préstamo. Para empezar, seis mil quinientos.

Entonces nos pareció una suma enorme. De hecho, lo era.

Abrimos una cuenta bancaria. Registramos nuestra corporación. Nos dirigimos a Manhattan con intención de alquilar un local.

El mismo día ocupamos dos cuartos en la esquina de Broadway y la calle 14. Exactamente frente al prostíbulo La Almeja Alegre.

En la plazuela cercana había de continuo un animado comercio de marihuana.

A pesar de todo, nos sentíamos felices. Era nuestra redacción.

Con ocasión de aquello, organizamos una fiesta. Bebimos, sentados en el suelo, dejando las botellas vacías en un rincón. Aparecieron por la redacción mucho antes que la luz eléctrica, el teléfono, el calendario o la linotipia.

Nos acabamos la bebida en una completa oscuridad. Móker servía el vino de oído…

Ahora lo veo claro: aquellos fueron los mejores días de mi vida.

Compramos el equipo de saldo. Encargamos equipos y ordenadores programados en ruso. Negociamos con futuros autores.

En cuanto al material humano, no había problema alguno. Intelectuales sin empleo había de sobra. Se podía montar un equipo decente de fútbol solo con doctores en filosofía. Decenas de periodistas nos ofrecieron sus servicios.

Se empezó a hablar de nosotros. No siempre con simpatía, claro. Por la colonia rusa circularon inquietantes chismorreos. Que habíamos obtenido el dinero del KGB, sin ir más lejos.

Se lo conté a Móker. Vília se puso muy contento:

—Es perfecto que nos crean agentes de KGB. Que piensen que nos respalda una organización poderosa. Incrementará nuestro crédito.

A pesar de lo cual, emprendimos una pequeña investigación. Resultó que aquellas leyendas que nos concernían parecían salidas de *Palabra y Obra*. Bogoliúbov soltaba misteriosas indirectas cuando charlaba con sus visitas. Que si en Nueva York había aparecido un

grupo de aventureros. Que si, por lo visto, pretendían editar un semanario comunista. Que si a Dovlátov lo habían visto, no hacía mucho, en las inmediaciones de la embajada soviética.

Etcétera.

Los rumores suelen propagarse con mucha rapidez.

Todo aquello me extrañó. Simplemente, nunca había pensado en la competencia. Por supuesto, sabíamos que en América existía competencia. Pero eso tenía que ver con la producción de automóviles, de botas, de cigarrillos. Y lo que nosotros queríamos era editar un periódico demócrata independiente. Es decir, participar en la vida cultural. Ilustrar a nuestros atormentados compatriotas. Exigir seriedad en las manifestaciones artísticas. Luchar por la pureza del idioma ruso. Y, como nunca dejaba de añadir Érik Baskin, «contar al mundo la verdad sobre el totalitarismo».

Y de repente, aquello.

Más tarde nos persuadiríamos de que América no era el paraíso. Ese sería nuestro principal descubrimiento. Nos persuadiríamos que la libertad era tan beneficiosa para lo malo como para lo bueno. Que los gladiolos y la marihuana crecen bajo sus rayos con la misma rapidez. Aunque eso solo llegaríamos a comprenderlo más tarde.

En aquel entonces yo era una criatura ingenua. Me regía por los principios de la lógica inversa. Todo lo que era malo en la URSS tenía que ser estupendo en América. Allí había censura y oporto nacional; aquí, libertad y coñac.

América era nuestra idea del paraíso. Porque el paraíso es, al fin y al cabo, lo que no tenemos.

En la Unión no me publicaban. Por tanto, aquí tendría que convertirme en una especie de Art Buchwald.

Al partir, proclamábamos: «¡He elegido la libertad!».

Y nuestros ojos brillaban de emoción. Porque la libertad nos parecía un bien absoluto e irrenunciable. Lo más opuesto al mundo totalitario.

Algo parecido les ocurre a los presidiarios cuando contemplan el mundo tras las rejas de su prisión. Y también a los impedidos, cuando los enfermeros, desganados, los acercan a la ventana del hospital.

Imaginábamos que la libertad era el paraíso. Un popurrí vertiginoso de carne de buena calidad, literatura prohibida, discos de Coltrane y revolución sexual.

Y de repente, como digo, aquella actitud extravagante…

Decidimos dirigirnos al propio Bogoliúbov. Como quiera que fuese, en otros tiempos había conocido a Nabókov, a Joyce, a Picasso. ¡Era imposible que no conservase algún vestigio de humanidad! Aparte de que, si en el país de los soviets los periodistas se comportan como

auténticos chacales, ¡aquí como mínimo deberían aparentar que son seres humanos!

Bogoliúbov no recibió a la delegación. Se negó a hacer mención de nuestro semanario. Y cuando salió el primer número, echó a mi mujer de su trabajo. Le parecía una chivata, una espía.

Solo de Underwood

Hace poco Bogoliúbov me dijo:

—Dígame, ¿qué tal está Lenochka, su mujer? La veo siempre tan pálida. Todos estamos preocupados por ella. ¿Cómo le va?

Yo le contesté:

—Borís Isáyevich… ¡Desde que usted la despidió, nos va de miedo!…

El primer número de *El Espejo*[18] salió un 16 de febrero.

Desencadenó un pequeño escándalo. Hacía sesenta años que *Palabra y Obra* gobernaba las conciencias de los lectores. Sesenta años glorificando a la monarquía. Sesenta años rompiéndose la cabeza con los misterios del poder soviético. Sesenta años usando el arcaico lenguaje de Lomonósov, Derzhavin y Marlinski. Sesenta años esperando el mítico renacimiento religioso.

Aquella gente ignoraba lo más importante. Ignoraban que la antigua Rusia había muerto hacía tiempo. Que el comunismo es el resultado de un largo proceso de selección biológica. Que el poder soviético no es un régimen político, sino el estilo de vida de un país con muchos millones de habitantes. Que el renacimiento religioso había afectado a unos quinientos intelectuales en Moscú, Leningrado y Kiev.

Estaban convencidos de que un periódico tenía que ser serio y sombrío. Porque, vista desde lejos, la lobreguez se asemeja a la grandeza de espíritu. Y de repente aparecimos nosotros, unos forajidos bigotudos en vaqueros. Que se dirigían al público en una lengua más o menos humana.

Nos permitíamos las bromas, la ironía. Y, peor aún, la risa. Nos reíamos de los rusófobos y de los antisemitas. De los falsos profetas y de los mártires fingidos. De la ampulosa estupidez y de la hipocresía viperina. De los ateos militantes y de los religiosos histéricos.

Y aún más importante, presten atención: ¡de nosotros mismos!

Declaramos a pleno pulmón: «El semanario *El Espejo* es una tribuna libre e independiente. Da cabida a puntos de vista diversos, a veces diametralmente opuestos. El lector extrae las conclusiones por sí mismo. La redacción solo se hace responsable de garantizar el nivel del debate».

Seleccionamos a los mejores de entre un centenar de autores. De aquellos a los que *Palabra y Obra* no publicaba nunca. Los demás se convirtieron en mortales enemigos nuestros.

Pasamos un par de meses en una atmósfera de infinito entusiasmo. El número de abonados y anunciantes se incrementaba día tras día. En los círculos intelectuales solo se hablaba de nosotros.

También algunas voces indignadas se dejaron oír:

—¡Gentuza! ¡Fascistas! ¡Agentes de la Seguridad del Estado! ¡Esbirros del sionismo mundial!

Solo de Underwood

Un viejo amigo me llamó desde Francia:

—¡Dicen que te has hecho judío ortodoxo! ¡Que incluso te has circuncidado!

Le respondí:

—¡Volodia!… No me he hecho judío ortodoxo. Y mucho menos me he circuncidado. No me veo capaz de probártelo con el océano de por medio… Pero indícame una persona de tu confianza en Nueva York y le presentaré a ella la prueba…

Cada mañana desentrañábamos decenas de cartas. En su mayor parte contenían cheques y buenos deseos. Pero también tropezábamos con brutales filípicas. En una carta me llamaron (¡lo juro!) discípulo de Ribbentrop, Jabotinski, Buber y Arafat. En otra, un subnormal me preguntaba abiertamente si, siendo yo guardia de campo de concentración, había sometido a tortura física a Solzhenitsyn. Pese a que, cuando metieron entre rejas a Solzhenitsyn, yo tenía tres años. Y a que di en guardia veinte años más tarde… El año que a Solzhenitsyn lo nominaron para el premio Lenin.

Total, que se organizó un alboroto indescriptible.

Repito: aquellos fueron los mejores días de mi vida.

QUEDAMOS Y HABLAMOS

Ese invierno conocí por fin a Lynn Farber. Lynn me llamó y me dijo:

—He enviado la traducción al *New Yorker*. Les ha gustado. Publicarán el relato en dos o tres meses.

—El *nuyorquer* ese… ¿qué es? ¿Un periódico? ¿Una revista?…

Mi ignorancia desconcertó a Lynn:

—*The New Yorker* es una de las revistas más populares en América.

¡Le pagarán unos cuantos miles de dólares!

—¡¿En serio?!

Si he de ser sincero, ni siquiera me sorprendió. Llevaba demasiado tiempo esperándolo.

Quedamos en la esquina de Broadway con la Cuarenta.

Lynn me advirtió:

—Llevaré en las manos un bolso marrón.

Yo contesté:

—A mí me suelen confundir con el edificio Flatiron…

Llegué a las seis en punto. Una multitud ruidosa e interminable se desplazaba por Broadway. Comprobé que lo del bolso marrón no me sería de mucha ayuda. Menos mal que me habían advertido previamente de que Lynn Farber era guapa. La típica Madonna de Botticelli…

Entiendo poco de pintura. Mejor dicho, no entiendo nada. (Y con la música me ocurre algo parecido). El nombre, Botticelli, me sonaba. Pero no me inspiraba asociación alguna. Al menos, eso creía yo.

Y de súbito, la reconocí. Infaliblemente, la identifiqué, a primera vista. Y me detuve frente a ella.

Probablemente, Botticelli vivía en mi subconsciente. Del que emergió cuando me hizo falta.

Una Madonna, efectivamente. Sonrisa amable, mirada clara. Alguno dirá que eso no tiene nada de especial. ¡Pero se encuentra tan pocas veces en la vida!

Sobra decir que inmediatamente determiné casarme con ella. Perdí interés en cualquier otra cosa. ¿Puede haber algo más sensato en esta vida que casarte con tu propia traductora?

Luego tuvimos una conversación de este estilo:

—Buenos días, soy Lynn Farber…

—Encantado. Yo también….

Como puede observarse, estaba bastante desconcertado… Unos honorarios descomunales, el *New Yorker*, una jovencita rubia… ¡¿Será verdad que todo esto me está sucediendo a mí?!

Caminábamos por la calle 40. Abrí de par en par la puerta de un bar medio en penumbra. Grité cualquier cosa a la buena de Dios. Algo como «¡A bailar con los gitanos!», «¡Hollaremos La Pampa!». Era la viva imagen de un oso ruso fuera de control… Me dirigí al barman:

—Vodka, por favor. Seis dobles.

—¿Esperan a alguien? —preguntó, curioso, el barman.

—Sí —respondió mi amiga—. A un equipo de baloncesto al completo…

La señorita Farber no decía ni mu. Pero hasta en su silencio había

algo constructivo. Seguro que cualquier otra hubiera dicho:

—¡Cómete las tapas, anda!… ¡Que ya estás bastante cocido!

Pero en el bar aquel no había tapas…

Ella no decía ni mu. Y sonreía.

A caballo de otros cuatro dobles me vi abordando el asunto de la soledad. Un asunto, como es sabido, inagotable. Otra cosa no, pero soledad hay siempre de sobra. El dinero se acaba. La soledad, nunca…

La muchacha seguía sin decir palabra. Hasta que le pregunté algo. Algo que no venía a cuento… Ya saben, a veces sucede que estás sentado en una barandilla, columpiándote suavemente. Un milímetro de más, y el centro de gravedad ya está a tu espalda. Un segundo y te hundes en el vacío. Llegados a este punto, lo importante es saber parar a tiempo. Y yo paré. Pero antes de eso, escuché un nombre. Dennis… Dennis Blackley, el marido o el novio…

Nos conocimos poco tiempo después.

Mirada clara, gesto franco… Una sonrisa absolutamente infantil. (¡¿Cómo habrán conseguido dar el uno con el otro?!).

Está bien, pensé yo, nos limitaremos al trabajo creativo. Cuando una rubia desaparece de la mano de una buena persona, la cosa se hace más llevadera….

VIDA COTIDIANA

Cada mañana íbamos todos juntos a la redacción.

Repartimos los puestos de mando de la manera siguiente. Móker se convirtió en presidente de la corporación, gerente y redactor jefe. Yo dirigía la sección literaria. Baskin era responsable del deporte y de las páginas de opinión. Drozdov era el empleado polifacético. Intervenía en cualquier asunto del que se tratase, daba consejos financieros, publicitaba medicamentos. Aparte de eso, limpiaba el local e iba a por vodka. Y, por añadidura, cortejaba a tres mujeres a la vez: a la secretaria, a la dactilógrafa y a la traductora.

Trabajábamos todos sin cobrar. A Móker y a Baskin los alimentaban sus mujeres. Mi mujer, que estaba desempleada, percibía un subsidio. Drozdov comía en las casas de sus numerosas amigas. Además, sacaba a pasear a un perro ajeno y cobraba… el *welfare*.

Solo de Underwood

Una vez Drozdov sustrajo una lata de anchoas en un supermercado. Baskin lo reprendió. Drozdov se justificó, asegurando:

—*¡Es mi combate personal contra la inflación!*…

El periódico no daba beneficios. Vília Móker razonaba así:

—Tenemos que mantenernos un año por lo menos. Es el periodo más difícil. Normalmente las empresas pequeñas se hunden en los primeros seis o siete meses…

Móker pontificaba:

—Un periódico tiene tres fuentes de ingresos. La suscripción, el menudeo y los anuncios. La suscripción es un mito. Es un dinero que, de hecho, el lector nos presta. El menudeo no deja más que calderilla, alrededor de treinta y cinco céntimos por ejemplar. Solo los anuncios producen dinero contante y sonante. Todos los periódicos de Occidente subsisten gracias a eso. Pero conseguir publicidad es condenadamente difícil. A los americanos un semanario ruso ni les va ni les viene. Y nuestra parroquia depende enteramente de Bogoliúbov. Les ofrece descuento solo con que no se anuncien en *El Espejo*. Seguramente les dice: «¿Con esos vais a hacer negocio? ¡¿Con agentes del Kremlin?!…».

Móker no fantaseaba. Desgraciadamente, era así. Y, por si fuera poco, el director de *Palabra y Obra* telefoneaba a nuestros colaboradores. Los amenazaba con dejar de promocionar sus libros. Les juraba que les subiría el sueldo.

Muchos tuvieron que someterse. Temían estropear sus relaciones con un diario influyente.

A propósito de nosotros, Bogoliúbov decía:

—¡No vamos a tolerar disidentes aquí!

(Lo que yo me pregunto es: ¿y por qué hubiera tenido que tolerarlos Andrópov en Moscú?…).

Pese a todo, la popularidad de nuestro periódico iba en aumento. Animábamos a los lectores a debatir. Nos ocupábamos de asuntos prohibidos. Por ejemplo, nos permitíamos criticar a América.

Ganábamos cada vez más seguidores. Pero a la vez crecía el número de nuestros oponentes.

Recuerdo que publicamos en *El Espejo* la reseña de un libro de Solzhenitsyn. Aparte de ditirambos había en ella discretas observaciones críticas.

¡Dios, la que se armó!

—¡¿Quién ha osado atentar contra el profeta?! ¡Su persona es sagrada! ¡Nadie ose discutir sus ideas!…

Aquellos cantamañanas habían pasado varias décadas venerando a Lenin. Y ahora se disponían a echar abajo los monumentos que ellos mismos habían erigido.

Siempre se ha dicho que la libertad de opinión es uno de los

mayores logros de la democracia. ¡Viva la libertad de opinión!… Pero con un pequeño matiz: para los que opinen como yo.

¿Y qué habría que hacer con aquellos cuyas opiniones no comparto? ¿A dónde habría que mandarlos? ¿A la cárcel? ¿A galeras?…

La gente emigraba para ejercer sus legítimos derechos. El derecho a la creatividad. El derecho al bienestar material. Incluido el sagrado derecho a equivocarse. ¡El derecho al error!

Allá, en casa, a los que cometían errores los solían matar. Los desterraban a campos de internamiento. Los echaban del trabajo. Pero ahora estamos en América. Rodeados de libertad. Y nosotros, entre rejas. Entre las rejas de la más asquerosa intolerancia…

En nuestra redacción había cuatro teléfonos. Y todos sonaban sin parar. Algunas veces, escuchábamos cumplidos. Mucho más a menudo, acusaciones y quejas. Evidentemente, las emociones negativas son más poderosas.

Con el tiempo me cansé de dar explicaciones. Que sigan pensando que fui yo quien envenenó a *madame* Bovary…

Pasamos seis meses así. Estuvimos en Chicago, en Detroit, en Boston, en Filadelfia. Fuimos muy bien acogidos. Nuestros seguidores constituían una especie de secta. Seguíamos siendo el principal tema de conversación entre los emigrados. Perdiendo alrededor de cuatrocientos dólares a la semana. Cada vez nos quedaba menos dinero. Rebosábamos alegría, a pesar de todo…

UNA DIGRESIÓN LÍRICA

Hay en América muchas cosas que nos asombran. Los teléfonos sin cable y las braguitas comestibles. Los policías sonrientes y las caricaturas de Reagan… Algunas nos divierten; otras, nos espantan. Nos quejamos de la inflación, de la suciedad en el metro, del clima neoyorquino, de los adolescentes negros con sus gigantescos radiocasetes….

Y, por supuesto, nos empleamos a fondo con las cucarachas. Las cucarachas ocupan un lugar muy destacado entre las lacras del capitalismo.

Imagínense la escala de las emociones negativas. Yo diría que las cucarachas se sitúan en esa escala entre la delincuencia y los repugnantes fósforos de papel. Un poco por debajo del paro y algo por encima de la marihuana.

¿Quién se atrevería a decir que hemos crecido entre mimos? En casa había de todo. Había chulería e hipocresía. KGB y censura.

Cobijos comunales y colas para comprar jabón.

Pero no había cucarachas. No consigo acordarme de ninguna. Y eso que me tocó vivir en condiciones de lo más variopintas.

Una vez alquilé una habitación en Pskov. Los perros vagabundos entraban en mi cuarto por las grietas del suelo. Pero no había, repito, cucarachas.

¿Puede que simplemente no las percibiera? ¿O bien que me las ocultaran depredadores de mayor tamaño? ¿Los estalinistas supervivientes, tal vez? No tengo ni idea…

En resumen, que llegamos aquí y echamos una ojeada a nuestro alrededor. Y se desencadenó una tremenda escandalera:

—¡No hay quien se libre de las cucarachas! ¡Se cuelan por cada rendija! ¡Menuda América esta! ¡Y a esto lo llaman un país civilizado!

Dieron comienzo los combates y se utilizaron armas químicas. Inundamos las habitaciones con toda clase de venenosas porquerías.

¡La cucaracha es la más temible de las fieras! ¡El maldito capitalismo nos ha decepcionado absolutamente!

Al mismo tiempo, es imposible encontrar aquí una sola manzana agusanada. Ni una patata podrida, la verdad. Ni a viejos bolcheviques, por decirlo todo…

Y, en definitiva, ¿qué culpa tienen las cucarachas? ¿Le ha picado alguna vez a usted una cucaracha? ¿Ha ultrajado su dignidad patria? Por supuesto que no…

La cucaracha es inofensiva y, a su modo, elegante. Tiene el imponente diseño de un cochecito de carreras.

A diferencia del mosquito, la cucaracha no es habladora. ¿Quién ha oído a una cucaracha alzar la voz?

La cucaracha sabe dónde está su sitio y apenas abandona la cocina. La cucaracha no huele. En cambio, los luchadores contra las cucarachas encenagan las viviendas con el asqueroso aroma de los productos químicos.

Creo que todo eso debiera bastar para reconciliarnos con las cucarachas. Amarlas sería demasiado. Pero reconciliarnos con ellas me parece posible. Yo, sin ir más lejos, ya lo he hecho.

Y espero que sea mutuo…

BOGOLIÚBOV RABIA Y PATALEA

El director de *Palabra y Obra* no dejaba pasar un día sin denigrarnos. Pero en privado. Su periódico guardaba silencio. Atacarnos abiertamente habría supuesto hacer publicidad a un competidor.

Gratis, encima.

En cuanto a nosotros, no dejábamos de criticarlo todo. Bogoliúbov no pudo soportarlo. Escribió un extenso editorial, «¿Hasta cuándo?». En el artículo se llamaba a *El Espejo* «sucio periodicucho». Y a mí, «antiguo carcelero». Por supuesto, lo que venía a decir era que nos habíamos vendido al KGB. Respondí con este escrito:

Carta abierta al director del diario *Palabra y Obra*:

¡Estimado señor Bogoliúbov!

He leído su artículo «¿Hasta cuándo?». Considero que abre una nueva etapa en su actividad periodística y que, por lo tanto, merece que se le preste atención.

La nota está escrita en una lengua absolutamente extraña en usted. Arrogante y agresiva. Sembrada incluso de palabrejas de la jerga policiacocarcelaria. *Vertujái*, carcelero, por ejemplo, como se digna usted denominarme cariñosamente. Como partidario de la lengua literaria viva y desenvuelta, todo esto me conmueve. Ingenuamente, quizá.

Haré caso omiso a sus tentativas de humillarnos a mí, a mis amigos y a nuestro semanario. Me niego a rebatir los burdos infundios, las fantásticas supercherías y comidillas que cita usted.

No me siento aludido por los insultos que me dedica. Estoy acostumbrado a eso. Me acostumbraron en mi propio país, donde faltarle a uno al respeto es la norma. Donde, tras del trato cortés, se intuye la trampa. Donde la dulzura de corazón se considera idiocia.

¡Qué no habré sido yo en esta vida! *Stiliaga*[19] y caradura judío. Agente del sionismo y hampón fascistoide. Degenerado moral y saboteador político. Más aún: siendo hijo de judío y armenia, la prensa me tachó repetidamente de «nacionalista estonio» (!).

De resultas, salí fortalecido, y hace mucho que no exijo de nadie un trato ceremonioso. Algo semejante puedo decir respecto de nuestro periódico. No somos crisantemos. Se nos puede desarraigar de cuando en cuando para tener la certeza de que estamos creciendo bien. Creo incluso que nos sería de provecho.

Resumiendo, por su edad, o por su condición de maestro, si lo prefiere, se ha ganado usted el derecho a no ser condescendiente… No es el tono de sus declaraciones lo que me

ofende. No me interesa el tono, sino la sustancia.

¿Y qué podrá ser, me pregunto, lo que ha sacado de quicio a este señor maduro, culto e inteligente, de manera tan repentina? ¿Qué le habrá hecho romper su voto de silencio? ¿Qué le habrá inducido a blasfemar y patalear, utilizando incluso jerga carcelaria? ¿Por qué le molestamos tanto, señor Bogoliúbov?

Puedo contestar esa pregunta. Le molestamos por el solo hecho de existir.

Hasta el año setenta, imperaba en la emigración un orden relativamente estable. Se habían aplacado porfías y discusiones. Los cargos y títulos estaban repartidos. Los laureles pendían de los cuellos eméritos.

Luego llegó la tercera ola de la emigración.

Como en toda comunidad humana, somos de muy diversa índole.

Entre nosotros hay pecadores y beatos. Lumbreras de la matemática y contrabandistas heroicos. Violinistas y drogadictos. Disidentes y antiguos empleados del aparato del Partido. Antiguos presos y antiguos fiscales. Judíos, ortodoxos, musulmanes y budistas zen.

Tenemos, al mismo tiempo, mucho en común. Nuestra experiencia totalitaria. La demagogia nos hace sufrir. Somos hipersensibles a la retórica propagandística.

Los vicios también nos son comunes. Cierta desorientación política y moral. Una vitalidad casi agresiva. Una falta de escrúpulos a menudo notoria.

No somos ni mejores ni peores que los viejos emigrados. Tratamos de solventar los mismos problemas. Tenemos sus mismas debilidades. Sus mismos complejos de forasteros y de novatos.

Como ellos, tenemos el alma herida por el recuerdo de nuestra horrorosa patria.

Odiamos y maldecimos a sus tiranos. Recordamos a los amigos de quienes nos vemos separados.

No somos ni peores ni mejores que los viejos emigrados. Somos diferentes, simplemente.

Llegamos en los setenta. Nos acogieron cordialmente. Nos ayudaron a adaptarnos y a resistir. A comulgar con los valores de este país admirable. Hemos podido evitar mucho de lo que los viejos emigrados tuvieron que padecer. Y agradecemos su apoyo a todos los que nos ayudaron a evitarlo.

No solo hemos traído de Rusia cajitas lacadas de Palej. Ni

collares de ámbar y coral o cazadoras de cuero de imitación. Hemos traído nuestros diplomas y estudios. Manuscritos y partituras. Cuadros y descubrimientos.

Fundamos periódicos y revistas. Estudios de televisión y saunas finlandesas. Restaurantes y orquestas sinfónicas.

Aborrecemos las baldías mesas parlantes del espiritismo ideológico. Los infantiles proyectos de reorganización de la sociedad totalitaria nos hacen reír. Nos burlamos de las fantasías de renacimiento religioso. Hemos comprendido algo esencial. Los líderes soviéticos no son extraterrestres. No son alienígenas del espacio exterior. El poder soviético no es el yugo tártaro-mongol. Es algo que alienta en el interior de cada uno de nosotros. En nuestras costumbres e inclinaciones. En nuestras aficiones y antipatías. En nuestra conciencia y en nuestro espíritu. Nosotros somos el poder soviético.

Tenemos que derrotarnos a nosotros mismos. Derrotar al siervo y al cínico, al cobarde y al ignorante, al gazmoño y al arribista que habitan dentro de nosotros.

Señala usted:

«¡Solo tenemos un enemigo!… ¡El comunismo!».

No es verdad. El comunismo no es el único enemigo. Tenemos otros enemigos, aparte de la antigualla doctrinal comunista. Lo son nuestra estupidez y nuestra falta de piedad. Nuestra egolatría y nuestro fariseísmo. La intolerancia y la mentira. El afán de lucro y la venalidad…

En una ocasión le preguntaron a Iósif Brodski:

—¿En qué está usted trabajando?

El poeta contestó:

—En mí mismo…

Ataca usted a un semanario atrevido, independiente, en pleno desarrollo.

Lo acusa de diversos pecados mortales.

¿Qué le ocurre a usted? ¿A qué se debe ese trauma?

Se lo repetiré: a nuestra misma existencia.

Había un único periódico, *Palabra y Obra*. Rector de conciencias. Árbitro de la moda y del gusto. La única tribuna. El único portavoz de la opinión pública.

En ese periódico se podían leer cosas curiosas. Como que Iósif Brodski no dominaba el ruso. Que Rusia caminaba resuelta hacia el renacimiento religioso. Que, en la lucha contra los comunistas, cualquier medio era bueno. Que los libros de Adriana Deliánich eran mejores que los de Nabókov.

Y todos asentían.

Después, surgió nuestro semanario. Y en el más antiguo periódico ruso se desató el pánico:

«¡¿Cómo se atreven?! ¡¿Quién les ha dado permiso?! ¡¿Con quién se creen que cuentan?!». (Nosotros, se lo confieso, creíamos contar con usted precisamente).

Asegura usted, señor Bogoliúbov:

«¡Quebraréis! ¡Fracasaréis! ¡Os endeudaréis!».

No ha tenido en cuenta unas cuantas cosas. No ha tenido en cuenta la vitalidad de la tercera emigración. No ha sabido calcular el monto de nuestro entusiasmo. De nuestra disposición para el sacrificio.

El semanario existe. El monopolio ha sido quebrantado. Han surgido nuevos puntos de vista, nuevas valoraciones, nuevos ídolos. Y usted, señor Bogoliúbov, dio la voz de alarma. Se negó a insertar nuestra publicidad. Prohibió a sus colaboradores que publicaran en nuestro semanario. Intentó poner en contra nuestra a nuestros socios y clientes.

Ahora, astutamente, se declara usted víctima de persecución política. Y nos tacha de patriotas soviéticos y de funcionarios del KGB.

Es una estratagema. No hemos sometido su periódico a crítica ideológica alguna. Es demasiado amorfo para eso. Hemos criticado su falta de profesionalidad. Su lenguaje torpe y pretencioso. Su anticuado diseño. Su melosa inocuidad. La atmósfera insulsa de sus evocaciones históricas.

Reconocemos los méritos de su periódico. Reconocemos también sus méritos personales, señor Bogoliúbov. No obstante, nos reservamos el derecho a criticar los fallos de su periódico. Y a exigir de su administración un comportamiento profesional honesto, respetuoso con las leyes federales.

Ha titulado su artículo «¿Hasta cuándo?». Por todo el artículo se hallan diseminadas unas cuantas enigmáticas alusiones. Se hace mención de misteriosas instancias. De siniestras fuerzas anónimas. De ciertos indefinidos organismos e instituciones.

En casa se solía utilizar un peyorativo omnicomprensivo: imperialistas. A la menor contrariedad, la culpa era de los imperialistas.

Lo que se lleva aquí son los «agentes del KGB». Todo lo malo es imputable a la Seguridad del Estado. A los manejos del camarada Andrópov.

Que se produce un incendio: culpa del KGB. Que una editorial devuelve un manuscrito: bajo presión del KGB. Que la

mujer se larga: la habrá seducido Andrópov. Que llega el frío: ya se sabe de dónde viene.

El KGB es una organización siniestra, de más está decirlo. Pero nosotros también solemos obrar de cualquier manera. Y Andrópov no tiene nada que ver con que seamos vagos, mentecatos e ineptos. Bastante tiene con sus propios pecados. Y nosotros con los nuestros.

¿Para qué, pues, se abonan esas fantasías? ¿Para qué se cuentan todas esas tonterías, las picardías y los fracasos de uno en sus manejos con los valerosos chequistas? ¡¿Para qué dárselas de preso de la Lubianka en la paradisíaca América?! Es ridículo y vergonzoso.

Aquí el KGB se halla al margen de la ley.

Ser cómplice del KGB es un delito punible por vía judicial.

Acusar gratuitamente a alguien de ser cómplice del KGB también es un delito punible. Una calumnia, para ser exactos.

Espero que se acabe con esto. Ha tratado de estrangular nuestro semanario con los métodos más variados. Nos ha privado de publicidad e intimidado a muchos de nuestros colaboradores. Ha usado usted otro recurso, la conjura de silencio. Ignoraba usted, muy ufano, *El Espejo*. Quería hacer ver que no existía.

Pero ahora ese complot ha quedado hecho trizas. El gran mudo ha hablado. Aunque ha hablado con voz gritona e histérica. Apelando a fórmulas confusas y retorcidas:

«El así llamado semanario…», «Ese sospechoso periodicucho…». O cuando se refiere a «ese señor, antiguo carcelero…».

Sin embargo, la conjura ha quedado al descubierto. Lo que bien puede ser considerado una modesta victoria de la democracia. Y espero que el diálogo continúe. Un diálogo amistoso y franco acerca de nuestros problemas de emigrados.

¡Estamos dispuestos a dialogar! ¿Lo está usted?

Desgraciadamente, escribimos nuestra vida sin borrador previo. No es posible enmendarla, tachando líneas sueltas. Tampoco corregir erratas.

Respetuosamente,
Serguéi Dovlátov

LA COCINA

Lamentablemente, las cosas en la redacción no iban demasiado bien. Por supuesto, Bogoliúbov nos amargaba la existencia. Pero nosotros también cometíamos todo tipo de estupideces.

La falta de fondos nos tenía en ascuas. Empezamos a pelearnos.

Baskin, por ejemplo, le cogió manía a Móker. Lo calificaba de «vago impenitente». Y eso que, al principio, Móker daba la impresión de ser el más entusiasta. El dinero, de hecho, lo había conseguido él.

Probablemente, ese haya sido el momento cumbre de su actividad vital. Un poderoso estallido de iniciativa y tenacidad.

No es que después Móker se hubiera vuelto un holgazán. Pero los quehaceres cotidianos de la administración no le atraían en lo más mínimo. Aborrecía las cuentas, los papeles, los registros, las tarifas. Respondía una de cada diez cartas. Olvidándose, además, de pegar los sellos. Quienes habían concertado una cita con él se tiraban horas esperándolo. En resumen, Vília tenía un espíritu en exceso sublime para atender el trabajo corriente.

En cambio, se pasaba días enteros fumando puros y hablando por teléfono. Las conversaciones se desarrollaban en inglés. Su contenido nos era escasamente accesible. Pero, mientras charlaba, Móker se pasaba el rato carcajeándose. Por lo que Baskin consideraba todas sus conversaciones una pérdida de tiempo.

Móker trataba de justificarse:

—Estoy generando ideas…

A Baskin el verbo «generar» lo sacaba de quicio.

Móker tampoco sentía simpatía por Baskin. Lo llamaba «camarada Stalin». Y lo acusaba de ser un tirano y un déspota.

Solo de Underwood

Baskin y Móker estaban muy enemistados. Yo trataba de ejercer de pacificador. Le decía a Baskin:

—¡Érik, hay que llegar a un compromiso! Es decir, a un sistema de concesiones mutuas en beneficio de la causa común.

Baskin me interrumpió:

—Sé lo que es un compromiso. Y yo me comprometo a esto: que Móker se ponga de rodillas y prometa delante de todos trabajar honradamente. Puede que así lo perdone…

Drozdov, por el contrario, trabajaba mucho y con ganas. Estaba dispuesto a escribir sobre el tema que fuese. En cualquiera de los géneros existentes. Y, lo que es más importante aún, desde cualquier punto de vista.

Yo solía darle libros para que los reseñara. Drozdov pedía que le

especificase:

—¿Lo alabo o lo trituro?

Una vez, Baskin observó:

—¡Debemos tomar posición en relación con el conflicto soviético-afgano!

Drozdov se incorporó, solícito:

—¿A favor de quién?…

Solo de Underwood

Liova Drozdov solía decir:

—¿Por qué todo el mundo siente un odio tan exagerado por los judíos? Me parece a mí que los rumanos y los chinos son peores aún…

Larry Schwéitzer asomaba muy poco por la redacción. Los primeros meses se portó de manera delicadísima. El periódico no parecía importarle gran cosa. Le bastaba con que existiese. Que figurase en los documentos apropiados. Nunca terminé de entender para qué necesitaba un periódico.

Después se volvió más quisquilloso. Obviamente, disponía de consejeros y consultores.

Una vez publicamos el reportaje de un viaje por Israel. Acompañándolo con un plano de Jerusalén.

A la mañana siguiente, Schwéitzer se personó en la redacción:

—¿Se puede saber de qué vais, tíos? ¡¿Qué clase de asqueroso mapa antisemita es este?! Aparecen marcadas con cruces las iglesias ortodoxas.

—No es culpa nuestra.

—¿Y de quién es la culpa? —dijo Schwéitzer, alzando la voz.

—De los cruzados —contestó Baskin—, que construyeron decenas de iglesias en Jerusalén.

Larry Schwéitzer bramó:

—¡Que vuestros putos cruzados editen su propio semanario! ¡Nosotros editamos un periódico judío! ¡Nada de cruces ortodoxas! ¡Lo único que nos faltaba!

—Gilipollas —murmuró Baskin.

—¿Qué es eso de «hey lee poyas»? —Schwéitzer pareció repentinamente interesado.

—Idealista, romántico… —tradujo Vília Móker.

Solo de Underwood

Mi amigo Izia Shapiro realizaba a menudo viajes de negocios por América. Lo primero que hacía nada más llegar a una ciudad desconocida era coger la guía telefónica. Averiguaba cuántos habitantes con el apellido Shapiro había en la ciudad. Si había muchos, a Izia la ciudad le parecía bien. Si había pocos, Izia se ponía nervioso. En una ciudad tejana, al presentarse ante el dueño de determinada firma, Izia le dijo:

—Soy Izia Shapiro.

—Y eso ¿en qué consiste? —preguntó desconcertado aquel hombre de negocios.

Pese a todo, la cosa marchaba. Los mayores diarios americanos escribían sobre nosotros.

Aparecieron dos artículos con idéntico título: «Que vienen los rusos».

Se dirigían a nosotros periodistas de radio y televisión. Las cátedras de estudios eslavos mostraban interés también.

Concedimos innumerables entrevistas.

Solo de Underwood

Un periodista le preguntó a Vília Móker:

—¿Así que en su país era usted disidente?

Móker respondió:

—Con ser judío tenía más que suficiente…

En resumen, que nuestra irrupción fue bastante tormentosa.

NUESTRA GENTE

En un año se nos había sumado un importante grupo de colaboradores. Era gente variopinta, en su mayor parte simpática y llena de talento. Se les pagaba una miseria.

Entre nuestros colaboradores destacaba el publicista Zaretski. En otra época había sido un popular escritor soviético. Publicó veintiséis mamotretos sobre personalidades del mundo de la ciencia.

En el cénit de su madurez creativa se puso a escribir sobre el genial biólogo Vavílov. Entonces lo invitaron a pasarse por el KGB:

—¿Ignora, acaso, el camarada publicista que Vavílov fue arrestado acusado de espionaje? ¿Que falleció en un barracón del campo de internamiento? ¿Ah, lo sabe?… ¿Y, a pesar de ello, va a dedicarle un libro? ¿Qué pasa, no tenemos genios que hayan muerto en su propia

cama, o qué?…

—Uno o dos. Y para de contar —dijo Zaretski.

Así se iniciaron sus discrepancias con las autoridades. Al cabo de un año emigró.

Era una persona con talento y muy mal genio. Arrogante y grosero, por añadidura. Su avanzada edad y su pasado de disidente aupaban a Zaretski por encima de sus colegas más jóvenes.

A Móker sencillamente no lo saludaba. El administrador era para Zaretski un ser inferior.

Cuando hablaba con Baskin fingía un cándido estupor:

—¿De modo que es verdad que siente usted pasión por el hockey? ¿Escribía usted sobre esa cosa tan rara? ¿En la que se utilizan palos y arandelas, si no me equivoco?…

—Son discos, no arandelas —corregía Érik, sombrío.

A Drozdov, Zaretski solía preguntarle:

—Dígame, ¿no reconoce usted norma moral alguna? ¿Ni la más elemental? ¿Sería usted capaz de denunciar a su propio padre, por ejemplo? ¿Por cuánto?… ¿Mil rublos? ¿Y por veinte mil, lo haría o no?

Drozdov solía responder:

—No lo sé. Creo que no. Tengo mis dudas…

A mí Zaretski me trataba algo mejor. Aunque, por supuesto, me despreciara como a todos los demás. Sus infrecuentes cumplidos podían sonar aproximadamente así:

—He ojeado su artículo. Se menciona a Tolstói y a Dostoyevski. Parece que lee usted libros.

A duras penas lo aguantábamos. Pero Zaretski tenía su público. Por eso se le disculpaban tantas cosas.

Por otra parte, era un maleducado franco y sin doblez. Lo que no resulta tan grave, tratándose de un intelectual ruso…

Gurévich se ocupaba de la crónica política. Era un tipo discreto, concienzudo y competente. Ahora bien, carecía de audacia creativa. Gurévich era demasiado cauteloso en sus pronósticos. Casi todos sus análisis políticos terminaban con estas palabras:

«El tiempo lo dirá».

Un día le comenté:

—Tienes que ser más descarado. Atrévete a enunciar alguna hipótesis política discutible. Equivócate, joder, pero has de ser más atrevido.

—Lo intentaré —respondió.

Desde entonces, sus informes solían terminar con estas palabras:

«Ya veremos».

El matrimonio Lisovski se ocupaba de las secciones de teatro y cine. Tolia y Rita. Tolia era un chaval infantil, caprichoso y leído, con un buen inglés. Rita tenía un carácter voluntarioso y tenaz. Por raro que parezca, era el suyo un matrimonio feliz. Aunque Rita fuese unos veinte años mayor que su marido. En Leningrado yo la había conocido de joven.

Solo de Underwood

Una vez estabamos desayunando con los Lisovski en una pizzería. Rita salió para hacer una llamada. Tolia se puso colorado de repente y me preguntó:

—¿Es cierto que anduvo flirteando usted con mi mujer?

Contesté educadamente:

—Es cierto. Pero fue un año antes de que usted naciera…

Redactaban sus artículos con rapidez e inteligencia.

Sokolovski se ocupaba de la sección humorística. Era uno de los individuos más brillantes de la emigración. Escribía con maestría y con una asombrosa sutileza. Sátiras en verso, la mayor parte de las veces. O miniaturas de este estilo, más o menos:

Cruje el hielo en la aceras.
La nieve en la noche brilla.
Se congelan mis orejas…
mi nariz… y mis colgajos…
¡Y el dinero es mantequilla!

Aparte de los periodistas, por la redacción siempre aparecían algunos personajes de lo más inquietante. Todo género de vagos, desamparados, desengañados y echados a perder se juntaba con nosotros. Más aún cuando corrió la voz de que solíamos terminar la jornada bebiendo.

Venía Bélenki, el *entertainer*, que no había podido encontrar trabajo. Pero que sí había encontrado tiempo para aficionarse a la marihuana.

El exestraperlista Tiburón siempre aparecía en su taxi con la radio a cuestas. Relataba sus andanzas por Harlem y el Bronx. Solía decir, por ejemplo:

—América ama a los fuertes, a los valientes, a los que tienen sangre fría. Va para un año que practico kárate a diario. Llevo una Browning escondida debajo del asiento. Y una navaja en el bolsillo. Tengo los nervios como cables de acero. Una vez me pararon dos

negros. Dijeron no sé qué, en su jerga. Solo una palabra entendí: «dinero». Llevaba encima unos cincuenta dólares…

—¿Y cómo acabó la cosa? —le preguntamos.

—Les solté los cincuenta dólares y logré esfumarme, por suerte —concluyó, taciturno, Tiburón…

También solía aparecer Lemkus, el activista religioso. Aseguraba que dirigía un programa sobre el amor y la humildad cristiana en cierta misteriosa emisora de radio. Paralelamente, vendía parcelas de terreno en Rochester.

Baskin le preguntaba, desconfiado:

—¿Qué es eso de Rochester? ¿No será un cementerio?

—De eso nada —aseguraba Lemkus—, es un lugar fabuloso. Allí os podéis comprar un *bángalou* bien barato.

Esos «bángalou» sacaban de quicio a Érik.

El disidente en paro Karaváyev también solía pasarse por la redacción. Era un revolucionario nato, un individuo valeroso, abnegado y con mucho carácter. No en vano había pasado veinte años en los campos soviéticos.

Karaváyev odiaba al poder soviético y se enfrentó a la represión con valentía.

Contaba en su haber con nueve huelgas de hambre y trece meses en celdas de castigo.

En uno de aquellos procesos judiciales, preguntaron a Karaváyev:

—¿Nacionalidad?

—Preso —respondió.

Al final lo dejaron salir por intermediación de Kissinger. Y Karaváyev se encaró con la libertad.

La primera semana no paró de dar entrevistas a los periódicos occidentales. Después dictó varias conferencias. Publicó una decena de artículos en la prensa rusa del exilio. Versaban acerca de las ventajas de la democracia sobre el totalitarismo.

Seis semanas más tarde, Karaváyev había agotado todas sus ideas. Desde entonces no consiguió encontrar absolutamente nada que hacer.

No tenía trabajo. No se esforzaba en aprender el idioma. No parecía tener aptitudes para la literatura. No le apetecía convertirse en taxista.

Karaváyev era un héroe, nada más. Desgraciadamente, eso no es una profesión.

Odiaba el régimen soviético. Pero sin él, la vida de Karaváyev no tenía sentido. Bebía cada vez más. Creó, infatigable, varios partidos, ligas y alianzas. Redactó interminables manifiestos y declaraciones. Exhortaba a todos los que lo rodeaban a luchar por una nueva Rusia. También por una nueva América.

Todos sus escritos daban comienzo así:

«En una situación como la presente, con la democracia a punto de entrar en crisis, considero oportuno declarar…».

Sentíamos una profunda compasión por él.

En dos ocasiones, Karaváyev me llevó sus cuentos. Por alguna razón versaban sobre la vida de la aristocracia en el Moscú prerrevolucionario. No he podido olvidar, por ejemplo, esta frase:

«El barón levantó educadamente su elegante canapé de paja…».

(Aparentemente, el autor quería decir «canotier»).

Imprimir aquellos relatos era imposible, y menos en un periódico. Karaváyev se tomó aquello como una ofensa personal…

El que más raramente se dejaba ver era Skafar, el economista, que llevaba casi un año buscando novia. Consumía en ello todas sus energías. De momento, las agencias matrimoniales solo le habían ofertado mercancía caducada.

Tampoco es que el economista fuese el pretendiente ideal. Un extranjero, embutido en su chaqueta de piel de imitación, sin oficio conocido… Parecía poco probable que *mademoiselle* Brooke Shields se dejase encandilar por alguien así…

Llevábamos una vida bastante entretenida, aunque las nubes iban cubriendo poco a poco el horizonte.

EL PESO DE LA DEMOCRACIA

En la Unión nos teníamos por convencidos demócratas. Saludábamos a las señoras de la limpieza. Bebíamos con los electricistas. Y como era de esperar, odiábamos en silencio a los líderes. Aborrecíamos el totalitarismo. Nos sentíamos demócratas.

Finalmente, tomamos la decisión. Emigramos al Oeste. Llegamos, miramos a nuestro alrededor. Y pudimos ver con claridad que optar por la democracia no era suficiente. Como no es suficiente elegir un buen oficio creativo.

Hay que dominar el oficio. Es decir, aprenderlo. Y después desarrollar ese conocimiento.

Con la democracia pasa lo mismo. Porque la democracia es una fuerza poderosa, pero es también una pesada carga. En la redacción me fui dando cuenta de muchas cosas. Pude percibir, por ejemplo, la enorme debilidad de míster Reagan.

Obligar está prohibido. Ordenar está prohibido. Las cuestiones más banales se resuelven por votación. Pero lo peor es que todo el mundo se permite darte consejos. Y tú debes escucharlos. De otra forma, te

tacharían de autoritario…

En la Unión éramos todos tal para cual. Disponíamos incluso de una denominación semejante: «ideológicamente desubicado». Nos unían las penas, las desgracias y las dificultades compartidas.

En ese contexto, las diferencias eran apenas perceptibles. No tenían mucha relevancia.

Bastaba con no ser ni un chivato ni un chorizo. Eso ya era un logro en sí.

Ahora somos todos muy diferentes. Bajo nuestras barbas rebeldes han aparecido los más variopintos rostros. Hay, entre nosotros, liberales. Hay demócratas. Hay partidarios de la monarquía. Judíos ortodoxos. Eslavófilos y occidentalistas. Dicen que en Texas hay incluso un marxista. Y cada uno tiene su legítima, particular y valiosa opinión. Así que cualquier conversación se transforma rápidamente en un debate.

Para el verdadero capitalista todo es mucho más fácil. Los mecanismos de estímulo financiero están en sus manos. En cuanto a nuestros colaboradores, trabajaban prácticamente por la cara. Y si a un hombre no le pagas, por lo menos tienes que quererlo…

En resumen, que no era solo que la competencia nos presionase. No era solo que a veces al público le escandalizaran nuestras intervenciones. En la misma redacción había problemas de sobra.

Los acontecimientos se sucedían de forma caprichosa, desigual.

BUSINESS IS NOT VICE

Fuimos comprendiendo ciertas verdades de Perogrullo. El abecé de la producción capitalista. Entre otras cosas, descubrimos que el *business* no era un vicio en sí, que hacer negocios no es pecado. Para mí fue una auténtica revelación. Habíamos sido educados en esa idea.

En Moscú, solo carteristas y estafadores se tienen a sí mismos por «hombres de negocios». Conceptos como «agente de bolsa» o «businessman» están asociados con las rejas.

En cuanto al ambiente de la bohemia literaria, el desdén por el trabajo era allí manifiesto e inequívoco.

¡Somos poetas, artistas, gente del mundillo! ¡Una especie de despreocupadas alondras, sometidas a la inspiración! La noción misma de un cálculo tendente a la obtención de beneficio nos producía absoluta repugnancia.

Nos daba asco incluso pronunciar las palabras «débito» o «crédito». A nuestro juicio, el robo era moralmente superior al comercio.

Teníamos casi por un héroe a quien sustraía un rollo de polietileno de un taller. Pero el georgiano que vendía limones legalmente en un mercado era objeto de infinitas burlas desdeñosas.

Tengo la impresión de que la de «hombre de negocios» es una profesión seria y respetada en América. Exige inteligencia, perspicacia y notables virtudes morales. Un verdadero *businessman* sabe arriesgarse y perder. Conserva su presencia de ánimo cuando le toca fracasar. Y más todavía cuando le sonríe el éxito.

Estoy seguro de que el dinero no puede ser el objetivo en sí. Menos aún aquí, en América. Porque, ¿cuánto necesitaría uno para disfrutar de un absoluto bienestar? ¿Doscientos, trescientos mil? Hay gente aquí que maneja miles de millones.

Probablemente, el dinero ha llegado a ser equivalente de otros valores, de una clase más significativa. La suma dio como resultado una cifra. La cifra se transformó en un signo heráldico.

Un hombre de negocios inteligente no busca acumular dinero. Busca una completa y armónica correspondencia entre esfuerzo y resultados. Y su más visible emblema es la cifra…

En resumen, que necesitábamos un mánager con cualidades de especulador. Dicho con claridad, un buen administrador. Un hombre de negocios. Móker, en realidad, solo se ocupaba de cuestiones generales.

Contábamos con bastante experiencia periodística. Pero en lo que tocaba al equipo administrativo, la cosa pintaba mucho peor. Los competentes acababan en alguna sólida firma americana. Los incompetentes no nos servían de nada. Y resultaba imposible trabajar sin un buen gestor.

¡Pero había muchas otras novedades! En primer lugar, nos había quedado definitivamente claro que nuestro periódico era una mercancía. Se nos hacía difícil aceptar esa idea con resignación.

Juzguen ustedes… Nuestro amado, familiar, admirable periódico… El fruto de tantas noches en vela… El resultado de nuestro heroico esfuerzo colectivo… ¡Nuestra adorable criatura, nuestro vástago idolatrado! ¡Aquel inmortal alarido del espíritu!… ¿Una mercancía? ¿Como el salchichón?… ¿Como un arenque?…

Para nuestra desgracia, las cosas son realmente así. Podrías alumbrar la *Decimocuarta sinfonía*, el *Guernica* o *Anna Karénina*. Proyectar un hígado artificial, un láser o la bomba de hidrógeno. Ser un genio o ser un iluminado. Un consumado heresiarca o un héroe del trabajo. Carece de importancia. Todo fruto material resultado del esfuerzo humano acabará convertido en producto comercial indefectiblemente.

En la esfera del espíritu, Modigliani es un genio. Y el pintor

Guerásimov un hortera y una nulidad. Pero en el ámbito comercial, Modigliani es buena mercancía. Guerásimov, mala mercancía. Modigliani es rentable. Guerásimov, no.

Toda creación humana está sujeta a las leyes del mercado. Y esas leyes son universales. Rigen para Zaretski y para Miguel Ángel. Rigen para las tripas violáceas de ganso y rigen también para el semanario *El Espejo*…

Yo insistía:

—Sin un buen administrador, esto no va a salir adelante…

Baskin estaba de acuerdo conmigo:

—En tal caso, lo más urgente es deshacerse de ese holgazán de Móker…

DINERO FÁCIL

En diciembre, el *New Yorker* publicó mi relato. Efectivamente, me pagaron cerca de cuatro mil dólares.

Lynn Farber parecía emocionada y feliz. Yo también estaba contento, desde luego. Pero no tanto como había supuesto. Repito que llevaba demasiado tiempo esperando ese momento. En cuanto al dinero, naturalmente, llegó en el mejor de los momentos. Como siempre…

Todos me felicitaron. Decían que la traducción era expresiva y exacta. Luego me llamó el director. Dijo que querría seguir imprimiendo mis relatos en el futuro. Se interesó por mis asuntos.

Le dije:

—Discúlpeme, pero mi inglés es malo. Apenas serviría para expresar mis emociones. Me siento un idiota. ¿Me entiende, verdad?

El director contestó:

—Eso lo entiende hasta un americano.

Para nuestra sorpresa, gastamos de forma sensata el dinero cobrado en el *New Yorker*. Mi mujer adquirió a plazos un ordenador especial para composición tipográfica por nueve mil. Cubrió el primer pago.

Esperábamos que los editores rusos nos ofrecieran algún encargo. En Ardis estaba, por ejemplo, Carl Proffer. Y, efectivamente, enseguida ofreció a mi mujer un trabajo rentable.

Lynn Farber se apuntó a traducir otro relato. En esos mismos días, un agente literario se puso en contacto con ella. Dijo estar dispuesto a ocuparse de mis asuntos. Se interesó por si tenía algún libro acabado. Lynn Farber le contestó:

—Otros cinco, para abrir boca…

Charlie, se llamaba el agente. Le cogí cariño inmediatamente. En primer lugar, porque no era muy ceremonioso comiendo. Solía coger con las manos hasta los alimentos blandos.

Esto tenía gran importancia para mí. En los restaurantes suelo padecer un doloroso complejo de inferioridad. No sé comer como es debido. Los camareros me atemorizan. En resumen, que me siento como un intruso en una fiesta.

Pero con Charlie siempre me sentí cómodo. Aunque no hablaba ruso. No me pregunten cómo lo conseguí.

Por otra parte, era algo «rojillo», izquierdoso… Y nosotros, los refugiados rusos, somos de derechas del primero al último. Más a la derecha, como quien dice, solo puede haber una pared.

Así que yo era de derechas y Charlie era de izquierdas. Pero nos llevábamos de maravilla. Yo le preguntaba:

—Charlie, tú aborreces el capitalismo. ¿Por qué eres rico, entonces? ¿Por qué vives en la calle 74?

Y Charlie contestaba:

—En primer lugar, y lamentablemente, no soy tan rico. Aunque, en efecto, estoy en contra del capitalismo. Pero el capitalismo sigue ahí. Y mientras no desaparezca, se vive mejor siendo rico…

De joven, Charlie estuvo a punto de convertirse en un criminal. De hecho, fue juzgado. Por lo que tengo comprobado, de entre ese tipo de gente suelen salir los tipos más honrados… Yo le insistía:

—¡Gracias, Charlie, gracias! Pero no creo que saques mucho conmigo. Pese a ser americano, eres un idealista.

Y Charlie respondía:

—No tengas prisa por agradecerme nada. Llega primero al punto en que me sea rentable empezar a engañarte…

No dejaba de pensar: «¡Qué cosa tan rara! Un americano, un tipo que me habla en un idioma extraño, ¡y rojo, encima!…, me resulta más próximo y lo entiendo mucho mejor que a mis viejos conocidos. La comunicación humana es un misterio…».

CARTA DE ALLÁ

La carta llegó milagrosamente. La sacó de la Unión una heroica francesa. Que Dios, aunque no exista, la bendiga…

Esta muchacha saca clandestinamente manuscritos de la Unión. E introduce libros terminados. A veces hasta veinte y treinta ejemplares. Una vez, en el aeropuerto de Leningrado, no podía ni levantarse del

sofá.

Y nosotros quejándonos de los intelectuales occidentales…

Aquí tienen la carta. Omito varios párrafos de carácter personal. Más adelante se lee:

[…] Ahora, un par de palabras sobre el periódico. Es bonito, vivo, fresco, ingenioso. Tiene encanto y, por supuesto, buen humor, etcétera. Es decir, que exhibe muchas bondades.

Pero quisiera referirme a aquello de lo que carece. Y que, a mi modo de ver, se echa mucho a faltar en él.

Se echa en falta tu pasado. El tuyo y el nuestro. Nuestra risa y nuestro terror, nuestra paciencia y nuestra desesperación.

Tu emigración no es asunto particular tuyo. De otro modo no serías escritor, serías solo un inquilino. Dónde, no importa… En América, en Japón o en Rostov…

Escapaste para hablar de nosotros y de tu pasado. Lo demás son naderías. Lo demás solamente mancilla la dignidad de un escritor. Aunque puede que incremente sus posibilidades de alcanzar el éxito.

No te fuiste a la caza de unos vaqueros o de un coche de segunda mano. Te fuiste porque querías contar cosas. Pues bien, acuérdate de nosotros…

Dicen que os habéis convertido en americanos, libres, desenvueltos, dinámicos. Tan impetuosos como vuestros coches. Tan elocuentes como vuestras neveras. Dicen que os ocupáis de asuntos muy espinosos. Del tipo: ¿qué automóvil consume menos gasolina?

Nos reímos de esos rumores. Nos reímos, sin darles crédito. Todo eso es juego, fingimiento nada más. ¡Qué vais a ser americanos vosotros! ¡¿Brodski, del que estábamos hablando ahora mismo?! ¡¿Tú, a quien todos recuerdan junto a los quioscos de cerveza de la calle Razyézzhaya a la Chaykóvskogo y de la Stremiánaya hasta el Estado Mayor?! Imposible. Eso sí, como chiste es cojonudo.

Nunca serás un americano. Y tampoco lograrás huir de tu pasado. A ti te parece que son rascacielos lo que te rodea. Pero lo que te rodea es tu pasado. Es decir, nosotros. Poetas locos y artistas, borrachines y maestrillos, soldados y presidiarios.

Te lo diré de nuevo: acuérdate de nosotros. Somos muchos y seguimos vivos. Nos están matando, pero seguimos vivos y escribimos poesía.

En esta pesadilla, en este infierno, nos reconocemos sin necesidad de nombres. ¡Cómo lo hagamos es asunto nuestro!…

La carta me hizo reflexionar.

Hay un rasgo por el que se puede distinguir a un hombre noble de una vez y para siempre. Un hombre noble interpreta cualquier

desgracia como pago por sus propios pecados. Se culpa solo a sí mismo, no importa qué tragedia le haya acontecido.

Si su amada le ha sido infiel, el hombre noble dirá:

—Fui desatento y tosco. Anulaba su personalidad. Ignoraba sus problemas. Ofendía sus sentimientos. Fui yo quien la empujó a dar ese paso.

Si un amigo lo traiciona, el hombre noble dirá:

—Lo incordiaba con mi falsa superioridad. Me burlaba de sus faltas. Hería su vanidad. Yo mismo me hice traicionar…

¿Y si lo que ocurre es algo más incomprensible y bestial? ¿Si es la patria la que ha rechazado nuestro amor? ¿La que nos ha humillado y torturado? ¿La que ha traicionado nuestros intereses?

Entonces el hombre noble dirá:

—Uno no elige a su madre. Ella es mi única patria. Amo a América, la admiro, le estoy agradecido. Pero mi patria está allá, lejos. ¡Pobre, famélica! ¡Loca y ebria! ¡La misma que extravía, rechaza y asesina a sus mejores hijos! ¡¿Cómo tenerla por una madre tierna, bondadosa y alegre?!…

Cierto, los abedules crecen por todas partes. ¿En qué facilita eso las cosas?

La patria somos nosotros. Nuestros primeros juguetes. Las cazadoras remendadas y heredadas del hermano mayor. Los bocadillos envueltos en papel de periódico. Las niñas, con sus estrictas faldas marrones. La calderilla en el bolsillo de padre. Los exámenes, las chuletas… Los versos ridículos, espantosos… Los pensamientos suicidas… Un vaso de *agdam* en el patio… El tabaco de liar en la mili… La hija, las manoplas, los leotardos, el talón torcido de una bota minúscula… Los párrafos tachados en diagonal, zis zas… Los manuscritos, la milicia, el Departamento de Emigración…

Todo lo pasado es la patria. Y todo lo pasado quedará para siempre…

ANTES DE LA TORMENTA

Los nubarrones se acumulaban sobre la redacción. Larry Schwéitzer estaba cada vez más pesado y quisquilloso. Exigió revisar los materiales del periódico por anticipado. Por lo visto, se había hecho con algunos censores que leían ruso.

Podíamos sospechar de cualquiera de los autores que habíamos rechazado. Más tarde nos enteraríamos de que el responsable de aquello había sido Drozdov.

Solo de Underwood

Un día Larry Schwéitzer apareció por la redacción descontento y malhumorado. Preguntó:

—Tíos, ¿por qué tenéis que mencionar el cerdo? No es plato de gusto para los lectores judíos.

Dije que no entendía a qué se refería.

Larry desplegó el último número del periódico. Señaló el informe económico, escrito por Zaretski. Trataba de los problemas de la industria en la Unión. Particularmente, del hundimiento de la producción porcina…

—Pero Larry… —dije— ¡Si es un artículo de tema económico!

Schwéitzer se enfadó:

—Queda prohibido mencionar el cerdo. Sustituidlo por pescado relleno…

El periódico no rentaba. Las pérdidas no dejaban de aumentar. La situación se hacía cada vez más tirante.

Nos enteramos de que Drozdov había ido a ver a Bogoliúbov. Se mostró contrito y le pidió trabajo. Aseguraba que Baskin y Dovlátov lo habían arrastrado a la ciénaga del liberalismo. De resultas, algo le prometieron.

Baskin le dijo:

—¿Pero qué has hecho, sinvergüenza?

—¿Por qué? —se asombró Drozdov—. ¡No tiene nada de raro! Todos somos anticomunistas. Compartimos idénticos objetivos…

Yo dije:

—Tú no eres anticomunista. Eres un arribista. ¿Te parece que has cambiado de credo? ¡De eso nada! Has cambiado de amo. Lacayos hacen falta en todas partes. Nunca les falta trabajo.

Baskin manoteó, sin ganas de profundizar en el asunto:

—¡Hablar con este tío es perder el tiempo!…

Móker permanecía sentado en su sitio, sin intervenir. Sabía que Baskin buscaba deshacerse de él. Yo, en teoría, mantenía una postura neutral. Móker necesitaba aliados. Y solo podía contar con Drozdov.

Intervino entonces la mecanógrafa. Se conoce que Drozdov le había dado algún disgusto.

—Es inútil que razonéis con este individuo. No se va a enterar. Lo que los tipos como este necesitan es una buena azotaina.

—No deja de ser una idea —admitió, pensativo, Baskin.

Después tomó impulso y le largó a Drozdov un bofetón.

Móker y yo lo sujetamos por los brazos. Drozdov tuvo una reacción

completamente inaudita. Pareció transfigurarse de repente. Lleno de emoción, se dirigió a Érik:

—¡Tienes razón, compañero! ¡Toda la razón! Ha sido un error. Un error imperdonable. He cometido una estupidez…

—¿Veis lo que os había dicho? —apostilló, satisfecha, la mecanógrafa.

Todos permanecimos callados. El clima en la redacción era lóbrego y deprimente. La mejilla izquierda de Drozdov era lo único que ponía una nota de color en aquel escenario…

Yo meditaba: ¿qué está pasando aquí? Confieso que me daba mala espina el virulento anticomunismo que había tomado posesión de las mentes de los antiguos camaradas. ¿Dónde os habíais metido antes, arrojados publicistas? ¿Dónde teníais guardadas vuestras reveladoras denuncias? Siniavski y Guínzburg iban a la cárcel. ¿Dónde estabais vosotros entonces?

No hay heroísmo en criticar a Andrópov con el océano de por medio. Criticad a Bogoliúbov, si os atrevéis. Entonces sí que seríais dignos de admiración…

De pronto, se abrió de par en par la puerta y Gurévich gritó desde el umbral:

—¡Acaban de atentar contra Reagan!…

TRISTE MOTIVO

¡Dios, en qué país horrible vivimos!

La razón puede enfrentarse a un acto de terror político. Reconocer alguna lógica en las locas acciones de un chantajista, de un vengador, del fanático de una secta religiosa. Mostrarse comprensiva analizando los motivos de un asesinato por celos. Ponderar cualquier humano impulso.

El terror político siempre se fundamenta en alguna idea poderosa. En la idea de la autodeterminación nacional, por ejemplo. O en la idea de la justicia social. O en la de la universal bienaventuranza.

Las ideas en sí mismas pueden tener cierta dignidad, ser nobles ideas incluso. Lo que provoca un irrestricto rechazo son solo las formas aberrantes de llevar a la práctica esas ideas.

Estamos dispuestos a considerar al terrorista político persona fanática, cruel, totalmente ajena a nuestro modo de ser… Pero persona, al fin y al cabo.

Estamos dispuestos a criticar su programa. A discutir sus ideas. A intentar salvarlo, aunque su alma se haya extraviado… Intentamos

explicar cualquier fechoría mediante el recurso a la imperfección de la naturaleza humana. Pero lo que ocurre en América está más allá de ese límite pasado el cual nuestras ideas acerca del bien y del mal dejan de tener sentido.

¿En nombre de qué había optado por el crimen John Hinckley? Los motivos, tal como se exponen en la instrucción del caso, son asombrosamente mezquinos.

Conocemos el dictamen de su examen psiquiátrico. John Hinckley fue considerado responsable de sus actos. Es decir, era una persona normal.

Un joven americano le pega un tiro al presidente para llamar la atención de una mujer casi desconocida. ¡El país donde esto se hace costumbre amenaza ruina!

Algo no funciona en la vida americana…

Se puede llegar a ser estrella de la pantalla o escritor destacado. Famoso deportista o científico eminente. Importante hombre de negocios o político. Todo eso exige inteligencia, aptitud y paciencia infinitas.

Pero se puede obrar de otro modo. Se coge una pistola y le da uno al gatillo. ¡Y ya está! Tus rasgos engalanarán las portadas de todos los periódicos americanos. Todo el país hablará de ti. Aunque no durante mucho tiempo. Hasta la siguiente fechoría sangrienta nada más…

¡Algo no funciona en la vida americana! La policía italiana libera, en medio de graves dificultades, al general Dozier. América entera lo celebra. ¡Nos han devuelto al general secuestrado! ¡¿Y ahora qué?! En Irán unos estudiantes toman rehenes. Lo que da lugar a un humillante regateo. Finalmente, se consigue rescatar a los atormentados diplomáticos pagando un rescate. Los americanos los reciben bajo palio. Corren ríos de champán…

¡El prestigio de América está por los suelos! Sus diplomáticos se contentan con que no los liquiden a tiros, como a los patos.

El general Dozier informa a su mujer:

—¡Me siento maravillosamente bien!

En ese mismo instante yo me sentí hecho polvo. Pobre país aquel a cuyos adalides se secuestra en pleno día. Un general no es un caniche. A los generales hay que cuidarlos…

Bien sabe Dios que hemos sido conquistados por América. Por su generosidad y por su nobleza. Sin embargo, algo no funciona aquí…

Una mujer se ahoga en el río Potomac. Un valiente se arroja desde el puente y saca a la ahogada. ¡Gloria al héroe! ¡Hurra!

Acto seguido le rinden un homenaje clamoroso. La prensa, la radio y la televisión le dedican ditirambos. *Mistress* Bush le cede su sillón junto a la Primera Dama.

Se dice que pronto rodarán una película sobre el suceso.

Más adelante, un musical…

¿A qué viene tanto alboroto? La mitad de la población masculina de Odessa se atribuye idénticas proezas…

Solo de Underwood

Hace alrededor de diez años salvé a uno que se estaba ahogando. Lo saqué hasta la orilla, en el mar Negro.

Entonces vivíamos en un campus deportivo universitario. El entrenador se me acercó y dijo:

—En la formación vespertina hablaré de ti, Dovlátov.

Aquello me hizo ilusión. Había una gimnasta que me gustaba. Se llamaba Liuda. Pero aún no había encontrado la manera de dirigirme a ella. Y ahora… ¡Menuda suerte!

Llegó la formación vespertina. Dijo el entrenador:

—¡Dovlátov, un paso adelante!

Salí. Todos me miraron. Incluyendo a Liuda. El entrenador continuó:

—¡Fijaos bien! Un barrigón prominente, el cuello poco desarrollado… Nadar, nada como una plancha de hierro… ¡Y a pesar de todo ha salvado a un compañero!…

Después de aquello, no me atrevía ni a mirar a Liuda.

¿Qué está ocurriendo en América? ¿Se considera normal la locura? ¿Los gestos más normales se consideran hazañas?

Pese a mi irreligiosidad, suelo repetir:

—¡Haz, Señor, que América recapacite! ¡Deja que se fortalezca, sin tener que pasar por nuestra horrorosa experiencia! ¡Incúlcale el instinto de conservación! ¡Haz que abandone esa nefasta indolencia!

¡No dejes que dude, que desespere, que olvide que vivimos en un país maravilloso!

DESDE AMÉRICA CON AMOR

Pasaron otros dos meses. Otro relato mío fue aceptado por el *New Yorker*. Al mismo tiempo, Charlie empezó a negociar un contrato con una editorial decente. Es decir, que algo importante estaba ocurriendo. Y yo en lo único que pensaba era en el periódico… Aunque también me decía a mí mismo: «Tus sueños han empezado a cumplirse…».

En los años sesenta fui un literato primerizo con enormes

pretensiones. Mi ambición era inversamente proporcional a mis concretas posibilidades. Por decirlo así, la carencia de oportunidades me daba derecho a considerarme un genio no reconocido. Todos mis amigos razonaban de forma parecida. Pensábamos: «¡Publicaremos en el Oeste y todo el mundo sabrá que somos unos tipos brillantes!…».

Ahora estoy en el Oeste. Por el momento no me he convertido en un genio. Alguna que otra ilusión se ha desvanecido. En cambio, parece que me voy transformando en un literato americano de nivel medio. Uno más de los muchos literatos americanos de origen ruso.

Me temo que mis amigos en Rusia todavía vivan de ilusiones. Está claro que allí las posibilidades no se han multiplicado. Por tanto, el número de genios no reconocidos habrá aumentado notablemente.

Hacía tiempo que quería escribirles algo de este jaez:

¡Queridos míos!

Me gustaría ser breve. Así que vayamos al grano. A los asuntos literarios que nos ocupan.

Para que os enteréis, América no es el paraíso. La verdad es que aquí hay de todo, malo y bueno. Porque la libertad no tiene ideología. La libertad favorece lo mismo al bien que al mal. La libertad es como la luna, que ilumina indiferente el camino al depredador y a su presa.

Después de haber volado sobre el océano, seguimos alejados del paraíso.

No me refiero a las salchichas ni a los vaqueros. Me refiero a la literatura, únicamente…

El primer editor ruso con el que os tropecéis en el Oeste os dirá:

«No tienes suficiente prestigio. No eres Solzhenitsyn ni Brodski. Tu libro no garantiza beneficios. ¿Quieres publicarlo a tu costa?…».

El primer editor americano se explicará con mucha mayor delicadeza:

«Tu libro es una maravilla. Pero ya hemos publicado acerca de los campos de concentración. Acerca de los estraperlistas. También acerca de los disidentes. ¿Por qué no escribes algo humorístico, ambientado en el Antiguo Egipto?».

No os quedará siquiera el postrer consuelo del fracasado. No tendréis derecho a considerarlo una ofensa mortal. Porque la literatura está aquí en manos del editor, no del Estado. El editor invierte su propio dinero. ¿Cómo no ser prudente y calculador?

Un editor me dijo:

«Publicaste en el Oeste mientras vivías en la Unión Soviética. Podías haber acabado tranquilamente en la cárcel o en un manicomio. En esos casos la prensa occidental suele montar barullo. Lo que favorece el incremento de las ventas. Pero ahora mismo estás en libertad. Y con tu actual estilo de vida es dudoso que acabes en prisión. Así que aplazaremos la edición de tu libro hasta mejor ocasión…».

Eso fue lo que me dijo: «Hasta mejor ocasión».

Es decir, hasta que me encierren en alguna cárcel americana…

Y, sin embargo, os acabarán publicando. En ruso y en inglés. Porque hay cerca de cien editoriales rusas y decenas de miles americanas. Siempre habrá editores convencidos de que Ian Fleming escribe mejor que Tolstói.

Tarde o temprano os publicarán. Y tenéis que estar preparados para eso. Porque vuestras fantasías de genio no reconocido se desvanecerán en ese mismo instante.

Me temo que muchos de vosotros acabaréis siendo escritores de nivel medio. No hay que preocuparse por eso. Solo la gente vulgar teme quedarse a medio camino. La mayor parte de las veces, lo más importante sucede precisamente en esa franja de terreno…

Y otra advertencia. Cuando os encontréis en el Oeste, nunca acabaréis de tener claro dónde está vuestro público. ¿Para quién y sobre qué escribiréis? ¿Sobre Rusia para los americanos? ¿Sobre América para los rusos?

El caso es que escribís para vosotros mismos. Para alguien a quien conocéis bien y que os es muy cercano. Para el monstruo que os observa con aversión cuando os peináis ante el espejo…

En resumen, que vuestra tarea consiste en echar las redes. Sin importar quién caiga en ellas: obrero americano, burgués francés, disidente moscovita o chivato del KGB…

Sé que no os va a resultar fácil. Sé que han cambiado las condiciones de la elección.

Antes había que elegir entre el entusiasmo soviético y el apoliticismo. Entre una carrera en el Partido o el monasterio del propio espíritu.

Antes había dos caminos. O llevar los relatos a un censor o esconderlos en el cajón de la mesa. Ahora todo es diferente. En el Oeste hay decenas de revistas y misceláneas literarias rusas. Y decenas de editoriales publican libros rusos.

Así que hay que elegir entre la esclavitud y la libertad. Entre la protesta silenciosa y la franca autoafirmación. Entre la

mudez y el habla…

No es nuestro propósito incitar a la rebelión. No tenemos derecho a exigir valentía a los demás. Elegir es asunto de cada cual.

Sin embargo, es preciso hacerlo. ¿Cómo? El «cómo» es tarea vuestra, preocupación nuestra.

Con amor y respeto,
Serguéi Dovlátov

CUESTA ABAJO

La atmósfera en la redacción se iba caldeando. Baskin y Drozdov no se hablaban. Yo le daba la tabarra a Vília Móker exigiéndole mayor disciplina. Repitiéndole que el periódico moriría sin un buen administrador.

América es, efectivamente, la tierra de las infinitas posibilidades. Y una de ellas es la quiebra.

Larry Schwéitzer se puso bastante agresivo. Criticaba todo que hacíamos. Por lo visto, el periódico le acarreaba graves pérdidas.

Solo de Underwood

Un día Schwéitzer entró en la redacción diciendo:

—Gastáis demasiado papel fotográfico. Es caro. ¿Por qué no hacéis las fotos en cartulina normal?

Nos quedamos pasmados.

—¿Có… cómo?

—Por lo menos, podríais intentarlo —insistió Schwéitzer…

Las diferencias personales se inmiscuían en la actividad productiva.

Un día entró en la redacción la concubina de Drozdov, Marina. Sin decir palabra, escupió a nuestra secretaria, Emma, que inmediatamente le derramó a Marina un café caliente por encima. Las mujeres se pusieron a pelear llenas de rabia e impotencia. Todos, excepto Drozdov, intentaron separarlas. Más tarde, nos explicó:

—En los asuntos entre mujeres, yo no me meto…

Marina gritó al salir, tapándose los arañazos de la mejilla:

—¡Ojalá arda esta puta redacción!…

El ambiente se volvió delirante. Una simbiosis entre comunismo y barbarie. La comida era comunal. Los bolígrafos, los cigarrillos y los portafolios eran comunales. Salarios no había…

Pero las relaciones se deterioraron completamente. Como decía aquel, un enemigo es un antiguo amigo.

Hasta Baskin y yo acabamos enfadados el uno con el otro. Él me tenía por un intelectual apocado y lánguido. Y yo a él por un tirano dogmático y de pocas luces.

Algo tenía que pasar.

A todo esto, cuanto peor era el cariz que tomaban las cosas en el periódico, mejor discurrían mis asuntos en lo que a la literatura americana se refiere. En abril firmamos el contrato para un libro.

FUEGO

A las cinco de la madrugada me despertó una llamada telefónica.

Una voz enérgica preguntó:

—¿Es usted del periódico ruso?

—Sí.

—¡Aquí la policía! ¡Hay un incendio!

—¿Dónde? —no acababa de entenderlo.

—En la redacción del periódico. Preséntese urgentemente en el lugar del suceso.

¡Lo que faltaba!…

Me puse los pantalones y corrí a por Érik. Estaba al corriente de todo. Se había puesto el traje. Llevaba incluso corbata. Hasta tiempo de afeitarse había tenido el muy fantoche…

En el ascensor nos encontramos con Móker. También a él lo habían llamado.

Drozdov vivía en el ala contigua. Para hacerlo más rápido, decidimos pasar por la azotea.

Liova nos recibió semidormido, en camiseta y calzoncillos. Por la noche descuelga el teléfono.

—¿A dónde os lo lleváis? —bramó Marina—. ¡Sinvergüenzas! Se pasa día y noche currando. Ayer no apareció hasta las tres de la madrugada… O sea, hoy…

Pero ya íbamos bajando. Drozdov se abrochó el impermeable sobre la marcha.

Decidimos coger un taxi. Desde nuestra casa hasta el metro hay más de un kilómetro.

Solo conseguimos localizar un coche en las inmediaciones del

bulevar Queens. Tardamos en llegar a la redacción unos cuarenta minutos. El conductor tuvo que repostar por el camino.

Había dos furgones rojos a la entrada. Los bomberos, con cascos y botas de pesca fumaban junto a ellos. A sus pies, las mangueras se agitaban negras y húmedas como culebras.

Junto a la puerta había un policía. Nos dirigimos hacia él.

—No os alarméis, muchachos —dijo—. El incendio está extinguido. Habéis tenido suerte de tener el burdel justo enfrente. Las chicas trabajan las veinticuatro horas del día… Detectaron el fuego y llamaron al instante. Podrían no haberlo hecho… Pero el trabajo de esas jovencitas es pesado y monótono… Al fin y al cabo, un incendio es una pequeña distracción…

El policía llamó al ascensor. Se le veía bastante tranquilo. No sabría decir si optimista o indiferente…

El local de la redacción estaba lleno de agua. Pedazos de papel a medio quemar flotaban en mitad de los charcos. Trozos de cable colgaban de las paredes renegridas. Había un asqueroso olor a chamusquina mojada. El cuerpo plástico de la linotipia había ardido. Del sofá y los sillones solo quedaban algunos bastidores carbonizados. Los teléfonos se habían fundido. Los cristales estaban rotos.

En la redacción había tres policías más. Nos llevaron a un rincón a cada uno y nos interrogaron escuetamente. Mejor dicho, nos tomaron los datos. Aparte de eso, solo me hicieron dos preguntas. La primera fue:

—¿Ejerce usted alguna actividad antigubernamental?

Lo primero que se me ocurrió contestar fue: «¿De verdad piensa usted que, si la ejerciera, iba a…?».

Pero solo dije:

—No.

El policía preguntó entonces:

—¿Qué opina usted? ¿Ha sido intencionado? ¿Sospecha de alguien? ¿Quién podría haberlo hecho? ¿Tienen rivales? ¿Enemigos ideológicos?

Le dije:

—No tengo enemigo ideológico alguno. Básicamente, porque carezco de ideología.

—Es todo —dijo el policía—, puede irse. Investigaremos el asunto. Preséntense mañana en esta dirección.

Y me tendió una tarjeta de visita.

Volví a mirar el local. El sofá y los sillones estaban fuera de su sitio. Los ennegrecidos restos, quiero decir. Detrás del sofá se había quedado tirada la caja del radiador.

A mis colegas también les dieron suelta. Salimos a la calle.

Observamos a los bomberos enrollando las mangueras. Decidimos desayunar y tomar un café en cualquier sitio.

Baskin lucía en la frente una negra mancha de hollín. Le ofrecí mi pañuelo. Érik sacó el suyo…

Todos estábamos hundidos. Aunque Drozdov apuntó, cautelosamente:

—Eh, tíos, ¿y si todo hubiera sido para bien? ¡Saldremos renovados de entre las llamas!…

—Cálmate —le dijo Móker.

Entramos el café más cercano. Pedimos algo directamente en la barra.

Móker encendió un cigarrillo y dijo:

—¿Y si todo hubiese sido obra de Bogoliúbov? ¿Qué creéis que le hubiera costado contratar por cuatrocientos dólares a un delincuente cualquiera?

Baskin lo interrumpió:

—Mis sospechas son otras. ¿Qué opináis del KGB?

—¡Eso es! —exclamó Drozdov—. ¡Hay que contárselo a la policía! Hasta podríamos sugerir que Bogoliúbov y el KGB han obrado en comandita. Estoy casi seguro de que ha sido así… No, seguro al cien por cien…

Me giré hacia Drozdov y le espeté:

—¿Querrías comportarte decentemente una sola vez en tu vida? ¿Podrías contestar sinceramente una sola pregunta? ¿Pasaste la noche con alguna golfa en la redacción?

Drozdov se encogió de forma ridícula. Sus ojos echa-ron a correr asustados.

Largó como una ametralladora:

—¿Qué quieres decir con que si «pasé» la noche? Me fui antes de las dos… ¿Qué tiene eso de raro?

—O sea que… estuviste en la redacción, anoche…

Frotándose las manos, Drozdov soltó una risita.

—¿Y qué tendrá eso que ver, viejo? ¡Vale, sí, estuve! Vamos a suponer que estuve… No somos ángeles… Ninguno de nosotros, quiero decir… El caso es que la tía… Uf, es algo fantástico… Tiene el culo como una estufa…

—Una estufa… —repitió Baskin con aire pensativo—. ¡¿La estufa?! Es decir… ¡¿la estufa…?!

Su cara expresaba un intenso ejercicio de reflexión. Se le dilataron las pupilas. Dos manchas purpúreas brotaron en sus mejillas.

—¡Te dejaste el radiador encendido! ¡Hijoputa! ¡Echaste un polvo y te largaste! ¡Desgraciado!

—Y encima del radiador colgaba la cortina… —añadí.

—Chitón —dijo Móker—, el camarero nos observa.

—¡Que le den por culo al camarero! —gritó Baskin—. ¡Voy a estrangular a esta rata!…

Drozdov repetía:

—¡Chicos! ¡Chicos! ¡Estaba desmadrado!… ¡Mi primer amor, como quien dice!… Me dejé llevar…

Baskin emitió un rugido sordo.

Pregunté a Móker:

—Supongo que el ordenador estaba asegurado… ¿No lo estaba?…

—Pues… ¿Cómo te lo explicaría yo?… Digamos que… —arrancó Móker. Luego calló.

El rugido de Baskin se transformó en una risita entrecortada y temblorosa.

Yo dije entonces:

—Vamos a echar un trago…Tenemos que echar un trago… Es necesario que tomemos algo… Si no lo hacemos… habrá víctimas. Tenemos que echar un trago y separarnos. Temporalmente, por lo menos… En caso contrario, estrangularé a Móker… Y Érik a Liovka…

—¿Voy a por vodka? —sugirió Drozdov lacónicamente.

—Voy contigo —se ofreció Móker.

Me parece que fue la primera vez que le vi ocuparse de algo común y corriente. Aunque también puede ser que le diera miedo quedarse con nosotros. No lo sé…

Aportamos un dólar cada uno. Vília y Drozdov se fueron.

No había nada de qué hablar. Érik decidió telefonear a su mujer y salió. Poco después regresó y dijo:

—Me voy.

Acto seguido llamó al camarero y pagó. Ni siquiera nos despedimos. Pasé allí un par de minutos más y decidí marcharme también.

No debía beber. A la una estaba citado con Lynn Farber…

Salí a Broadway. En la misma acera había un puesto de bolsos y paraguas. Bajo un altavoz, un negro monumental mezclaba una baraja de naipes resplandecientes.

El humo de los braseros ascendía hasta los cielos. De los *sex shops* brotaba un penetrante olor a caramelo. Innumerables transistores inundaban el aire con un barullo de *jazz*.

Caminaba entre rumores y gritos. Formaba parte del gentío y, sin embargo, me sentía un extraño. ¿Puede ser que todo el mundo experimente algo parecido aquí? ¿Es posible que sea este el principal secreto de América? ¿Saber ser uno más entre los demás?

¿Conservando, al mismo tiempo, los afectos personales?…

Hoy me veía dispuesto a disolverme entre aquel gentío. Pero mañana todo podría cambiar.

He pasado muchos años combatiendo en defensa de la vida y de la razón. El instinto de conservación me fue de gran ayuda. Y puede que a estas alturas todavía tenga un alto concepto de la vida. Pero mañana tocará pensar en el futuro.

Sí, soñaba con echar raíces en América. Pero no pretendía que me quisieran. Menos aún, que me tolerasen sin quererme.

Soñaba con la humana indiferencia. Con ese profundo desinterés que representa la única forma indiscutible de reconocimiento. ¿Llegaré a conseguir algo parecido?

Sentir cariño por esta ciudad que me salvó la vida no me parece suficiente. Lo que me gustaría ahora sería sentir indiferencia por ella…

Me detuve ante el escaparate de Barneys. Los rostros de los maniquíes resplandecían apáticos, indiferentes.

Permanecí allí apenas un minuto y volví a sumergirme entre el gentío, que me engulló sin curiosidad alguna. Soplaba un viento templado y húmedo. Bajo el asfalto se percibía el estruendo del metro. Las calles laterales parecían inexplicablemente desiertas. Un camión maniobraba dificultosamente en un callejón sin salida.

Caminé hacia adelante, contemplando a todos aquellos a cuyo encuentro me dirigía.

Nueva York, 1984

APÉNDICE

ÍNDICE DE NOMBRES Y AUTORES CITADOS EN *OFICIO*

ANDRÓPOV, Yuri Vladímirovich (1914-1984). Político soviético. Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética desde el 12 de noviembre de 1982 hasta su muerte, quince meses más tarde.

ÁRDER, Ott (1950-2004). Poeta, traductor y autor de literatura infantil estonio.

ÁRIEV, Andréi Yúrievich (1940). Crítico literario e historiador de la literatura. Redactor jefe, junto a Yákov Gordin [*Vid.*] de la revista *La Estrella*. Fue compañero de curso de Dovlátov en la facultad de Filología y uno de sus amigos más íntimos en la época.

ARISTÁRJOV. Es probable que se aluda al director Víctor Fiódorovich Áristov (1943-1994). En 1991 fue galardonado con el Oso de Plata en el Festival Internacional de Cine de Berlín por su película *Satanás*.

BAKINSKI, Víktor Semiónovich (1907-1990). Presidió la Alianza Literaria Central, un seminario para escritores jóvenes vinculado a la sucursal leningradense de la Unión de Escritores, entre cuyos fundadores se hallaba Margarita Stepánovna Dovlátova, tía del escritor. Le antecedieron en el cargo Gor [*Vid.*] e Isráil Métter [*Vid.*].

Baskin, Érik. Ver: RUBIN, Yevgueni Mijáilovich.

BATCHÁN, Aleksandr (*Lisovski, Tolia*) (1953-2000). Periodista y crítico de cine en *El Nuevo Americano*. Rompió con su pareja, Natalia Sharímova [*Vid.*], y con el propio Dovlátov, a quien juzgaba incapaz de ser redactor por su falta de competencia en inglés. Fue colaborador de *La Voz de América* y *Liberty*.

BEZÚBOV, Valeri Ivánovich (1929-1991). Historiador de la literatura, especialista en la obra de Leonid Andréyev.

BÍTOV, Andréi Gueórguiyevich (1937). Uno de los más importantes escritores rusos de su tiempo. Su más conocida novela, *La casa Pushkin*, no fue publicada por Ardis hasta 1978, pero circulaba en *samizdat* desde 1971. Hay edición española (Tusquets, 1991).

Bogoliúbov. Ver: SEDIJ, Andréi.

BORÍSOVA, Inna Petrovna (1930). Crítica literaria y redactora en

la revista *Novy Mir* (1964-1994).

BRODSKI, Iósif Aleksándrovich (1940-1996). Nacido en Leningrado, de familia judía, abandonó tempranamente los estudios y se dedicó a los más diversos oficios. En la época del «deshielo» de Jrushchov participó en numerosas lecturas públicas, convirtiéndose en objetivo de la persecución de las autoridades. Publicó su primer libro, *Versos y poemas*, en Nueva York en 1965. En 1972, siete años después de su pintoresco proceso judicial, fue expulsado de la URSS, residiendo desde entonces y hasta su muerte en los Estados Unidos. Nunca fue amigo íntimo de Dovlátov, aunque ambos se admiraban mutuamente como autores. Una magnífica introducción a su obra puede encontrarse en la antología *No vendrá el diluvio tras nosotros(1960-1996)*, traducida por Ricardo San Vicente (Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2000).

BUCHWALD, Arthur «Art» (1925-2007). Humorista y comentarista norteamericano, ganador del premio Pulitzer y autor de más de treinta libros. Conocido fundamentalmente por su columna de sátira política en *The Washington Post*, que llegó a ser publicada en más de 550 periódicos distintos de toda la nación.

Charlie [«Charlie, se llamaba el agente…»]. Ver: WYLIE, Andrew.

DANINI, Maya Nikoláyevna (1927-1983), leónov, Alekséi Danílovich (1929-2005) y arró, Vladímir Konstantínovich (nacido en 1932) fueron autores reconocidos en el Leningrado de la época, tanto en círculos literarios oficiales como en la «escena cultural paralela».

DAR, David (1910-1980). Pseudónimo del notable escritor de ciencia ficción rusa y maestro de varias promociones de escritores de la época David Yakolévich Rivkin. Casado con Vera Panova [*Vid.*].

DASKAL, David (*Schwéitzer, Larry*). El personaje de Larry Schwéitzer reúne rasgos de los dos hombres de negocios que participaron en la edición de *El Nuevo Americano*: Arthur Abba Goldberg [*Vid.*] y David Daskal. Dueño de una compañía de transporte de mercancías, Daskal fue también el propietario de la editorial Russica, en la que fueron publicadas obras de Marina Tsvetáyeva, Nina Berbérova, Mijaíl Bulgákov, Andréi Sedij y de muchos de los emigrados de la «tercera ola»: Iósif Brodski, Serguéi Dovlátov y Eduard Limónov, entre otros. Aunque no leía ruso, Daskal desaprobaba la actitud frívola y escandalosa que reinaba en *El Nuevo Americano*. Cuando el periódico pasó a ser de su propiedad, exigió que la temática fuera exclusivamente judía (en *La marcha de los solitarios* Dovlátov asegura que fue Daskal quien prohibió mencionar el cerdo en el periódico).

DELIÁNICH, Ariadna (no *Adriana*) Ivánovna (1909-1981). Periodista y escritora, emigrada en 1920.

DERZHAVIN, Gavrila Románovich (1743-1816). Poeta y

académico, uno de los creadores del primer diccionario ruso.

DLUGOLENSKI, Yákov Nóyevich (1936). Historiador y autor de cuentos infantiles con soldados, marinos y guardias de fronteras como protagonistas. En los últimos tiempos su principal dedicación ha sido la de cronista y biógrafo de los más famosos generales del Imperio Ruso.

Drozdov. Ver: ORLOV, Alekséi Gueórguiyevich.

DRUSKIN, Lev Savélievich (*Riskin, Liova*) (1921-1990). En la edición de 1978, Dovlátov se refiere al personaje como «Liova Druskin». Poeta, traductor y conocido disidente leningradense. Después de la confiscación de sus diarios en 1980, tuvo que emigrar. En 1984 publicó *El libro salvado*, memorias de los años 1930-1960. A su vez, el apellido «Riskin» se corresponde con el de uno de los colegas de Dovlátov en el semanario *El Nuevo Americano*, el periodista Grigori Isaákovich Riskin (1937-2012).

Dudkó. En los *Cuadernos*, inéditos en español, la anécdota es protagonizada por una «mujer guapa y no muy joven», la responsable de la sección de crítica en la revista *La Estrella*, que se apellida «Dudkó». El amigo de la sección de prosa, a su vez, se apellida «Titov», y no «Chirkov». Efectivamente, un tal Aleksandr Titov trabajó en la sección de prosa de *La Estrella* entre los años 1960 y 1970. La edición de 1978 de *El libro invisible* esconde a ambos bajo las iniciales V. B. y V., respectivamente. Las iniciales V. B. están acompañadas por una nota a pie de página: «No cito el apellido. Se trata de una buena persona». Dovlátov utiliza el apellido «Dudkó» en varias ocasiones más. En *La maleta*, el levantador de pesas Dudkó asiste a la inauguración de una estación de metro. En *Los nuestros*, el teniente Dudkó se encuentra con un cadáver, una moto destrozada y cuatro borrachos, entre ellos el hermano mayor de Dovlátov, Borís.

ÉTKIND, Yefim Grigórievich (1918-1999). Filólogo, traductor y uno de los teóricos de la traducción más destacados de la URSS. La obra a que se hace referencia es *Maestros de la traducción al verso ruso* (2 vv., Leningrado, Sovetski Pisatel, 1968). Fue uno de los tres testigos de la defensa durante el proceso de Brodski en 1964. Entre 1972 y 1973 participó en la edición de las *Obras* del poeta en *samizdat*. Mantenía contactos con Solzhenitsyn y Sájarov y custodió en su casa una copia de *Archipiélago Gulag*. En 1974, Étkind fue privado de su puesto en el Instituto Pedagógico, de su grado de doctor y finalmente de su ciudadanía. Sus libros fueron retirados de bibliotecas y librerías.

Farber, Lynn. Ver: FRYDMAN, Anne.

FEDIN, Konstantín Aleksándrovich (1982-1977). Novelista ruso, representante cualificado del realismo socialista.Presidente de la Unión de Escritores desde 1956, participó activamente en la persecución de sus colegas Pasternak, Solzhenitsyn y Siniavski.

Ninguna de las distintas generaciones literarias en ejercicio logró sustraerse a sus paternales cuidados.

FRYDMAN, Anne (*Farber, Lynn*) (1947-2009). Hija de inmigrantes judíos de Polonia, fue poeta, traductora e historiadora de la literatura rusa. Se graduó en Sarah Lawrence College y se doctoró en Literatura y Lengua Rusas en la universidad de Columbia. Enseñó en Columbia, Princeton y Johns Hopkins. Tradujo al inglés tres libros de Dovlátov: *El compromiso, La zona* y *Los nuestros*. Asimismo tradujo el poema n.º 394 de *Los cuadernos de Voronezh* de Osip Mandelstam, en colaboración con Jean Valentine, y *A su lado: los últimos años de Isaac Babel*, de Antonina Pirozhkova. Estuvo casada con el escritor Stephen Dixon.

GALUSHKO, Tatiana Kuzmínichna (1937-1988). Poeta e historiadora de la literatura. Especialista en la obra de Pushkin.

GOLDBERG, Arthur Abba (*Schwéitzer, Larry*) (nacido en 1940). El personaje de Larry Schwéitzer reúne rasgos de los dos hombres de negocios que participaron en la creación de *El Nuevo Americano*: Arthur Abba Goldberg y David Daskal [*Vid.*]. Goldberg fue el financiero y promotor inmobiliario al que, según Dovlátov, Borís Métter conoció en un ascensor. Su participación en el semanario se limitó a la parte financiera y las relaciones públicas. En los años ochenta, su talento inversor en Wall Street le ganó apodos como «Abba Dabba Do» o «Abba Cadabra». Aparte de desarrollar proyectos para los inmigrantes soviéticos en los estados del Oeste, Goldberg se dedicó a promover «alternativas espirituales» y «terapias de curación» para homosexuales judíos. Fue condenado por fraude masivo y corrupción en 1987.

GOR, Genadi Samóilovich (1907-1981). Poeta y escritor, acusado de «formalismo». Entre sus discípulos literarios figuraron Andréi Bítov, Borís Vajtín y Valeri Popov.

GORBOVSKI, Gleb Yákovlevich (1931). Poeta, autor de canciones y libretista. Protagonista de numerosas y muy divulgadas anécdotas, fue una de las personalidades más notables de la vida bohemia de su época.

GORDIN, Yákov Arkádievich (1935). Historiador, dramaturgo y redactor jefe de la revista *La Estrella* (junto con Andréi Áriev). Su padre, el historiador de la literatura Arkadi Moiséyevich Gordin, es mencionado en *Retiro* como un acreditado experto en la obra de Pushkin.

GORODNITSKI, Aleksandr Moiséyevich (1933). Geofísico, poeta y cantautor ruso.

GRACHOV, Rid Iósifovich (1935-2004). Fue uno de los autores más peculiares de su generación. Entusiasmada con sus cuentos, Vera Panova [*Vid.*] insistió en que no los publicara sueltos en revistas,

previendo que, editados en una recopilación, causarían un mayor impacto. Al final, el libro *Donde está tu casa* fue editado en 1967, pero Grachov ya había desarrollado manía persecutoria contra Panova y otras figuras literarias de la época. Estaba convencido de que los críticos utilizaban contra él magia negra (o magia blanca, dependiendo del grado de maldad de cada uno). En 1967, Iósif Brodski escribió una «Carta de protección contra el mal de ojo», dedicada «al mejor de los literatos rusos de nuestro tiempo». En 1970, Rid Grachov tuvo que dejar de escribir por razones de salud.

GRANIN, Daniíl Aleksándrovich (1919-2017). Escritor y dramaturgo leningradense. Considerado durante mucho tiempo como un ejemplo de valentía y honestidad, en la actualidad algunos historiadores de literatura lo hacen personalmente responsable del destierro de Iósif Brodski en 1964y de la falsificación de su propia biografía. En la edición de 1978 de *El libro invisible*, «el ricachón N.» es identificado como Granin. Su novela *Urofue* publicada en español por Planeta, en la colección Grandes Autores de la Literatura Soviética Contemporánea (Barcelona, 1987).

GUBIN, Vladímir Andréyevich (1934-2003). Empleado de la empresa estatal del suministro de gas de Leningrado, en la que trabajó durante toda su vida, era ya un literato prometedor cuando se incorporó a los Ciudadanos. Sus relatos eran leídos en la radio y aparecieron en varias revistas, entre ellas la famosa *Prostor*, de Alma-Ata. Participó en los talleres literarios dirigidos por David Yákovlevich Dar, padrastro de Borís Vajtín.

GUERÁSIMOV, Aleksandr Mijáilovich (1881-1963). Pintor y presidente de la Academia de Artes de la URSS, laureado con cuatro premios Stalin. En 1949, dirigió el desmantelamiento del Museo de Arte Moderno Occidental, donde se exponían obras de Cézanne, Picasso, Matisse, etc.

GUÍNZBURG, Aleksandr Ilich (1936-2002). Periodista y director de *Sintaksis*, una de las más importantes revistas *samizdat*, fue sentenciado tres veces a penas de trabajos forzados como disidente. Autor del libro blanco del proceso Siniavski-Daniel. Fundador del Grupo Helsinki de Moscú, encargado de supervisar el cumplimento por parte de la URSS de los acuerdos de Helsinki de 1975. En 1979 Guínzburg y otros cuatro presos políticos fueron intercambiados por dos agentes del KGB y conducidos bajo escolta a Nueva York.

GURÉVICH, Leonid Abrámovich (1932-2001). Guionista, director y crítico de cine.

Gurévich. Ver: STERN, Lev.

IVANOV, Borís Ivánovich (1928-2015). Escritor y periodista. Redactor de la revista literaria *samizdat Chasy* (1976-1990). En 1968 fue expulsado del Partido como autor de una carta colectiva contra el

proceso de Guínzburg y Galánskov, también editores de *samizdat*. Ejerció los oficios típicos entre los disidentes; fue marinero, técnico de calderas, vigilante nocturno en una fábrica. Paralelamente, editaba literatura no oficial y organizaba exposiciones, seminarios y eventos musicales y teatrales del *underground* leningradense.

JÉIFETS, Mijaíl Ruvímovich (1934). Historiador y periodista soviético, emigrado en 1980 y actualmente ciudadano israelí. En 1974, fue denunciado por su amigo y vecino Valeri Voskobóinikov [*Vid.*] y condenado a cuatro años de reclusión en un campo de trabajo y a dos años de destierro, como autor del prólogo para la edición clandestina de las *Obras* de Brodski.

JMELNÍTSKAYA, Tamara Yúrievna (1906-1997). Traductora, crítica e historiadora literaria, discípula de Yúri Tiniánov, Borís Eijenbáum y Víctor Shklovski.

JOLODENKO, Valeri Aleksándrovich (1945-1993). Escritor leningradense y uno de los discípulos predilectos de David Dar [*Vid.*]. En 1978, la publicación de *El libro invisible* en Tel Aviv provocó la indignación de Dar, recién emigrado a Israel, que «inundó Leningrado con incitaciones a pegar» a Dovlátov. Dar explicó esa «campaña internacional» en una de sus cartas: «Sentí que en el libro se ofendía a Volodia Gubin, a Yura Shigashov, a Jolodenko». (Малоизвестный Довлатов. Сборник. Довлатов Сергей. Последний чудак История одной переписки. с. 277).

JRUSHCHOV, Nikita Serguéievich (1894-1971). Dirigente de la Unión Soviética durante una parte de la Guerra Fría. Desempeñó las funciones de primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética (1953-1964) y de presidente del Consejo de Ministros (1958-1964). Jrushchov fue responsable de la desestalinización parcial de la Unión Soviética, de impulsar el programa espacial soviético y de varias reformas relativamente liberalizadoras en materia de política interna. Fue apartado del poder en 1964.

KAPLINSKI, Jaan (1941). Poeta, ensayista y traductor estonio. Unt y Kaplinski estudiaban filología en Tartu. En 1980 los dos firmaron la «Carta de los cuarenta», documento colectivo de los intelectuales estonios contra la política rusificadora.

Karaváyev. Ver: KOSTSINSKI, Kiril.

KATÁYEV, Valentín Petróvich (1897-1986). Escritor soviético. Combatió como artillero en la Primera Guerra Mundial y, durante la guerra civil, estuvo en el frente de Ucrania. Durante los años 50 y 60, Katáyev dirigió la revista *Yunost* (Juventud), donde promocionó exclusivamente a los autores más inofensivos, Yevtushenko entre ellos. En castellano han sido publicadas sus novelas *Los malversadores* (Seix Barral, Barcelona, 1961), *Una vela solitaria* (Alborada, Madrid, 1988) y la comedia *La cuadratura del círculo* (Signo, Madrid, 1937).

KATERLI, Nina Semiónovna (1934). Periodista, escritora y activista en defensa de los Derechos Humanos.

KEMOKLIDZE, Guérbert Vasílievich (1939-2016). Escritor satírico. Compañero de curso de Dovlátov en la facultad de Filología. Tras acabar los estudios en Leningrado, se instaló en Yaroslavl, donde pasó toda su vida. Escribía en ruso. Nunca conoció al poeta Narovchátov.

KLÉPIKOVA, Yelena Konstantínova (1942). Periodista y crítica literaria, coautora (junto con su marido, Vladímir Isaákovich Soloviov) de numerosos libros de biografía y de memorias sobre sus conocidos y contemporáneos, Dovlátov y Brodski entre otros. En los años setenta fue redactora de la revista *Aurora*. En 1977, Klépikova y Soloviov emigraron a los EE.UU. En varios textos autobiográficos, Soloviov confiesa haber sido informante del KGB.

KONETSKI, Víctor Víctorovich (1929-2002) y bazunov, Oleg Víctorovich (1927-1992), escritores leningradenses, eran hermanos.

KOSTSINSKI, Kiril (*Karaváyev*). En *Sergei Dovlatov and His Narrative Masks*, p. 184, Jekaterina Young concluye que el trasunto de Karaváyev es Kiril Kostsinski (seudónimo de Kiril Vladímirovich Uspenski, 1915-1984). Dovlátov menciona a Uspenski en varias ocasiones. Durante la guerra K.V.U. fue explorador paracaidista. En la URSS pudo publicar cinco libros basados en su experiencia militar. Fue detenido en 1960, denunciado por su amigo, el escritor Valentín Pikul. Condenado a cinco años de trabajos forzados por propaganda antisoviética, pasó cuatro de ellos en Mordovia. Emigró a los Estados Unidos en 1978. La obra de su vida fue un diccionario de la jerga de los campos de trabajos forzados.

KOZLOV, William Fiódorovich (1929-2009). Escritor y guionista soviético. Su verdadero nombre era Vil, en honor de Vladímir Ilich Lenin, pero lo cambió por Williams o William siendo adolescente. Renunció también a su patronímico, Ivánovich, y a su apellido, Nadtochéyev, que evidenciaba el origen aristocrático de su familia paterna. En los 1970 dirigió la sección de prosa de *Aurora*. En 1990 firmó una carta patriótica con otros setenta y tres literatos «contra el sionismo y la rusofobia».

KUDROVA, Irma Víktorovna (1929). Historiadora literaria, especialista en la obra de Marina Tsvetáyeva. En 1957 participó en la redacción del documento «Toda la verdad sobre Hungría», que criticaba la intervención soviética. Entre 1964 y 1977 fue redactora de *La Estrella*.

KUMPÁN, Yelena Andréyevna (1938-2013). Poeta. Autora de unas memorias (2005) en las que aparecen Iósif Brodski, Aleksandr Gorodnitski, Yuri Lotman, Tamara Jmelnitskaya y otros personajes de la época.

Kuráeva, Elvira. Ver: MIJÁILOVA, Elvira Petrovna.

Lemkus. Ver: MORGULIS, Mijaíl Zinóvievich.

Lerman. Ver: LURIÉ, Samuíl Arónovich.

Lisovski, Tolia y *Rita*. Ver: SHARÍMOVA, Natalia Yakóvlevna y BATCHÁN, Aleksandr.

LOMONÓSOV, Mijaíl Vasílievich (1711-1765). Científico, escritor, teórico y patriarca de la literatura rusa. Hijo de campesinos pomor (colonos rusos de las costas del mar Blanco), escapó de casa con diecinueve años y se dirigió caminando hasta Moscú, donde recibió su primera formación académica. Más tarde sería estudiante en Kíev, Marburg y Freiberg. Elaboró el sistema de «tres estilos» —bajo, mediano y elevado—, adecuados para los distintos géneros literarios.

LÓSEV, Lev Vladímirovich (1937-2009). Poeta e historiador de la literatura. Entre 1962 y 1975 fue redactor de *La Hoguera*. Emigró a EE.UU. en 1976. Trabajó en Ardis. Fue profesor de literatura rusa en la Universidad de Dartmouth. Autor de *Joseph Brodsky: A Literary Life* y del libro de ensayos autobiográficos *Meandro*, publicado póstumamente en ruso en 2010.

LOTMAN, Yuri Mijáilovich (1922-1992). Semiólogo. Debido en parte a su condición de judío y al clima antisemita dominante en el estalinismo tardío (el «complot de los médicos» data de 1948), tuvo que conformarse con una plaza de profesor en Estonia, donde se formó bajo su magisterio la Escuela de Tartu, que gozó de enorme prestigio durante los años sesenta y setenta, principalmente por sus estudios de semiótica de la cultura.

LURIÉ, Samuil Arónovich (*Lerman*) (1942-2015). Escritor, historiador y crítico literario. Sus críticas, ensayos y obras de ficción fueron publicados en *La Estrella, Neva* y otras revistas. Utilizaba en su escritura una constricción emparentada con la de Dovlátov, en cuyas frases es sabido que nunca aparecían dos o más palabras que comenzaran por la misma letra. Lurié, por su parte, seguía en su prosa la norma de la poesía clásica rusa: terminar cada frase alternativamente con una palabra llana o aguda. El «Lerman» de la edición de 1985 se corresponde con el Lurié de la edición de 1978 en todas sus apariciones.

MARAMZÍN, Vladímir (Vladímir Rafaílovich Katsnelsón, nacido en 1934). Autor de varios libros infantiles, fue arrestado en 1974 como responsable de la edición mecanografiada de la poesía de Iósif Brodski en cinco volúmenes. Sus cómplices fueron el literato Mijaíl Jéifets [*Vid.*] y el traductor Yefim Étkind [*Vid.*]. También fue declarado culpable de la divulgación clandestina de obras de Andréi Platónov [*Vid.*]. En 1975, después de una condena condicional, emigró a Francia, donde editó la revista *Eco* (1978-1986). En 2016 publicó *The Fame Bearer*, primer volumen de una trilogía memorialística sobre la emigración rusa.

MARLINSKI. Seudónimo del escritor romántico, participante en la revuelta decembrista, Aleksandr Aleksándrovich Bestúzhev (1795-1837).

MÉTTER, Borís Iósifovich (*Móker, Vília*) (1939). Periodista. Sobrino de Isráil Moiséyevich Métter [*Vid.*], mencionado en la primera parte de *Oficio*. Emigrado en 1978. Según los testimonios de Dovlátov y de Yelena, su mujer, fue Métter quien sugirió la idea de editar un periódico para los «nuevos americanos», como se denominaba a los inmigrantes en la New York Association for New Americans.

MÉTTER, Isráil Moiséyevich (1909-1996). Matemático, guionista y escritor. Dovlátov, que frecuentaba su seminario, recordaba que era Métter quien le había convencido de elegir la literatura como oficio. Tío de Borís Iósifovich Métter, trasunto de Vília Mócker..

MIJÁILOVA, Elvira Petrovna (*Kuráeva, Elvira*) (1943). El apellido real de la editora de Éesti Ráamat es Mijáilova, y así se refiere a ella Dovlátov en la edición de 1978. Elvira Petrovna Mijáilova es traductora y fue discípula de Yuri Mijáilovich Lotman en la Universidad de Tartu.

MINCHKOWSKI, Arkadi Mirónovich (1916-1982). Dovlátov se refiere a él en *Los nuestros*: «Minchkovski, después de unos cuantos tragos, dijo: «Donat, imagínate, he sido informador». (Altera, Barcelona, 2008, pp. 88-89). Su verdadero apellido era Minchikovski. Su hermano mayor era el escritor y crítico teatral Yevgueni Mirónovich Min (1913-1983). Una situación parecida se reconoce en la anécdota sobre los hermanos escritores Danchkovski y Danch en *La maleta*, aunque el trágico final de Danch no tiene nada que ver, afortunadamente, con el de Min.

Móker, Vília. Ver: MÉTTER, Borís Iósifovich.

MOLDAVSKI, Dimitri Mirónovich (1921-1987). Folclorista y crítico literario. Redactor jefe de la Segunda Asociación Artística de los estudios cinematográficos Lenfilm durante los años 1960-1970.

MORGULIS, Mijaíl Zinóvievich (*Lemkus*) (1941). Emigrado en 1977, vecino de Dovlátov y prototipo de Lemkus, personaje de tres de sus novelas cortas: *El periódico invisible, La extranjera* y *Filial*. Conocido como editor, escritor, teólogo, activista evangélico, cónsul honorario de Bielorrusia en Florida, creador del concepto «diplomacia espiritual» y presidente de una fundación del mismo nombre, redactor de la emisora *Radio Transmundial* y consejero del presidente Bush (hijo) para asuntos relacionados con Ucrania, Bielorrusia y Rusia.

MZHANAVADZE, Vasili Pávlovich (1902-1988). Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Georgia entre 1953 y 1972.

NAIMAN, Anatoli Guénrijovich (1936). Poeta, novelista, crítico y

traductor. Después de haber estudiado ingeniería, formó parte del grupo de jóvenes poetas leningradenses reunidos bajo el magisterio de Anna Ajmátova, de quien fue secretario y a quien dedicó el libro memorialístico *Recordando a Anna Ajmátova*. El trabajo de Naiman como crítico, biógrafo y traductor (de Leopardi, los poetas provenzales y T. S. Eliot, entre otros) ha eclipsado a menudo su propia poesía. *Lions & Acrobats* (Zephyr Press, 2005, ed. bilingüe ruso-inglés) es la más accesible antología de su obra.

NALBALDIÁN, Dimitri Arkádievich (1904-1993). Pintor. Conocido principalmente por su trabajo como retratista de gala de los líderes soviéticos y autor de pinturas de género en el estilo del realismo socialista.

NAROVCHÁTOV, Serguéi Serguéyevich (1919-1981). Poeta y periodista soviético. En 1933, junto con su madre, se instaló en Magadán, donde estaba preso su padre. Debutó como poeta dos años después, en el periódico *Kolýmskaya Pravda*. En 1974-1981 fue redactor jefe de la revista *Novy Mir*. En 1973 firmó una carta colectiva contra Sájarov y Solzhenitsyn. Traducciones al castellano de sus poemas pueden consultarse en *Poesía soviética* (edición de Justo E. Vasco, Arte y Literatura, La Habana, 1987).

OJAPKIN, Oleg Aleksándrovich (1944-2008). Poeta religioso. Desde 1966, participante en el seminario de David Dar. En 1970 fue contratado por la mujer de este, Vera Panova, como secretario literario. Desde los años 1980 hasta su muerte estuvo en tratamiento psiquiátrico.

OKUDZHAVA, Bulat Shálvovich (1924-1997). Cantautor de origen georgiano. Uno de los símbolos de la época del «deshielo». Su padre, miembro del Partido Comunista de Georgia, fue arrestado en 1937, durante la Gran Purga, y ejecutado bajo la acusación de ser espía nazi. Su madre fue arrestada también y pasó dieciocho años (1937-1955) en el gulag. En la edición de 1978, Dovlátov asegura haber compuesto la bibliografía dedicada al escritor Aleksandr Guérmanovich Rozen (1910-1978).

ORLOV, Alekséi Gueórguiyevich (*Drozdov*) (1938). Perio-dista. Uno de los fundadores de *El Nuevo Americano*. En 1976 emigró a los EE.UU. con su madre, la musicóloga Aleksandra Orlova, y su tía, la crítica literaria María Shneyersón (ambas serían colaboradoras habituales del semanario). Como la mayoría de los emigrados, Orlov tuvo ocasión de intentar los oficios más variopintos, desde conducir un taxi hasta cuidar conejos en un laboratorio médico. Pudo conocer a Dovlátov en Leningrado, donde trabajó en el mismo boletín fabril que Vladímir Maramzín.

PANOVA, Vera Fiódorovna (1905-1973). Una de las escritoras más influyentes de su tiempo. Tres veces galardonada con el Premio Stalin.

Madre del escritor y sinólogo Borís Vajtín. Casada en terceras nupcias con David Dar [*Vid.*]. En 1967 sufrió una hemorragia cerebral y quedó inválida. Desde entonces contrataba secretarios literarios, y uno de ellos fue Dovlátov.

PANTELÉYEV, Alekséi Ivánovich, más conocido como Leonid Panteléyev (1908-1987). Coautor (junto con Grigori Grigórievich Belij) de *La república ShKID* (1927), novela autobiográfica tremendamente popular en la Unión Soviética, a pesar de haber permanecido prohibida hasta 1960. La novela trata de la vida en un internado para niños vagabundos y delincuentes, la «escuela Dostoyevski», abierta en Petrogrado a principios de los años veinte del pasado siglo. Los dos protagonistas, Grigori Chernij y Lionka Panteléyev, y otros personajes de la novela, estaban inspirados en personajes reales.

PETKÉVICH, Inga Grigórievna (1935-2012). Escritora y guionista. La primera esposa de Andréi Bítov.

PLATÓNOV, Andréi (Andréi Platónovich Kliméntov, 1899-1951). Escritor soviético. Inició su carrera literaria como corresponsal de guerra en el Ejército Rojo. Sus obras fueron prohibidas por su posición escéptica respecto a la colectivización. Entre sus títulos traducidos al español destacan *Dzhan* (Alianza, Madrid, 1973), *La excavación* (Alfaguara, Madrid, 1990), *La patria de la electricidad y otros relatos* (Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1999) y la distopía *Chevengur* (Cátedra, Madrid, 2009). Fulgencio Pimentel publicará próximamente en español la primera edición recuperada e íntegra de *Dzhan*, con una nueva traducción de la que fue su traductora original hace cuarenta y cinco años, Amaya Lacasa. De Andréi Platónov dijo Iósif Brodski: «Imagínese que el español o el inglés hubiesen desaparecido: solo entonces podría surgir un Platónov. Su obra se enlaza con la unidad del alma, o más bien con la eternidad del hombre y de su naturaleza, pero no con tradición alguna. […] A los demás autores los podría definir de un modo u otro, pero a Platónov lo veo como un hombre que por primera vez separa los labios. Y por eso lo considero un autor profundo, el más profundo».

POPOV, Valeri Gueórguiyevich (1939). Guionista y escritor. Actual presidente de la Unión de Escritores de San Petersburgo. Biógrafo de Dovlátov para la serie de televisión *Vidas de personalidades eminentes*, la más antigua y famosa en Rusia. Como biógrafo, su actitud no difiere mucho de la mantenida en relación con sus contemporáneos por Bogoliúbov, el entrañable cascarrabias de *El periódico invisible*.

POPOVSKI, Mark Aleksándrovich (*Zaretski*) (1922-2004). Escritor y periodista. Biógrafo de Nikolái Vavílov [*Vid.*].

PROFFER, Carl Ray (1938-1984). Filólogo, traductor y editor estadounidense. Tras viajar a la URSS, en 1969 fundó junto a su

esposa, Ellendea C. Proffer, la editorial Ardis Publishing, durante dos décadas la más importante editorial de literatura rusa en los Estados Unidos, tanto en ruso como en inglés. Proffer publicó estudios sobre Gógol y Nabókov y unas memorias, *The Widows of Russia* (1984). Conoció a Dovlátov durante un viaje a la URSS en 1977 y fue el primero en publicar las obras del escritor en Occidente.

RAYEVSKI, Borís Márkovich (1920-1984). Autor soviético especializado en literatura infantil.

REIN, Yevgueni (1935). Poeta y prosista ruso. En los años sesenta formó parte del círculo de los discípulos de Anna Ajmátova, que una vez fallecida su mentora pasaron a autodenominarse «huérfanos de Ajmátova». Los otros tres miembros del grupo fueron Iósif Brodski [*Vid.*], el «pelirrojo», Anatoli Naiman [*Vid.*] y Dimitri Bóbishev (nacido en 1936), cuya ausencia en *El libro invisible* no deja de ser curiosa. Brodski comparaba a los miembros del grupo con cuatro poetas del siglo xix, y Rein era, a su parecer, la viva encarnación de Aleksandr Pushkin.

RUBIN, Yevgueni Mijáilovich (*Baskin, Érik*) (1929). Periodista deportivo muy reconocido en el Moscú de su tiempo. Emigrado en 1977, Rubin se instaló en Nueva York y empezó a trabajar en la emisora *Liberty*, donde conoció a Dovlátov. Fue uno de los fundadores de *El Nuevo Americano*, pero abandonó el periódico tras la aparición del número diez, en el que figuró como redactor jefe.

Riskin, Liova. Ver: DRUSKIN, Lev Savélievich.

SAGALOVSKI, Naum Iósifovich (*Sokolovski*) (1935). Poeta satírico, emigrado en 1979. Lector asiduo de *El Nuevo Americano*, Sagalovski envió a la redacción del periódico desde Chicago, donde se había instalado, una carta con un poema satírico. El poema entusiasm a Dovlátov, que propuso a Sagalovski colaborar con el periódico. Para editar su libro de poemas *Paladín en piel de judío* (1982) Dovlátov creó una editorial, Dovlatov´s Publishing. En 1985, la editorial Sintaksis de Andréi Siniavski y María Rózanova editaría *La marcha de los entusiastas*, un tríptico que contenía trabajos de Sagalovski, Dovlátov y Vágrich Bajchanián.

SAJARNOV, Sviatoslav Vladímirovich (1923-2010). Redactor jefe de *La Hoguera* entre 1970 y 1980.

Schwéitzer, Larry. El personaje de Larry Schwéitzer reúne rasgos de los dos hombres de negocios que participaron en la edición de *El Nuevo Americano*: Arthur Abba Goldberg [*Vid.*] y David Daskal [*Vid.*].

SEDIJ, Andréi (*Bogoliúbov*). Seudónimo de Yákov Moiséyevich Tsvibak (1902-1994). Director de *Nóvoye Rússkoye Slovo* (*La Nueva Palabra Rusa*), trasunto del *Palabra y Obra* de *El periódico invisible*. Emigrado desde 1919, secretario de Iván Bunin, literato y memorialista. Yelena Dovlátova trabajó como correctora y linotipista

en el diario de Sedij hasta que la despidieron por su condición de esposa de un periodista de la competencia. Antes de que estallara el conflicto, Dovlátov pudo publicar en *La Nueva Palabra Rusa* un artículo dedicado al poeta Vladímir Úfliand [*Vid.*]. Cuando murió Glasha, la fox terrier de Dovlátov, al escritor le regalaron un basset de tres meses de edad. Dovlátov llamó al cachorro Yasha, en honor de Yákov Moiséyevich.

SHAPIRO, Isráil (*Shapiro, Izia*). Los hermanos Shapiro, Isráil y Solomón, y sus esposas, Yudita y Svetlana, eran vecinos y amigos de los Dovlátov. Izya Shapiro es uno de los personajes recurrentes en *Solo de IBM*.

SHARÍMOVA, Natalia Yakóvlevna (*Lisovski, Rita*) (nacida en 1937 o en 1946, hay discrepancia entre las distintas fuentes). Periodista, fotógrafa y crítica teatral. Amiga de Dovlátov en Leningrado, emigró en 1977. Dovlátov solía quejarse de su conducta irresponsable, pero valoraba su talento para relacionarse con famosos, desde Andy Warhol y Woody Allen hasta viejas amantes de Vladímir Mayakovski. Pareja de Aleksandr Batchán [*Vid.*], trasunto de Tolia Lisovski.

SHIGASHOV, Yuri Nikoláyevich (1941-2002). Poeta y cuentista leningradense, discípulo de David Dar.

SHÓLOJOV, Mijaíl Aleksándrovich (1905-1984). Novelista soviético. Exponente destacado de la «cultura soviética» y Premio Nobel de Literatura en 1965. Sus obras han sido traducidas a más de treinta idiomas. En España fue conocido sobre todo como autor de *El Don apacible*, publicado por primera vez en la editorial Planeta en 1966. Persisten hasta el presente distintas teorías sobre la verdadera autoría de sus obras.

Shulkévich. Dovlátov solía barajar apellidos para nombrar a sus personajes. En uno de los editoriales de *El Nuevo Americano*, recogidos en *La marcha de los solitarios*, libro inédito en español, Dovlátov hace protagonista de la anécdota a su «vecino Grigoróvich», algo menos precavido, puesto que solo sacó de Leningrado «dos cortes de tela de ratina» («Новый американец», n.º 52, 3-9 февраля 1981 г.). El apellido Shulkévich, a su vez, aparece en otro texto del mismo libro. Se trata del que será más adelante colega de Dovlátov en *Noticias* (periódico de Yevgueni Rubin) y en la emisora *Liberty*, el «buen periodista Vasili Shulkévich» («Новый американец», n.º 24, 25 июля - 1 августа 1980 г). Shulkévich, cuyo verdadero nombre es Yuri Benziónovich Dulerain (nacido en 1939), vivió en Kíev hasta su emigración en 1973.

SINIAVSKI, Andréi Donátovich (1925-1997). Escritor y crítico literario. Acusado, junto al también escritor Yuli Daniel, de propaganda antisoviética en 1966, fue condenado a siete años de cárcel, en un proceso cuya repercusión lo hizo famoso en Occidente.

Liberado en 1971, en 1973emigró a Francia con su esposa María Rózanova. En castellano han sido publicadas sus memorias, *La voz del coro*, firmadas con el seudónimo de Abram Terz (Plaza y Janés, Barcelona, 1978) y la novela autobiográfica *¡Buenas noches!* (Versal, Barcelona, 1985). Siniavski y Rózanova son los prototipos del prosaico Beliákov y de Daria, su mujer, en *Filial*. Escritos suyos pueden consultarse en los cinco números de la edición española de la revista *Continente*, así como en el n.º 4 de la revista *Diwan*.

SKULSKI, Grigori Mijáilovich (1912-1987). Escritor soviético, autor de cuentos de tema bélico. Después de la guerra se instaló en Tallin. En 1949, durante una de las campañas antisemitas, acusado de «cosmopolita sin patria», su obra dejó de publicarse. Su hija, la poeta y memorialista Yelena Skúlskaya (nacida en 1950), trabajó con Dovlátov en el periódico *Estonia Soviética*.

Sokolovski. Ver: SAGALOVSKI, Naum Iósifovich.

SOLOVIOVA, Inna Natánovna (1927). Historiadora y crítica teatral y literaria. En 1966 firmó la «Carta de los escritores de Moscú» en apoyo a Andréi Siniavski y Yuli Daniel.

STERN, Lev (*Gurévich*) (1932-2009). Traductor y periodista, emigrado desde 1977, que se incorporó al semanario después de abandonar *La Nueva Palabra Rusa*, junto con Piotr Vail y Aleksandr Guenis. En *El Nuevo Americano* era el responsable de la crónica política. Publicaba bajo el seudónimo de Aleksandr Galperin.

SVETLOV, Mijaíl Arkádievich (1903-1964). Poeta y dramaturgo soviético, autor de «Granada», poema de gran popularidad en su época, traducido al español en 1933 por Rafael Alberti. En 1927-28 imprimía en su casa un periódico ilegal, *Comunista*, y organizaba veladas poéticas en las que recolectaba dinero para las familias de los presos políticos. A pesar de todo, esquivó las represalias. En 1956, confesó a Varlam Shalámov: «Puede que sea un mal poeta. Pero nunca denuncié a nadie». Poemas suyos se hallan recogidos en las antologías *La poesía ruso-soviética*, de Rimma Kazakova (versiones de José Raúl Arango, Plaza & Janés, Barcelona, 1978) y *Poesía soviética* (Arte y Literatura, La Habana, 1987).

TAMM, Aksel (1931). Editor, escritor, traductor y crítico literario estonio.

Tróitski. Ver: VAINBERG, Valeri Yakovlévich.

TRULL, Iván Ivánovich (1929). Escritor estonio. Autor de literatura infantil y periodista, locutor en un programa de radio dedicado a la jardinería. Su padre, molinero, fue fusilado como enemigo del pueblo, y su madre, represaliada. En 1960 se graduó en la Universidad de Tartu, en la cátedra de Literatura Rusa, dirigida por Yuri Mijáilovich Lotman. Durante muchos años fue instructor del Comité Central del Partido Comunista de Estonia.

TURÓNOK, Guénrij Frántsevich (1925-1995). Fue director del periódico *Estonia Soviética*. Tras la desaparición de la URSS, se radicó en Moscú. Murió poco después de leer *El compromiso* y *Oficio*, ambas incluidas en los tres volúmenes de las obras de Dovlátov editadas en 1995.

ÚFLIAND, Vladímir Iósifovich (1937-2007). Poeta, escritor, artista y traductor. Su primera publicación apareció en Ardis en 1978.

UNT, Matti (1944-2005). Escritor y director teatral estonio.

URBÁN, Adolf Adólfovich (1933-1989). Historiador y crítico literario, especialista en poesía contemporánea. Redactor de *La Estrella*.

VAINBERG, Valeri Yakovlévich (*Tróitski*) (1945). Emigrado con su familia en 1958, se estableció en los Estados Unidos en 1964. Vainberg empezó a trabajar en *La Nueva Palabra Rusa* con dieciocho años, simultaneando los cargos de chico de los recados y maquetista. Cuando en 1973Andréi Sedij se convirtió en director, lo nombró director ejecutivo, y acabó por convertirse en propietario del periódico en 1988. Yevgueni Rubin [*Vid.*] describía a Vainberg como «una persona incapaz de escribir correctamente tres frases».

VAJTÍN, Borís Borísovich (1930-1981). Escritor, dramaturgo, sinólogo y traductor de poesía china. Hijo de la escritora Vera Panova. Miembro del grupo Ciudadanos.

VAVÍLOV, Nikolái Ivánovich (1887-1943). Botánico y genetista. Arrestado en 1940, por su oposición a las teorías de Trofim Lisenko, protegido de Stalin, murió en la cárcel dos años y medio después, aquejado de una distrofia muscular provocada por la desnutrición.

VESELOV, Viacheslav Vladímirovich (1937-2003). Estudió filología en la Universidad de Leningrado (en la época, Universidad Zhdánov), matriculándose allí en 1959, el mismo año que Dovlátov. Anteriormente había cumplido el servicio militar en las Fuerzas Aéreas. Aterrizó en el Polo Norte en varias ocasiones. Trabajó como periodista y redactor, y escribió varias colecciones de relatos sobre aviones, aviadores y exploradores.

VETEMAA, Enn (1936-2017). Poeta, narrador y compositor estonio.

VINKOVETSKI, Yákov Arónovich (1938-1984). Experto en mineralogía, pintor y poeta. Emigrado en 1975.

VOLF, Serguéi (1935-2005) fue uno de los personajes emblemáticos del Leningrado literario de los años sesenta. Destacó como autor de historias para adolescentes, que llegaron a tener tiradas de cientos de miles de ejemplares, y de escabrosas miniaturas rimadas, que a menudo circulaban como folclore urbano. Volf ha confirmado que, durante su primer encuentro en un restaurante, rechazó leer los

cuentos de Dovlátov, y ha expresado su arrepentimiento tanto por el rechazo como por no haberlo invitado a compartir el vodka. Más tarde, Volf sería compañero de Dovlátov en el parque Púshkinskiye Gori, siguiendo la recomendación del historiador Vladímir Guerásimov (1935-2005), prototipo del Mitrofánov de *Retiro*.

VOLODIN, Aleksandr Moiséyevich (1919-2001). Popular dramaturgo y guionista cinematográfico.

VOSKOBÓINIKOV, Valeri Mijáilovich (1939). Autor de literatura infantil. En los años setenta fue redactor habitual de la revista *La Hoguera*. Durante el proceso de Mijaíl Jéifets en 1974, se hizo público que Voskobóinikov había sido informador del KGB.

VOZNESENSKI, Andréi Andréyevich (1933-2010). Como Yevtushenko [*Vid.*], uno de los poetas más populares de la época del «deshielo». Los dos disfrutaron de una tolerancia insólita para la época por parte de las autoridades soviéticas. Viajaron por Europa y por los EE.UU., relacionándose con políticos, actores y literatos occidentales. Su extraña posición siempre alentó el resentimiento y la sospecha entre los autores del *underground* y la disidencia, llegándose a insinuar que era debida a su complicidad con el KGB. En cuanto a la calidad literaria de los poemas de uno y otro, Dovlátov, Brodski o Yefímov siempre coincidieron en sus descalificaciones. Voznesenski aparece en varias anécdotas de Dovlátov, generalmente inverosímiles. Tanto Voznesenski como Yevtushenko expresaron su malestar por quedar en la memoria pública como personajes de acontecimientos que poco tenían que ver con su obra y que eran, por otra parte, pura invención de Dovlátov. Algunos poemas de Voznesenski («Lenin», «Monólogo de Marilyn Monroe», «Goya») fueron traducidos al castellano por los cubanos Eliseo Diego y Fayad Jamís.

WYLIE, Andrew (*Charlie*) (1947). Agente literario estadounidense, con toda probabilidad el más conocido e influyente del mundo hasta el presente. Fundó su agencia en 1980. En 1990 la revista *Literatura Extranjera* (Moscú, n.º 9) publicó unas notas de Dovlátov que habían servido como fuentes textuales de *El periódico invisible*. En ellas, Dovlátov deja constancia de cómo simpatizó desde el principio con él. Autor de un libro de poesía, *Yellow flowers* (1972).

YAKIR, Iona Emmanuílovich (1896-1937). Revolucionario soviético. Durante la guerra civil se convirtió en una de las figuras más brillantes del Ejército Rojo. Su carrera militar se desarrolló principalmente en Ucrania. Con posterioridad a la guerra civil, el gobierno soviético lo envió a la Academia de Estado Mayor alemana, donde se graduó con la mas alta calificación. Fue procesado y fusilado en la Gran Purga de 1937, que se llevó por delante a tres de los cinco mariscales de la Unión soviética (Tujachevski, Blújer y Yegórov) y a tres de los cuatro comandantes de primer rango del Ejército Rojo

(Uborévich, Belov y el propio Yakir).

YEFÍMOV, Ígor Márkovich (1937). Escritor, historiador y filósofo. Emigrado en 1978. En 1964 intentó, junto con Borís Vajtín, Vladímir Gubin y Vladímir Maramzín, publicar una recopilación de cuentos titulada *Ciudadanos*, que no fue aprobada por la censura, pero se divulgó en *samizdat* y dio nombre al grupo literario formado por sus autores, a quienes sirvió también como manifiesto estilístico. En la emigración, Yefímov empezó a trabajar en Ardis, la editorial de Carl Proffer. Tras romper con este, fundó su propia editorial, Hermitage Publishers, donde publicaría tres libros de Dovlátov, *La zona* (1982), *Retiro* (1983) y *La maleta* (1986). Durante una década, los dos emigrados mantuvieron una viva correspondencia, que fue hecha pública (sin autorización) por Yefímov tras la muerte del escritor. En alguna de esas cartas, Dovlátov señala de forma explícita: «Le ruego que no enseñe a nadie esta carta».

YEVTUSHENKO, Yevgueni Aleksándrovich (1932-2017). Junto a Andréi Voznesenski [*Vid.*], Róbert Rozhdéstvenski y Bela Ajmadúlina, que sería la primera de sus cuatro esposas, formó parte de la generación de poetas del «deshielo» de Jrushchov. En 1963, apareció la primera traducción al español de su obra, *No he nacido tarde* (Horizonte, Madrid), y en 1997, *Adiós, Bandera Roja, Selección de poesía y prosa (*1953-1996), en Fondo de Cultura Económica (México D. F.). Mantuvo una estrecha relación con poetas hispanoamericanos como Octavio Paz, Gonzalo Arango o Raúl Zurita. Dovlátov escribió varias anécdotas de tono notablemente sarcástico a su costa.

Zaretski. Ver: POPOVSKI, Mark Aleksándrovich.

ZOSHCHENKO, Mijaíl Mijaílovich (1894-1958). Escritor satiríco soviético. Se asoció con los Hermanos Serapión (Fedin, Shklovski, Pózner, Kaverin, Tíjonov) y alcanzó una gran popularidad en los años veinte, durante la leve liberalización de la NEP, como humorista y escritor satírico. En 1946 fue expulsado, junto a Anna Ajmátova, de la Unión de Escritores. Denunciado en el decreto de Zhdanov de 1946, Zoshchenko vivió en una pobreza extrema. Se le concedió una pensión solo unos meses antes de morir. Las más recientes versiones españolas de sus obras son *Matrimonio por interés y otros relatos* (Acantilado, Barcelona, 2005) y *Antes de que salga el sol* (Universidad de Granada, 2017).

ZÚYEV, Vitali Davídovich (1930-198?). Pintor leningradense.

PERIPECIA EDITORIAL Y CICLO CREATIVO DE *OFICIO*

A principios de 1977, Carl Proffer, filólogo eslavista y director de la editorial estadounidense Ardis —en cuyo catálogo figuraban obras de Ósip Mandelshtam, Andréi Platónov y Vladímir Nabókov— estaba de visita en Leningrado. Al enterarse de su presencia, Serguéi Dovlátov, autor de varias novelas sin publicar, logró que los presentasen y que Proffer echara un vistazo a sus manuscritos. Según recordaba Dovlátov, la primera conversación no resultó demasiado fructífera. Al preguntar a Proffer por sus posibilidades de publicación, la respuesta del filólogo fue la que sigue: «Bebo demasiado. En Rusia me hacen beber a todas horas. No puedo ni hablar. Tres frases más y me desplomaré…»[20].

Sin embargo, dos años después, uno de los manuscritos de Dovlátov fue publicado por Proffer —circunstancia a la que se hace una algo anacrónica referencia en *Retiro*—. Se trataba de la parte final de una voluminosa novela autobiográfica, *Cinco esquinas*, que una legendaria contrabandista francesa había logrado llevar a Occidente, oculta en un microfilm. Esta parte final, que incluía una reflexión cervantina acerca de la misma novela, llevaba por título *El libro invisible*, y estaba prologada a su vez por dos textos, de los cuales el segundo pasaría casi intacto al cuerpo de *Oficio*. El primero, sin embargo, advertía:

> He terminado el tercer libro de la novela. Lo han leído mis compañeros, gente en la que confío. Me he persuadido de que lo había malogrado por completo. El manuscrito ha sido visiblemente corrompido por un vulgar juego modernista. Intentando salvar una obra a punto de naufragar, he decidido escribir un epílogo. Esta vez, en primera persona. Sin artificios. Los hechos tal y como tuvieron lugar. ¡Como decía Pushkin, hay más pesadilla en la vida que en cualquier ficción!

El libro invisible fue el primer libro de Dovlátov en ver la luz fuera de Rusia, primero en la revista *Vremia i mi* («El Tiempo y Nosotros»)

de Tel Aviv, a finales de 1978 —el propio Proffer había hecho llegar el manuscrito a la revista— y ya en 1979, en traducción inglesa, en Ardis Publishing. A esas alturas, Dovlátov había emigrado y se encontraba en Viena, a la espera de los visados para su destino final en EE.UU.

Cinco años después, en carta a Ígor Yefímov, Dovlátov reconocía que el texto no acababa de gustar a Proffer, y que, publicándolo, «me dignificó a mis propios ojos y a los de la sociedad, me ayudó a salir de una borrachera casi perpetua y, en suma, a sobrevivir»[21].

Tras aquella primera edición, Dovlátov se dedicó a reescribir profusamente el libro. En 1985, Ardis volvería a publicarlo en su versión definitiva, esta vez en ruso y seguido de *El periódico invisible*, bajo el título *Oficio, una historia en dos partes*[22]. Esa es la fuente principal de nuestra edición.

Proffer no alcanzó a ver el libro impreso, que incluyó una dedicatoria de Dovlátov: «En memoria de Carl». Evidentemente, *El libro* exigía formar parte de una creación más compleja. De ese modo no solo contribuiría a satisfacer las ambiciones de un autor que se identificaba con la tradición literaria rusa, también podría convertirse en un producto competitivo en el mercado editorial. Ahora bien, la idea de complementar *El libro* con las peripecias de unos periodistas soviéticos en el Nuevo Mundo tardó en cristalizar. La intención de Dovlátov seguía siendo publicar su antigua epopeya autobiográfica:

> Ahora mi novela se titula *Cinco esquinas*. Hace poco volví a redactarla. Mejor dicho, a copiarla de un microfilm, revisándola por extenso. En estos momentos ronda las quinientas páginas. Petia [Piotr Vail] y Sasha [Aleksandr Guenis] la han leído y dicen que está bien, pero insisten en que es totalmente necesario añadir una parte más, ambientada en Occidente. El argumento, si lo recuerda usted, consiste en que el autor y el protagonista se fusionan, poco a poco, en un personaje documentable, y ese personaje resulta ser el escritor. Pues bien, en *El libro invisible*, que es de momento la última parte, la cuarta parte de la novela, el protagonista todavía no es un escritor. Antes quería terminarlo todo con un fragmento sobre el parque Pushkin, y hacer matar allí al protagonista, pero ahora estoy de acuerdo con Petia y Sasha. Habrá un relato aparte sobre el parque, pero es preciso terminar antes la novela[23].

Efectivamente, el «oficio» en cuestión es el de un literato, y ambas partes de esta novela bicéfala tratan del arduo devenir del escritor. Se mantiene entre ellas una elaborada simetría. Ambas relatan los desengaños de Serguéi Dovlátov, tocayo del autor, en sus dos

principales encarnaciones: la de escritor y la de periodista. Ambas están salpicadas con anécdotas y ocurrencias de muchos de sus conocidos e incluyen, a manera de *collage*, pequeños solos que el autor ejecuta con su máquina de escribir.

No obstante, se percibe entre estos dos «invisibles» una distancia que no puede reducirse a los ocho años que los separan en el tiempo, como si radicarse en otro continente conllevara un cambio en la naturaleza del escritor y de su oficio.

La primera parte abarca toda la vida del literato, desde su incompleto bautismo a cargo de Andréi Platónov hasta su fracaso definitivo a la hora de publicar la novela de marras. Redactado y retocado durante años, *El libro* fluctúa entre una prolija nota póstuma, un *j'accuse*, y sendos mapas estelares del Leningrado y el Tallin literarios. Sean o no sean ciertas las historias relatadas en él, los nombres de los personajes, en su mayoría, corresponden con los de sus correspondientes prototipos (en la edición de 1978 ni siquiera se escamotea el nombre del «ricachón N.»: Daníil Granin, mastodonte del humanismo soviético tardío).

Más compacto, más alegre y más acabado, *El periódico invisible* está escrito con una maestría casi clásica, es decir, respetando la regla de las tres unidades: de tiempo, de lugar y de acción. Al fin y al cabo, el cuento gira alrededor de un único episodio de esa «vida de ultratumba», que finalmente resultó más variada, fructífera y entretenida que la que el protagonista llevaba en Rusia. Por supuesto, no se agotan a su alrededor los encuentros extraños, los comportamientos irracionales. La fiesta de la estupidez no termina nunca. Mucho menos, la de las debilidades humanas. El tono descriptivo cede ante una enérgica narración que, de acuerdo con las expectativas del genero, desemboca en un incendio (la única «hoguera» en el cenagal de la literatura soviética era una revista, de la que Dovlátov dimitió sin que llegara a arder). Los personajes, más perfilados y desarrollados que en *El libro*, aluden a sus prototipos con una onomástica elocuente, pero ya no pretenden testimoniar suceso real alguno. Aunque en *El libro* apenas se le menciona, lo poco que sabemos de Isráil Métter —su apellido y su afición por la literatura de Dovlátov— es perfectamente verídico. Su sobrino Borís Métter, alias Móker, se cubre de carne y hueso en *El periódico*, pero sería dudoso que Borís se reconociera en él. Los cordones umbilicales entre los personajes y sus prototipos se bifurcan y se disipan, dibujando una escena espectral de la inmigración soviética en Nueva York.

Resulta que el devenir de un escritor es tan inacabable, tan irresoluble, que exige para su último, quinto acto (pese a que los tres primeros hayan quedado inéditos) otro escenario, un «retiro» del que no regresará nunca. Resulta también que, rechazado en su propia

patria, el escritor termina por colaborar en *The New Yorker*. Recorre así la cumbre de su vida sin sobresaltos, sin accidentes. El deseo más anhelado, al realizarse, pasa desapercibido, tanto para el lector como para el protagonista: «… Algo importante estaba ocurriendo. Y yo en lo único que pensaba era en el periódico…».

Tania Mikhelson
San Petersburgo, mayo de 2017

fulgencio pimentel

A finales de los años setenta, una «heroica francesa» logra sacar de la URSS, oculto en un microfilm, el germen de la novela que acabará siendo *Oficio*. En estas páginas radiantes, Dovlátov retrata con su habitual socarronería la censura oficial del aparato soviético y la oficiosa de las decenas de editoriales y publicaciones que rechazan sistemáticamente sus escritos. Ante el veto para ejercer el deseado oficio de novelista, Dovlátov abraza con pasión el de periodista, primero en Tallin y, tras su emigración, en Nueva York, donde deja pasar los días tirado en un sofá, primero, y trata de poner en pie un semanario para judíos, después, al tiempo que alcanza reconocimiento internacional como literato. El escritor pasa así revista, indulgente pero incisivo, conciso y atendiendo a la música de las palabras, a todo un abanico de personajes y situaciones aberrantes, tanto en Rusia como en su patria adoptiva, sin olvidarse jamás de hacer mofa de sí mismo, su mejor personaje.

IBIC: FA 1DYU RGLA

NOTAS

[1] *Kvartupolnomócheni* (квартуполномоченный). Típica palabra centauro del lenguaje soviético, obsesionado con las abreviaturas y las condensaciones. Los delegados vecinales eran responsables ante las autoridades de mantener el orden, lo mismo el higiénico que el moral, en el edificio asignado.

[2] *Kostior* (Костер).

[3] *Eco* (Эхо) fue una revista literaria de la tercera emigración, editada en París entre 1978 y 1986 por Vladímir Maramzín.

[4] *Novy Mir* (Новый мир).

[5] *Yunost* (Юность).

[6] *Zvezda* (Звезда).

[7] *Neva* (Нева).

[8] *Avrora* (Аврора).

[9] «La casa grande» (*Bolshoy Dom*, Большой дом) es el nombre informal del edificio que aloja los cuarteles generales del Servicio Federal de Seguridad ruso y del Departamento de Asuntos Internos, en ambos casos para San Petersburgo y el óblast de Leningrado.

[10] Tú sí que estás hecho un «león». Úfliand se llama Vladimir. (N. del a.).

[11] Inicio del primer verso del poema «La meditación» de Mijaíl Lérmontov: «Es triste ver a mi generación…».

[12] «Un lobo de Briansk sería mejor *tovarishch* que tú». Dovlátov utiliza aquí la frase con la que los oficiales del ChK, GPU, NKVD o KGB contestaban a presos y detenidos, cuando estos se dirigían a ellos como *tovarishch*. El origen de la frase es oscuro; puede que se refiera a los bosques de la región de Briansk, donde proliferaron los campos de trabajos forzados.

[13] Entre hablantes rusos poco ilustrados, no parece imposible que se puedan confundir *fartuk* (mandil) y *chepchik*(cofia).

[14] El diario al que se refiere Dovlátov es *Nóvoye Rússkoye Slovo* (Новое Русское Слово), «La nueva palabra rusa», editado regularmente en Nueva York entre 1910 y 2010. El nombre bajo el

que lo enmascara no es del todo inocente. Entre los siglos xvi y xviii, la expresión «palabra y obra de Su Majestad» era un enunciado performativo con el que uno se disponía a hacer una denuncia, muchas veces anónima. La locución llegó a identificarse tanto con la policía secreta que acabó siendo prohibida por Catalina II.

[15] Acrónimo de сове́т наро́дных депута́тов («consejo de los diputados del pueblo») que comenzó a utilizarse con ánimo sarcástico en los primeros tiempos de la Revolución para referirse a los soviets y, por extensión, a todos los vicios asociados con el estilo de vida soviético.

[16] Dovlátov parece improvisar la letra del pasodoble de José Padilla (en la versión norteamericana con letra de Lucienne Boyer, Jacques Charles y Clifford Grey), que Paul Whiteman y su orquesta hicieron inmensamente popular en 1926.

[17] Smena (Смена).

[18] Zerkalo (Зеркало).

[19] Los *stiliagi* («los estilosos») fue algo parecido a un movimiento juvenil de los años 50 y 60 en la URSS. Sus miembros bailaban y escuchaban *jazz*, vestían y se comportaban con un cierto dandismo y se llamaban entre sí con nombres anglosajones. El poder no sabía qué delito imponerles a la luz del Código Penal, por lo que se conformó con ridiculizarlos en la prensa y encargar su persecución a una milicia oficiosa.

[20] Serguéi Dovlátov, «¿Cómo publicar en Occidente?», *Obras* en cuatro volúmenes. Vol. 4. San Petersburgo, 2005, pág. 370. (Как издаваться на Западе? Довлатов С. Собрание сочинений в 4-х томах. Том 4. СПб., 2005. С. 370).

[21] Serguéi Dovlátov e Ígor Yefímov, *Una novela epistolar*, Moscú, 2001. (Сергей Довлатов — Игорь Ефимов. Эпистолярный роман. — М., 2001. *С*. 170).

[22] *Remeslo: Povest' v dvukh chastyakh* (Ремесло: Повесть в двух частях — Анн-Арбор: Ardis Publishing, 1985).

[23] Serguéi Dovlátov e Ígor Yefímov, Una novela epistolar, Moscú, 2001. pág. 193. (Сергей Довлатов — Игорь Ефимов. Эпистолярный роман. — М., 2001. С. 193).